

Literatura *Y* Justicia



## La carta robada

*Edgar Allan Poe*

*Prólogo de Javier Lara Santos*

---

Prohibida su venta

---



COLECCIÓN

Literatura *γ* Justicia



**Edgar Allan Poe**

# La carta robada

Prólogo de  
Javier Lara Santos

COLECCIÓN  
Literatura  Justicia

**Presidente  
del Consejo de la Judicatura**

Gustavo Jalkh Röben

**Vocales**

Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez  
Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

**Director de la Escuela de la Función Judicial**

Tomás Alvear

**Consejo Editorial      Director de la Colección**

Juan Chávez Pareja      Efraín Villacís  
Néstor Arbito Chica  
Efraín Villacís

© *Los crímenes de la calle Morgue* y *La carta robada*:  
de la versión al español de Emilio Carrere; *El misterio de Marie*  
*Rogét*: de la versión al español de Emiliano Ramírez Ángel

---

**Diseño y Diagramación:** Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra **Revisión**  
**Bibliográfica:** Gustavo Salazar **Revisión y Corrección de Textos:**  
Alejo Romano / Susana Salvador / Estefanía Parra **Apoyo Administrativo**  
**Editorial:** Carolina Andrade / Johanna Zambrano **Mensajería:**  
Geovanny López **Apoyo Técnico Gaceta Judicial:** Santiago Aráuz

---

ISBN 978-9942-8531-8-9  
Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura  
Reina Victoria N23-101 y Wilson  
[www.funcionjudicial.gob.ec](http://www.funcionjudicial.gob.ec)

Editogran S.A.  
Distribución Diario El Telégrafo

**PUBLICACIÓN GRATUITA**  
Quito - Ecuador, 2015

# Contenido

<i>Prólogo</i> de Javier Lara Santos	9
Los crímenes de la calle Morgue	21
El misterio de Marie Rogêt	101
La carta robada	217

## Prólogo

### *Tres cuentos, un camino hacia la verdad*

Cuando de escribir se trataba, Edgar Allan Poe tenía visiones fantásticas a causa de una imaginación y sensibilidad sumamente agudas; en esa línea creó textos como *La caída de la casa Usher* (1839), *Eleonora* (1842), *El ángel de lo estrambótico* (1844) o el magnífico *Manuscrito hallado en una botella* (1833). También creó relatos fantásticos con tinte filosófico (disciplina presente en diferentes dosis en todos sus escritos), como *La conversación entre Eiros y Charmión* (1839) o *El coloquio de Monos y Una* (1850). Sin embargo, dentro de este estilo fantástico también hay una veta de creación en la que predominan lo deductivo y lo metódico, como veremos en la trilogía reunida en este volumen.

Este autor es, entonces, un poliedro que juega con los mismos temas (amor, locura y crimen)

en sus diversos textos, verdaderos íconos del género de suspenso. Lo que aquí nos congrega es ese talento férreo, atormentado, pero también deductivo, que inició el género detectivesco y que posteriormente desembocó en la novela negra.

## El Caballero Auguste Dupin

Sabemos por la voz narrativa de los relatos aquí reunidos que el protagonista, Auguste Dupin –quien lleva el título de *Chevalier*, ‘Caballero’, por pertenecer a la *Légion d'Honneur*–, proviene de una familia aristocrática que perdió prácticamente toda su fortuna. Se cuenta en **Los crímenes de la calle Morgue** que el único lujo que se permitía era la compra de libros en una oscura librería de la calle Montmartre, en París. Vivía de manera austera, pero jamás dudaba en gastar lo que fuera necesario con tal de obtener el ejemplar –por lo general, único– que satisficiera su curiosidad.

Algunos críticos consideran a Dupin un investigador *amateur*, en la estricta acepción de

esa palabra, ya que su instrucción no habría sido forjada por el concepto riguroso de la Academia. Sin embargo, es el primer detective de la novela criminal moderna, un modelo en el que se han basado otros personajes como Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle, o Hércules Poirot, de Agatha Christie. (Incluso podemos ver a Dupin, en **La carta robada**, fumando pipa mientras hace conjeturas. Sabemos entonces de quién aprendió Sherlock).

Otra característica del personaje de Poe es que «amaba la noche por el placer de la noche. [...] La negra divinidad no podía estar siempre con nosotros, pero creábamos la noche artificial. Al primer resplandor del día, cerrábamos herméticamente las pesadas ventanas, encendíamos un par de velas perfumadas intensamente y que no producían más que muy débiles y pálidos resplandores»\*.

En un inicio, Dupin vive en «una casita antigua y rara, de la que habían desertado sus inquilinos por supersticiones cuyas causas no averiguamos, y que, casi en ruinas, estaba situada

---

\* Página 31 de esta edición.

en un rincón solitario del barrio Saint-Germain»<sup>\*</sup>. Aquí cabe hacer una observación que nos da luces sobre la intención de escritura de Allan Poe en esta trilogía: «supersticiones cuyas causas no averiguamos», dice la voz narrativa; este es un claro contraste con otros de sus relatos.

Pero lo que da vida al personaje son las aventuras de los relatos y los desciframientos de circunstancias aparentemente indescifrables. Auguste Dupin tiene una visión muy peculiar de la observación detectivesca, que se podría resumir así: «La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. A veces la buscamos en el fondo de un valle y al fin la descubrimos en lo alto de un monte»<sup>\*\*</sup>. Es decir, lo importante, lo que se indaga, no siempre está escondido; a veces está a la vista de todos. Como un resplandor que enciende una alerta en la mente, como explica aquel verso de Trejo: «El mejor escondite de la profundidad es la superficie»<sup>\*\*\*</sup>.

---

<sup>\*</sup> Página 30.

<sup>\*\*</sup> Página 58.

<sup>\*\*\*</sup> Me refiero al poeta y dramaturgo argentino Mario Trejo (1926-2012). La cita es un verso del poema titulado «Abajo las máscaras».

## Los crímenes de la calle Morgue

Considero que este relato es uno de los más apasionantes de esta trilogía, primero porque es el que instaura a Dupin en la memoria del lector y, luego, porque el hilo narrativo, junto al seguimiento de los hechos, hace que no pierda el tono sostenido, esa «respiración», ese ritmo necesario para captar la atención de quien lee, como dijera García Márquez.

Originalmente publicado en 1841, el cuento inicia con una explicación sobre el método de investigación del detective Dupin; advierte, sobre todo, que no es un tratado sobre el tema, pero brinda muchos ejemplos respecto a cómo entiende el hecho de observar. Como dijimos, el narrador conoce a Dupin en París, entabla con él una buena amistad y pasa a cohabitar la mansión derruida del barrio Saint-Germain.

La primera deducción que impresiona al narrador parecería haber salido de una intuición sobrenatural o de una especie de telepatía, pero, paso a paso, Dupin reproduce el hilo de pensamiento de su compañero; luego

expone cómo arribó a esa conclusión sin que su interlocutor le hubiera dicho absolutamente nada de lo que estaba pensando. Esta es una muestra de la capacidad de observación del detective, quien explica que son pocos los que «no se hayan entretenido [...] en remontar el curso de sus ideas hasta encontrar los caminos por los cuales su imaginación hubiese llegado a ciertas conclusiones. Frecuentemente, esta ocupación es interesantísima y el que la ensaya por primera vez se admira de la incoherencia y de la distancia, inmensa al parecer, entre el punto de partida y el de llegada»\*.

Los dos amigos, Dupin y el narrador, aficionados a los acertijos, salen entonces por la noche a recorrer las calles de ese París tétrico y oscuro, de calles de barro, de tabernas de mala muerte y de criminales al acecho (un escenario que nos remite a la puesta en escena de los relatos cortos de Baudelaire –hay que tomar en cuenta que cuando se publicó este relato, el poeta simbolista tenía 20 años–)\*\*.

---

\* Página 36.

\*\* El París de Baudelaire y el de Allan Poe son coetáneos: coinciden en algunas problemáticas y, sobre todo, en algunos escenarios. Estoy pensando, por ejemplo, en

los dos personajes recorren estos escenarios hasta que en cierta ocasión, en la *Gazette des Tribunaux*, aparece la noticia de un doble y brutal asesinato en la calle Morgue. Esto da pie para que Dupin entre en acción. La narración se detiene en los testimonios de algunos curiosos – un vendedor de tabaco, una lavandera, un sastre, un banquero, etc.– que escucharon ruidos mientras se cometía el crimen. El hilo narrativo continúa sin declinar la tensión y, con una sutileza magistral, Allan Poe sumerge al lector en el suspenso y la intriga.

Los testimonios arman, como un rompecabezas, el panorama de lo que pudo haber sucedido. El acto es atroz: madre e hija asesinadas tan brutalmente que, al levantar el cuerpo de la primera, se le desprende la cabeza; a la hija la encuentran muerta, también estrangulada pero encajada en el canal de la chimenea.

En medio de ese desastre, Dupin analiza todas las piezas del acertijo y, con cabeza fría

---

los pequeños poemas en prosa de *El spleen de París*, como «A la una de la mañana», «A cada cual su quimera», «El crepúsculo» o el magnífico «Apalead a los mendigos», que reivindica y confiere dignidad a los seres marginados de aquella urbe.

y analítica, hace referencias a la filosofía de Epicuro, a Molière y a Rousseau, entre otros. Poco a poco, de la mano del detective, se va prefigurando al posible asesino en un exquisito juego mental.

## **El misterio de Marie Rogêt**

Como en tantos relatos de las letras universales, esta historia está basada en un hecho verídico y volcado a la ficción con la licencia poética de su autor. Publicada en tres episodios entre 1842 y 1843, se la puede leer como continuación de **Los crímenes de la calle Morgue**.

En el crimen real, Mary Cecilia Rogers, una muchacha de gran belleza, fue asesinada en Nueva York. El misterio de su muerte seguía sin resolverse en el momento en que se publicó esta narración.

El relato se compuso a mucha distancia del escenario y sin otros medios de investigación que los que ofrecían los periódicos; en consecuencia, al autor se le han escapado pormenores que

habría captado de haber visitado las localidades relacionadas con los hechos. Sin embargo, la confesión de una dama (convertida en el relato en la señora Deluc) corroboró no solo las conclusiones generales, sino también los detalles hipotéticos a partir de los cuales Dupin resuelve el crimen\*.

El narrador hace un paralelismo entre la historia contada y la real: la calle Pavée Saint André es en realidad Nassau Street, en Nueva York; la Barrière du Roule es el sector llamado Weehawken; el señor Le Blanc es el Anderson de la vida real. Todas las personas que declararon en las investigaciones son convertidas en personajes de ficción.

Así como en **Los crímenes de la calle Morgue** se presentan versiones de los testigos y curiosos, en **El misterio de Marie Rogêt** se expone como un apoyo al relato el recurso intertextual: las versiones y «sugerencias» de los periódicos sobre el crimen y la víctima.

---

\* Esto nos recuerda que muchas veces la ficción vence a la realidad. Un divertido ejemplo es el caso del autor de la novela histórica *Santa Evita*, Tomás Eloy Martínez, quien puso en boca de su personaje palabras que luego fueron utilizadas por las damas de la Fundación Eva Perón como si hubieran sido dichas en la realidad. Cuando Martínez explicó que se trataba de un invento y no de palabras reales de la líder argentina, se lo recriminaron.

En este relato Dupin repite a su amigo, el narrador, las mismas preguntas –parte de su método– que hace en **Los crímenes de la calle Morgue**: «...en casos como este lo importante no es decirse: “¿Qué hechos son los que se presentan?” , sino “¿Qué hechos son los que se presentan, que nunca se han presentado antes?”»\* .

Al final de este relato, sin entrar aquí en detalles y fuera del desarrollo de las conjeturas de Auguste Dupin, existe un bien logrado juego de espejos entre la realidad y la ficción.

## La carta robada

Otro mérito indiscutible de Edgar Allan Poe es haber introducido la modernidad en la literatura, develando la experiencia efímera o claustrofóbica que puede producir, en ciertos casos, la vida en las ciudades. Y cuando pensamos en claustrofobia salta a la vista el nombre de Franz Kafka –otro gran exponente de la literatura urbana–. Sin

---

\* Página 134.

embargo, el autor checo nació 74 años después del estadounidense.

En el caso de este relato, el más corto y tal vez el menos denso de la trilogía, el acertijo no es un asesinato sino una carta, como reza el título. La narración tiene un aire más jovial (si cabe este término para Allan Poe); se podría decir que incluso tiene más humor y los personajes, más matices.

La historia no abre con conjeturas, como en los casos anteriores, sino que el misterio se resuelve poco después del inicio de la narración, y Dupin explica luego, a manera de retrospectiva, cómo llegó a la solución. Este es un giro en la técnica narrativa, que iniciaba con el análisis de los testimonios para luego llegar a las conclusiones y, así, resolver el caso mediante la deducción.

En **La carta robada** se puede notar un cambio de humor o de atmósfera con respecto a los otros relatos. Los personajes, ya con una experticia mayor, dialogan con más soltura y menos solemnidad. Tal vez este sea un rasgo de maduración en la escritura del autor, o un juego de experimentación. Sin embargo, el aire de misterio nunca desaparece, esa es su firma.

Esta ágil narración se cierra con la misma tesis que Dupin enuncia en el primer relato: la verdad muchas veces no está en el fondo de un pozo, sino en lo evidente. Aquí lo explica con otras palabras, pero la conclusión es la misma: la limitación de los investigadores es no poder ver más allá del intelecto.

Concluyendo el acercamiento a estas tres aventuras del Chevalier August Dupin, llevado de la mano y la pluma de Allan Poe, me compete dejar que sea el lector quien sopesa y se acerque a estos relatos de misterio. Con esta faceta detectivesca, Allan Poe nos recuerda que el raciocinio es uno de los caminos para la consecución de la justicia, y que todo crimen tiene –y debería tener– una solución cabal. El autor estadounidense comparte así su percepción y lectura del mundo, para mostrar que el misterio de lo siniestro suele siempre tener una base racional, una elaboración meditada o, por lo menos, una lógica que no puede escapar al estudio sistemático de la realidad inmediata.

**Javier Lara Santos**

## Los crímenes de la calle Morgue

*What Song the Syrens sang, or what name Achilles  
assumed when he hid himself among women,  
though puzzling questions are not beyond all conjecture.*<sup>1</sup>

Sir Thomas Browne

**L**as facultades del espíritu que se definen con el nombre de *analíticas* son, a pesar de ello, muy poco susceptibles de análisis. No las apreciamos más que por sus resultados. Lo que sabemos de ellas, entre otras cosas,

---

<sup>1</sup> «¿Qué canción cantan las Sirenas? ¿Qué nombre tomó Aquiles para ocultarse entre las mujeres? Preguntas complicadas, es cierto, pero que no están más allá de los límites de toda conjetura», fragmento del capítulo V del ensayo *Urn-Burial, or a Discourse of the sepulchral urns lately found in Norfolk* (título en español: *El enterramiento en urnas*).

es que tales facultades son para el que las posee en grado extraordinario una fuente de goces inapreciables. Así como el hombre fuerte goza con su aptitud física y se complace en los ejercicios que provocan la acción de sus músculos, el analista cifra su gloria en esa sutil actividad intelectual que llega a desentrañar lo misterioso. Se apasiona con todos los enigmas, acertijos, jerglíficos; despliega en cada una de las soluciones una potencia de perspicacia que en opinión del vulgo adquiere un carácter sobrenatural. Los resultados, hábilmente deducidos por su método psicológico, tienen algo de intuitivo.

Esta facultad de resolución adquiere su mayor fuerza en el estudio de las matemáticas y particularmente de la más alta rama de esta ciencia, que, muy impropriamente y solo teniendo en cuenta sus operaciones retrógradas, ha sido llamado *análisis*, como si ella sola constituyese el análisis por excelencia. Porque, en suma, todo cálculo en sí es un análisis. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, juega bien sin recurrir al análisis ni al cálculo. De aquí se deduce que este

juego, en lo que tiene de espiritual, es mal apreciado. No trato de escribir un tratado de análisis, sino sencillamente de poner al frente de un relato bastante singular algunas observaciones pasajeras, que le sirvan de presentación.

Aprovecho, pues, esta ocasión para proclamar que la alta potencia de la reflexión es más activamente y más provechosamente explotada en el modesto juego de damas que en toda la laboriosa futilidad del ajedrez. En este último juego, cuyas piezas tienen movimientos diversos y embrollados y cuyo valor es distinto, se toma su complejidad, error muy común, por profundidad. La atención entra mucho en juego. Una distracción, un descuido, significa la pérdida, la derrota. Como los movimientos posibles no son solamente variados, sino desiguales en *potencia*, las probabilidades de semejantes errores son múltiples, y en nueve de cada diez casos es el jugador más atento y no el más hábil el que gana. En las damas, el movimiento es sencillo y sufre pocas variaciones; las probabilidades de descuido son menores, y,

no estando la atención acaparada por completo, todas las ventajas son del jugador más perspicaz.

Para fijar estas abstracciones supongamos un juego de damas en el que la totalidad de piezas se reduzca a cuatro damas, con lo que se aminora la probabilidad de una distracción. Es evidente que si las dos partes son igualmente hábiles, la victoria debe decidirse a favor del que emplee la táctica más hábil, resultado de un poderoso esfuerzo de inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analista atisba en la imaginación de su adversario, se identifica con él y a menudo descubre de una ojeada el único medio (algunas veces *absurdamente* sencillo), de atraerlo a una falta o de precipitarle a un falso cálculo.

Se ha citado mucho tiempo el *whist* por su acción sobre la facultad del cálculo, y se han conocido hombres de gran inteligencia que parecían encontrar en él un placer incomprendible, desdeñando el ajedrez como una frivolidad. En efecto; no hay ningún juego que se le pueda comparar en lo que se refiere a hacer trabajar la facultad analítica. El mejor jugador

de ajedrez del mundo no puede ser otra cosa, generalmente, más que el mejor jugador de ajedrez, pero la fuerza del *whist* implica el poder de triunfar en todas las especulaciones, más importantes desde luego, en las que hay que oponer la imaginación a la imaginación. Al emplear la palabra *fuerza*, me refiero a esa perfección en el juego que abarca el conocimiento de todas las jugadas de ventaja legítima. Estas jugadas son no solo diversas, sino también complejas, y brotan con frecuencia de las profundidades del pensamiento, inaccesibles a las inteligencias ordinarias.

Observar atentamente es acordarse distintamente, y desde este punto de vista el jugador de ajedrez capaz de una atención muy intensa jugará muy bien al *whist*, puesto que las reglas de Hoyle, basadas en el sencillo mecanismo del juego, son fáciles y generalmente inteligibles. Por eso, para el vulgo, una memoria fiel y jugar siempre de acuerdo con el libro es el *sumum* del bien jugar. Pero en aquellos casos que se salen de las reglas es cuando el talento del analítico

se manifiesta y hace en silencio una porción de observaciones y deducciones. Sus contrarios harán quizás otro tanto, y la diferencia de extensión en los datos así adquiridos no se basa tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación. Lo importante, lo principal, es saber lo que es preciso observar. Nuestro jugador no se reduce únicamente a su juego, y aunque este sea el objeto actual de su atención, no rechaza por eso las deducciones nacidas al considerar objetos extraños al juego. Examina la fisonomía de su compañero y la compara cuidadosamente con la de sus contrarios; se fija en la manera de distribuir las cartas; calcula con frecuencia, gracias a las miradas que dejan escapar los jugadores satisfechos, los triunfos y los *hones* uno por uno. Sorprende la marcha del juego en los gestos diversos y recoge un capital de pensamientos en las variadas expresiones de certidumbre, de sorpresa, de triunfo o de mal humor. En la manera de recoger una baza adivina si la misma persona podrá hacer la que sigue. Reconoce la carta jugada en el modo de dejarla caer sobre la

mesa. Una palabra accidental, involuntaria; una carta que se cae o que se vuelve por casualidad, que se recoge con ansiedad o con indiferencia; el modo de contar las bazas y de colocarlas; el embarazo, la duda, la nerviosidad, todo es para él síntoma, diagnóstico –intuitivo en apariencia–, del verdadero estado de cosas. Cuando se han dado las dos o tres primeras vueltas, se sabe de memoria el juego que hay en cada mano y puede, desde luego, echar sus cartas con perfecto conocimiento de causa, como si estuviera viendo a trasluz las de los demás.

La facultad analítica no debe confundirse con el simple ingenio, porque mientras el analista es necesariamente ingenioso, hay hombres de ingenio absolutamente incapaces para el análisis. La facultad de combinación o *constructividad*, por la cual se manifiesta generalmente este ingenio y a la cual los frenólogos<sup>2</sup> –equivocadamente, a mi parecer– asignan un órgano aparte suponiendo que sea una

---

<sup>2</sup> La frenología era una pseudociencia antigua que afirmaba que el carácter y los rasgos de la personalidad dependían de la forma del cráneo y de las facciones (nota de esta edición, en adelante N. de esta E.).

facultad primordial, se ha encontrado en seres cuya inteligencia era frontera del idiotismo con bastante frecuencia para llamar la atención de la generalidad de escritores psicólogos. Entre el ingenio y la aptitud analítica hay una diferencia mucho más grande que entre la imaginativa y la imaginación, aunque de un carácter rigurosamente análogo. En suma, es fácil ver que el hombre ingenioso tiene el don imaginativo, mientras el hombre de imaginación, el *verdadero*, no será nunca otra cosa que un analista. El relato que sigue será para el lector un luminoso comentario de las proposiciones que acabo de anticipar.

Vivía yo en París durante la primavera y parte del verano de 18..., y allí conocí a un tal C. Auguste Dupin. Este joven *gentleman* pertenecía a una familia ilustre, pero por una serie de sucesos adversos se encontró reducido a tal pobreza, que la energía de su carácter sucumbió ante su menesterosa situación, cesó de bullir en sociedad y renunció a rehacer su fortuna. Por la condescendencia de sus

acreedores, quedó en posesión de un pequeño resto de su patrimonio, y con la renta que le producía encontró, gracias a una rigurosa economía, el medio de sostener las necesidades de su vida sin inquietarse en absoluto de lo superfluo. Su único lujo eran los libros, y en París estos son fáciles de adquirir.

Nuestro conocimiento tuvo lugar en un oscuro gabinete de lectura de la calle de Montmartre, por el hecho fortuito de ir allí los dos en busca del mismo volumen, un libro muy notable y raro; esta coincidencia nos aproximó. Desde entonces, empezamos a vernos con frecuencia. Me interesé profundamente por la sencilla historia de su familia, que me contó minuciosamente con el candor y el abandono –esa despreocupación del *yo*– que es la característica de todo francés cuando habla de sus propios asuntos.

Me asombró profundamente la prodigiosa extensión de sus lecturas y, sobre todo, me llegó al alma el extraño calor y la vital frescura de su imaginación. Buscando en París ciertos objetos, indispensables para mis estudios,

comprendí que la compañía de un hombre semejante era para mí un tesoro inapreciable, y no dudé en decírselo. Al fin, decidimos vivir juntos todo el tiempo de mi permanencia en la ciudad, y, como mis asuntos económicos marchaban mejor que los suyos, me encargué de alquilar y amueblar, con un estilo apropiado a la fantástica melancolía de nuestros dos caracteres, una casita antigua y rara, de la que habían desertado sus inquilinos por supersticiones cuyas causas no averiguamos, y que, casi en ruinas, estaba situada en un rincón solitario del barrio Saint-Germain.

Si nuestra vida ordinaria en aquel sitio hubiese sido conocida, habríamos pasado por dos locos, quizás de un género inofensivo. Nuestra reclusión era completa; no recibíamos visita alguna. El lugar de nuestro retiro era un secreto cuidadosamente guardado para mis antiguos compañeros, y ya hacía tiempo que Dupin había cesado de frecuentar la sociedad y de hacerse visible en París. No vivíamos más que para nuestra camaradería.

Mi amigo tenía un carácter muy extravagante —no sé cómo definirlo—, amaba la noche por el placer de la noche; la noche era su pasión, y yo mismo, insensiblemente, me sentía contagiado de esta manía, como me había pasado con las demás que le eran propias, dejándome llevar por la corriente de sus originalidades con un abandono completo. La negra divinidad no podía estar siempre con nosotros, pero creábamos la noche artificial. Al primer resplandor del día, cerrábamos herméticamente las pesadas ventanas, encendíamos un par de velas perfumadas intensamente y que no producían más que muy débiles y pálidos resplandores. En medio de esta tímida claridad, nuestras almas se entregaban a sus ensueños: leíamos, escribíamos o hablábamos, hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces del brazo, a través de las calles, continuando la conversación del día y rodando al azar hasta hora muy avanzada, buscando, a través de las luces, irregularmente colocadas, y de las tinieblas de la populosa ciudad, esas innumerables excitaciones espirituales que no se pueden hallar en la placidez del estudio.

En tales circunstancias, no podía menos de notar y admirar en Dupin –aunque estuviera prevenido para no extrañarme, dada la rica imaginación de que estaba dotado– una aptitud analítica particular. Experimentaba, al parecer, un amargo placer en ejercerla y, a veces, en darla a conocer, confesando sin ambages el gusto que experimentaba al hacerlo. Con su franca risa, no exenta de una punta de ironía, me manifestaba frecuentemente que muchas de las personas que trataba tenían una ventana abierta sobre el corazón, solo accesible a su vista, y, con frecuencia, apoyaba semejante aserto con pruebas inmediatas de las más sorprendentes, deducidas de un conocimiento profundo de mi propia persona. Cuando esto sucedía, sus ademanes eran glaciales y distraídos; su mirada vagaba en el vacío y su voz –una voz magnífica de tenor– subía habitualmente al tono de la voz de cabeza; esto habría parecido petulancia sin la absoluta facilidad de su palabra y la perfecta seguridad de su acento. En esta disposición, le observaba, pensando con frecuencia en la vieja filosofía de la duplicidad

del alma, y me divertía la idea de un Dupin doble: el Dupin creador y el analista.

No hay que creer, por lo que acabo de decir, que trato de descorrer el velo de un gran misterio o de escribir una novela. Mis observaciones, a propósito de este francés singular, son sencillamente el resultado de una inteligencia hiperestesiada, enferma quizás. Un ejemplo dará mejor idea de la naturaleza de sus observaciones en la época a que me refiero.

Una noche vagábamos por una larga y sórdida calle, próxima al Palais-Royal. Íbamos hundidos en nuestros pensamientos –por lo menos aparentemente– y hacía un cuarto de hora aproximadamente que no habíamos pronunciado una palabra. De pronto, Dupin murmuró estas frases:

–Es un muchacho demasiado pequeño, es verdad; más a propósito para el teatro de Variedades.

–En eso no hay duda –repliqué yo sin fijarme y sin pensar en aquel momento, tan absorto estaba en la singular manera con que el interlocutor había adaptado sus palabras a mi íntimo pensamiento.

Un minuto después, vuelto en mí, experimenté un asombro.

—Dupin —le dije gravemente—, lo sucedido rebasa el límite de mi inteligencia. Le confieso, sin rodeos, que estoy estupefacto y que apenas puedo dar crédito a lo que he oído. ¿Cómo ha podido adivinar que yo pensaba en...?

Me detuve de pronto para asegurarme por completo de que había adivinado realmente en quién pensaba.

—¿En Chantilly? —replicó—. ¿Por qué se interrumpe? Usted estaba pensando en que su baja estatura era impropia para dedicarse a la tragedia.

Este era precisamente el objeto de mis reflexiones. Chantilly era un exzapatero de la calle Saint-Denis que tenía la pasión del teatro, y había representado el papel de Jerjes en la tragedia de Crébillon; sus esfuerzos habían provocado la burla del público.

—¡Dígame, por Dios, el método (si hay alguno) que le ha permitido penetrar en mi alma en este caso!

En realidad, yo estaba más admirado aún de lo que manifestaba.

–Ha sido el frutero –contestó mi amigo–, el frutero, que le ha conducido directamente a la conclusión de que el remendón de suelas no tiene suficiente estatura para representar el papel de Jerjes y todos los de este género.

–¡El frutero! No conozco ningún frutero.

–El hombre que ha tropezado con usted, al entrar en la calle, hace un cuarto de hora aproximadamente.

Entonces recordé que, en efecto, un frutero que llevaba sobre la cabeza un gran cesto de manzanas casi me había derribado accidentalmente al pasar por la calle C..., situada en la arteria principal que atravesamos en aquel momento. Pero... ¿qué relación había entre él y Chantilly? Me era imposible comprenderlo.

Dupin no tenía la menor partícula de charlatanería.

–Voy a explicarle eso –dijo–, y para que pueda comprenderlo claramente, tomaremos, desde

el principio, la serie de sus reflexiones, desde este momento hasta el encuentro del frutero en cuestión. Los anillos principales de la cadena se suceden en este orden: *Chantilly*, *Orión*, *el Dr. Nichols*, *Epicuro*, *la estereotomía*, *los adoquines*, *el frutero*.

Hay muy pocas personas que no se hayan entretenido, en un momento cualquiera de su vida, en remontar el curso de sus ideas hasta encontrar los caminos por los cuales su imaginación hubiese llegado a ciertas conclusiones. Frecuentemente, esta ocupación es interesantísima y el que la ensaya por primera vez se admira de la incoherencia y de la distancia, inmensa al parecer, entre el punto de partida y el de llegada.

Júzguese mi admiración, entonces, cuando vi a mi amigo hablar de aquel modo, sin poder dejar de reconocer que lo que decía era verdad.

—Hablábamos de caballos —continuó—, precisamente antes de abandonar la calle C... Ese fue el último tema de nuestra conversación. Al pasar por la calle en que estamos, un

frutero, con una gran cesta en la cabeza, pasó por delante de nosotros precipitadamente, empujándonos contra un montón de adoquines amontonados en un lugar de la vía en reparación. Usted apoyó el pie sobre una de las piedras movedizas y resbaló, torciéndose ligeramente el tobillo; en aquel momento, mohíno y lastimado, murmuró algunas palabras, se volvió para contemplar el montón de piedra y continuó luego su camino en silencio. Yo no fijaba en absoluto mi atención en todo lo que usted hizo, pero no perdí detalle a pesar de ello, porque para mí la observación ha venido a ser, desde hace mucho tiempo, una necesidad. Sus miradas siguieron fijas en el suelo, contemplando con visible irritación los agujeros y grietas del empedrado (de modo que yo comprendía perfectamente que no dejaba de pensar en las piedras), hasta que llegamos al pequeño pasaje de Lamartine, donde acaban de ensayar el entarugado, un sistema de bloques unidos y acoplados sólidamente. En ese momento su fisonomía se ha iluminado, le he visto mover los labios y he adivinado en el

acto que murmuraba la palabra *estereotomía*, un término aplicado pretenciosamente a esta clase de pavimento. Estaba seguro de que usted no podría pronunciar tal palabra sin ser inducido a pensar en los átomos y, por consiguiente, en las teorías de Epicuro, y, como en la discusión emprendida al principio a este propósito yo le había hecho notar que las vagas conjeturas del ilustre griego habrían sido confirmadas singularmente, sin que nadie se apercibiera, por las últimas teorías sobre las nebulosas y los recientes descubrimientos cosmogónicos, comprendí que no podía impedir a sus miradas volverse hacia la gran nebulosa de Orión; lo esperaba, ciertamente. Y así sucedió, por lo que no dudé un momento que había cogido el hilo de su pensamiento. Ahora bien, en la amarga crítica sobre Chantilly que apareció ayer en el *Musée*, el escritor satírico, haciendo alusiones mortificantes al cambio de nombre del zapatero que ha calzado el coturno<sup>3</sup>, citaba un verso latino, del que nosotros

---

<sup>3</sup> Calzado con plataforma que usaban los autores trágicos de la antigüedad para parecer más altos (N. de esta E.).

hemos hablado con frecuencia. Me refiero al siguiente:

*Perdidit antiquum littera prima sonum.*<sup>4</sup>

»Ya le había hecho notar a usted que en él se hace alusión a Orión, que primitivamente se escribía *Urión*, y a causa de algo de aspereza mezclada en la discusión citada, estaba yo segurísimo de que usted no lo había olvidado. Era evidente, pues, que no podía dejar de asociar las dos ideas de Orión y de Chantilly. Esta asociación de ideas la sorprendí en el *estilo* de la sonrisa que entreabrió sus labios. Usted pensaba en la inmolación del pobre zapatero. Hasta aquel momento había marchado encorvado; de pronto le vi erguirse y recobrar toda su

---

<sup>4</sup> «La primera letra perdió el antiguo sonido», verso 495 de los *Fastos* de Ovidio (*Fastos. Tomo 12. Libros IV, V y VI*, versión al español de Diego Suárez de Figueroa. Madrid, Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro, 1738, p. 81). Poe alude a este pasaje para mencionar la situación de Urión, que, habiendo sido engendrado a partir de un pellejo de buey, tierra y orina, llegó a encumbrarse como la constelación de Orión. Así, el zapatero, desde su humilde profesión, cambió su nombre por el de Chantilly para protagonizar a Jerjes en la obra de teatro homónima del dramaturgo francés Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762) (N. de esta E.).

estatura. Seguro estaba de que usted pensaba en la pobrísima estatura de Chantilly. En este momento lo interrumpí en sus reflexiones para hacerle notar que, en efecto, el tal Chantilly era un verdadero aborto y que su sitio estaría mejor colocado en el teatro de Variedades.

Poco tiempo después de esta conversación, recorriendo la edición de la tarde de la *Gazette des Tribunaux*, nos llamaron la atención los párrafos que siguen:

«EXTRAORDINARIOS ASESINATOS.— Esta mañana, a eso de las tres, los habitantes del barrio de Saint-Roch se despertaron al oír una serie de gritos espantosos que parecían salir del cuarto piso de una casa de la calle Morgue, ocupada, según se dice, toda ella por una señora, *madame* L'Españaye, y su hija, Camille L'Españaye. Después de algún tiempo empleado en intentar abrirla buenamente, en vista de los infructuosos resultados, hubo de forzarse la puerta con una ganzúa, y ocho o diez vecinos, acompañados de dos gendarmes, entraron.

»Los gritos parecían haber cesado, pero en el momento en que toda aquella gente llegaba en tropel al primer piso, se oyeron distintamente dos voces fuertes, que parecían disputar violentamente y venir de la parte superior de la casa. Cuando la gente llegó al segundo piso, estas voces habían cesado igualmente y todo permanecía en silencio. Los vecinos recorrieron todas las habitaciones; al llegar a una vasta dependencia retirada del cuarto piso, y después de forzar la puerta, que estaba cerrada por dentro, se encontraron frente a un espectáculo que produjo en todos los presentes un terror no menos grande que su asombro.

»La habitación estaba en el más extraño desorden: los muebles, rotos y diseminados por todas partes. Los colchones del único lecho que se veía en la habitación habían sido arrojados en medio de ella. Sobre una silla se encontró una navaja de afeitar ensangrentada, en el hogar tres largos y fuertes mechones de cabello grises, que parecían haber sido violentamente arrancados de raíz. En el suelo se veían cuatro

napoleones<sup>5</sup>, tres cucharas de plata, tres cucharillas de metal de Argel y dos sacos que contenían aproximadamente cuatro mil francos en oro. En un rincón, los cajones de una cómoda, abiertos, parecían haber sufrido un saqueo, a pesar de que muchos de los objetos estaban intactos. Un cofrecillo de hierro, encontrado bajo la cama, estaba abierto con la llave en la cerradura. No contenía más que algunas cartas ya antiguas y otros papeles sin importancia.

»No se encontró huella alguna de la señora L'Españaye, pero al notar una gran cantidad de hollín en el hogar, empezaron a reconocer la chimenea y, ¡cosa horrible!, sacaron de ella el cuerpo de la hija, con la cabeza hacia abajo, que había sido introducido a viva fuerza y empujado por la estrecha abertura hasta una distancia considerable. El cuerpo estaba aún caliente. Al reconocerla, se comprobó la existencia de numerosas excoriaciones, ocasionadas sin duda por la violencia con que había sido metida allí

---

<sup>5</sup> Antigua moneda francesa equivalente a veinte francos. Circuló desde su creación en 1803 hasta la Primera Guerra Mundial (N. de esta E.).

y por la que hubo de esforzarse para sacarla. En la cara se veían profundos arañazos y la garganta conservaba unas señales negras y profundas y huellas de uñas, como si la muerte se hubiera dado por estrangulación.

»Después de un examen minucioso de todas las habitaciones, examen que no condujo a ningún nuevo descubrimiento, los vecinos entraron en un pequeño patio adoquinado, situado a espaldas del edificio. Allí yacía el cadáver de la anciana, con el cuello tan perfectamente cortado que, al tratar de levantarla, la cabeza se desprendió del tronco. Del mismo modo que la cabeza, el cuerpo estaba terriblemente mutilado, a tal punto que aquellos no parecían restos humanos.

»Hasta ahora no se ha descubierto, que sepamos, el menor indicio que permita aclarar este horrible misterio».

La edición del día siguiente añadía estos detalles:

«LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE.— Diversas personas han sido interrogadas a propósito de este terrible y extraordinario

*affaire*<sup>6</sup>, pero no se ha encontrado nada que pueda dar luz sobre este asunto. A continuación citamos varias declaraciones:

»*Pauline Dubourg*, lavandera, declara haber conocido desde hace tres años a las víctimas y que les ha lavado la ropa durante todo este tiempo. La madre y la hija parecían entenderse bien y profesarse una recíproca ternura. Pagaban con puntualidad. Nada podía añadir sobre su género de vida y sus medios de subsistencia. A su parecer, la señora L'Esplanaye decía la buenaventura para vivir. Se susurraba que tenía dinero escondido. La declarante no había encontrado nunca persona alguna en la casa cuando iba a recoger o devolver la ropa. Estaba segura de que estas mujeres no tenían criado alguno a su servicio. También le parece que todas las habitaciones estaban desamuebladas, excepto el cuarto piso.

»*Pierre Moreau*, vendedor de tabaco, declara que era el proveedor habitual de la señora

---

<sup>6</sup> En Francia, la palabra *affaire* tiene una connotación más sustancial que la que le damos nosotros (nota de Poe, en adelante N. del A.).

L'Espanaye y le vendía pequeñas cantidades de tabaco, algunas veces en polvo. Ha nacido en el barrio y ha vivido en él siempre. La difunta y su hija ocupaban hacía seis años la casa donde se las había encontrado asesinadas. Anteriormente vivía en ella un joyero que realquilaba los pisos superiores a diferentes personas. La casa pertenecía a la señora L'Espanaye, que se había manifestado muy descontenta de aquel inquilino que le deterioraba las habitaciones; entonces vino a habitar su propia casa, rehusando alquilar un solo piso. La anciana daba señales de senilidad. El testigo ha visto a la hija cinco o seis veces en el intervalo de estos seis años. Ambas mujeres llevaban una vida excesivamente retirada; parecían tener dinero. Ha oído decir a otros vecinos que la señora L'Espanaye decía la buena ventura; el declarante no lo cree. No ha visto atravesar el dintel de la puerta a nadie que no fuera la vieja y su hija, un portero una o dos veces y un médico ocho o diez.

»En el mismo sentido deponían otros varios vecinos. No se cita a nadie que frecuentase la

casa. No se sabe si la madre y la hija tenían parientes. Los postigos de las ventanas de la fachada se abrían rara vez. Los de detrás estaban siempre cerrados, exceptuando los de las ventanas del salón del cuarto piso. La casa era bastante buena y no muy vieja.

» *Isidore Muset*, gendarme, declara haber sido llamado a eso de las tres de la mañana, y que se encontró en la puerta principal a veinte o treinta personas que se empujaban para entrar en la casa. Forzó la puerta con la bayoneta y no con una ganzúa, como se ha dicho. No le costó gran trabajo abrirla, porque era de dos batientes y no tenía cerrojos ni pestillos. Los gritos continuaron hasta que se hubo derribado la puerta, cesando después instantáneamente. Se hubiera creído que eran los gritos de una o de varias personas, presas de los más horribles dolores, gritos agudos, prolongados, no gritos breves y precipitados. El testigo subió rápidamente los escalones y, al llegar al primer descanso, oyó dos voces que disputaban con acritud en tono vivo; una era áspera, la otra mucho más aguda,

una voz singular. De la primera distinguí algunas palabras y le pareció pronunciadas por un francés. Seguramente no era voz de mujer. El declarante distinguió claramente las palabras *sacré* y *diable*<sup>7</sup>. La voz aguda pertenecía a un extranjero, no pudiendo asegurar si era de hombre o de mujer. Tampoco ha podido adivinar lo que decía, aunque presume que hablaba español. Este testigo describe el estado de las habitaciones y de los cadáveres en los mismos términos que empleamos nosotros ayer.

»*Henri Duval*, un vecino de oficio platero, declara que formaba parte del grupo que penetró en la casa. Confirma en casi todas sus partes el testimonio de Muset. Tan pronto como penetraron en la casa cerraron la puerta para impedir el paso a la multitud, que se iba agolpando, a pesar de la hora. De creer a este testigo, la voz aguda era de un italiano. Seguramente no era un francés el que hablaba. Tampoco asegura, aunque se induce a creerlo así, que fuera voz de mujer. El testigo no está familiarizado con la

---

<sup>7</sup> «Sagrado» y «diablo», respectivamente (N. de esta E.).

lengua italiana, no ha podido distinguir las palabras, pero está convencido por la entonación, por el acento, que el individuo que hablaba era un italiano. El testigo ha conocido a la señora L'Espanaye y su hija, con frecuencia ha conversado con ellas y está seguro de que la voz aguda no era de ninguna de las víctimas.

» *Odenheimer*, regente de un restaurante. Este testigo se ha presentado espontáneamente. No habla el francés y ha declarado por medio de un intérprete. Ha nacido en Ámsterdam. Pasaba frente a la casa en el momento en que se oían los gritos, que duraron algunos minutos, diez aproximadamente. Eran gritos prolongados, agudos, espantosos, gritos lastimeros. Odenheimer es uno de los que penetraron en la casa. Confirma el testimonio precedente, discrepando en un solo punto. Está seguro de que la voz aguda era la de un hombre, de un francés. No ha podido distinguir las palabras articuladas. Hablaban alto y con viveza, en tono desigual y que expresaba el terror y la cólera a un tiempo. La voz era

más bien áspera que aguda. No puede llamarse aguda semejante voz por lo extraña. La otra, la fuerte, dijo varias veces “*Sacré-diable*”, y una de ellas: “*Mon Dieu!*”<sup>8</sup>.

»*Jules Mignaud*, banquero, de la casa Mignaud e Hijos, en la calle Deloraine. Es el hijo mayor de los Mignaud. La señora L’Espanaye poseía una modesta fortuna. Tenía cuenta abierta en su banco desde la primavera del año 18... (hacía ocho años). Con frecuencia depositaba pequeñas cantidades. Nada le había entregado hasta tres días antes de su muerte, en que dicha señora vino en persona a pedirle una suma de cuatro mil francos. Esta suma le había sido pagada en oro y un dependiente se encargó de llevársela a la casa.

»*Adolphe Le Bon*, empleado de la Banca Mignaud e Hijos, declara que el día en cuestión, a eso de las doce, acompañó a la señora L’Espanaye a su casa, llevando los cuatro mil francos en dos sacos. Al abrirse la puerta

---

<sup>8</sup> «¡Mi Dios!» (N. de esta E.).

apareció la señorita L'Españay y le tomó uno de los dos sacos, en tanto que la madre le descargaba el otro. Se despidió y se fue. No vio a nadie en la calle en aquel momento. Es una calle apartada y solitaria.

» *William Bird*, sastre, declara que es uno de los que entraron en la casa. Es inglés y ha vivido dos años en París. Es uno de los primeros que subieron la escalera. Oyó las voces que disputaban. La voz ruda era de un francés; distinguió algunas palabras, pero no las recuerda; únicamente oyó con gran claridad «Sacré» y «Mon Dieu». En este momento se percibía ruido de lucha, como de personas que se pegasen y como si se rompiesen algunos objetos. La voz aguda era muy fuerte, más que la otra, pudiendo asegurar que no era de inglés; parecía de alemán, quizás de mujer. El testigo no conoce el alemán.

» Cuatro de los testigos arriba mencionados han sido interrogados de nuevo, manifestando que la puerta de la habitación donde fue encontrado el cuerpo de la señorita L'Españay estaba cerrada por dentro cuando ellos llegaron. Todo

estaba en silencio; ni gemidos ni ruidos de ninguna especie. Después de forzada la puerta no vieron a nadie.

»Las ventanas de la habitación del fondo y las de la de enfrente estaban cerradas y fuertemente aseguradas por dentro. Una puerta de comunicación estaba cerrada, pero sin llave. La puerta que conducía de la habitación anterior al corredor estaba cerrada con llave por dentro; un cuarto pequeño del cuarto piso, situado en el corredor, a la entrada, estaba con la puerta entreabierta; esta habitación estaba llena de camas viejas, de maletas y objetos de esta especie. Todos ellos han sido minuciosamente revisados; ni una sola pulgada ha quedado sin inspeccionar; se ordenó que deshollinadores revisaran las chimeneas. La casa es de cuatro pisos, con buhardillas. Una compuerta colocada sobre el techo estaba asegurada y sólidamente cerrada y clavada; parecía no haber sido abierta desde muchos años atrás. Los testigos no están conformes respecto a la duración del tiempo transcurrido entre el momento en que

se oyeron las voces que disputaban y aquel en que se forzó la puerta de la habitación. Algunos lo evalúan en dos o tres minutos, otros en cinco. La puerta fue abierta con gran trabajo.

»*Alfonzo Garcio*, empresario de pompas fúnebres, declara que vive en la calle Morgue. Es natural de España. Es uno de los que penetraron en la casa. No llegó a subir la escalera. Es muy nervioso y temió las consecuencias de una agitación violenta. Oyó las voces que disputaban. La más gruesa era de un francés, no ha podido distinguir lo que decía. La voz aguda era de un inglés, está seguro. El testigo no sabe inglés, pero lo deduce de la entonación de la voz.

»*Alberto Montani*, confitero, declara ser de los primeros que subieron la escalera y oyó las voces referidas. La voz ronca era de un francés y pudo distinguir algunas palabras. El individuo que hablaba parecía reprender a su interlocutor. El declarante no ha podido adivinar lo que decía la voz aguda. Hablaba de prisa y en forma cortada. Parecía la voz de un ruso. En todo lo demás confirma los testimonios

anteriores. Es italiano y declara no haber hablado nunca con un ruso.

»Algunos de los testigos certifican que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso son demasiado estrechas para poder pasar por ellas un ser humano. Al hablar de deshollinarlas se referían a esos cepillos en forma cilíndrica empleados para limpiar chimeneas. Estos cepillos se introducen de arriba abajo por todos los tubos de la casa. En el fondo del edificio no hay ningún pasadizo que pudiera favorecer la fuga de un asesino mientras los testigos subían la escalera. El cuerpo de la señorita L'Esplanaye estaba tan sólidamente encajado en la chimenea, que para sacarlo fue preciso reunir las fuerzas de cuatro o cinco personas.

»*Paul Dumas*, médico, declara haber sido llamado al amanecer para examinar los cadáveres, que habían sido colocados sobre la estructura de la cama de la habitación donde había sido encontrada la señorita L'Esplanaye. El cuerpo de la joven estaba magullado fuertemente y cubierto de escoriaciones. Estas particularidades se

explican suficientemente por el hecho de haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Su garganta estaba despellejada de un modo singular. En ella se veían, debajo del mentón, varios arañazos profundos y una hilera de manchas lívidas, resultado evidente de la presión de los dedos. La cara estaba espantosamente descolorida y los ojos, fuera de sus órbitas. La lengua estaba medio cortada; una ancha huela acardenalada se manifestaba en la boca del estómago, producida, según todas las apariencias, por la presión de una rodilla. En opinión del señor Dumas, la señorita L'Españaye había sido estrangulada por uno o por varios individuos desconocidos.

»El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado; todos los huesos de la pierna y del brazo derechos, más o menos destrozados; la tibia izquierda, rota en esquirlas, así como las costillas del mismo lado. El cuerpo, completamente magullado. Imposible asegurar cómo habrían podido ser producidos semejantes golpes. Solo una pesada maza de madera o una

larga barra de hierro, un arma gruesa, pesada y contundente hubiera podido producir semejantes resultados, a condición de ser manejada por la mano de un hombre excesivamente robusto. Ninguna mujer hubiera podido dar tales golpes con arma alguna. La cabeza de la muerta, cuando llegó el testigo, estaba separada del tronco y, como el resto del cuerpo, notablemente magullada. La garganta había sido cortada, evidentemente, con un instrumento muy afilado; probablemente, una navaja de afeitar.

»*Alexandre Etienne*, cirujano, ha sido llamado al mismo tiempo que el señor Dumas, para reconocer los cadáveres; confirma el testimonio y la opinión del señor Dumas.

»A pesar de haber sido interrogadas otras personas, no se ha podido obtener ningún otro indicio de valor. Jamás se ha cometido en París otro asesinato —si es que lo ha habido— más embrollado y más misterioso. La policía está completamente despistada, caso inusitado en los asuntos de esta clase. Resulta imposible hallar la más pequeña clave del misterio».

La edición de la tarde del periódico manifestaba que en el barrio de Saint-Roch reinaba una agitación constante; que se había hecho un nuevo reconocimiento del lugar; que los testigos habían sido interrogados de nuevo, pero todo ello sin resultado. No obstante una nota final anunciaba que Adolphe Le Bon, el empleado de la Banca, había sido detenido y encarcelado, aunque ninguno de los hechos ya conocidos eran suficientes para acusarle.

Dupin parecía interesarse singularmente en el desarrollo de este *affaire*; aunque no hacía comentarios, por su conducta yo interpretaba su constante interés. Únicamente cuando el periódico anunció el encarcelamiento de Le Bon, me preguntó qué opinión tenía yo respecto a los asesinatos.

No pude menos de confesarle que, como todo París, lo consideraba como un misterio insoluble. No veía medio alguno de encontrar la huella del asesino.

—No podemos juzgar nada basándonos en estos medios tan rudimentarios de investigación

—dijo Dupin—. La policía parisiense, tan elogiada por su perspicacia, es muy astuta y nada más. Procede sin método, o al menos no tiene otro que el del momento. Exhiben siempre las medidas tomadas, pero con frecuencia sucede que son tan intempestivas, tan poco apropiadas al objetivo, que hacen pensar en *monsieur Jourdain*<sup>9</sup>, que pedía su bata para oír mejor la música. Los resultados obtenidos son a veces sorprendentes, pero la mayor parte se debe sencillamente a la insistencia y a la actividad. En el caso en que estas facultades son insuficientes, los planes fracasan. Vidocq<sup>10</sup>, por ejemplo, era bueno para adivinar; era hombre perseverante; pero su imaginación no estaba suficientemente educada y con frecuencia el ardor mismo de sus investigaciones le hacía tomar una pista falsa. Disminuía la fuerza de

---

<sup>9</sup> Personaje de la obra de teatro *El burgués gentilhomme*, de Molière. Es el arquetipo del hombre que se vuelve ridículo en su intento por copiar costumbres que no son las suyas (N. de esta E.).

<sup>10</sup> Eugène-François Vidocq (1775-1857). Célebre investigador privado francés. Fue el primer director de la Seguridad Nacional de Francia. Aparte de servir como base para C. Auguste Dupin, protagonista de la serie de relatos de Poe recogidos en este volumen, fue referente para la creación de personajes de ficción de Honoré de Balzac, Víctor Hugo y Émile Gaboriau, entre otros (N. de esta E.).

visión mirando el objeto desde muy cerca. Esto puede llamarse ser demasiado profundo; la verdad no está siempre en el fondo de un pozo. A veces la buscamos en el fondo de un valle y al fin la descubrimos en lo alto de un monte. Este género de error se ejemplifica muy bien con la contemplación de los cuerpos celestes. Dirija a una estrella una rápida ojeada, mírela oblicuamente, volviendo hacia ella la parte lateral de la retina (mucho más sensible a la luz difusa que la central), y verá la estrella distintamente: obtendrá usted la apreciación más justa de su brillo, brillo que se oscurece a medida que se dirige la vista de lleno sobre ella. En el último caso cae sobre el ojo un número mayor de rayos, pero en el primero hay una receptibilidad más completa, una susceptibilidad más viva. Una extremada profundidad debilita el pensamiento y le confunde; posible sería hacer desaparecer a Venus del firmamento con una atención demasiado sostenida, demasiado concentrada, demasiado directa. En lo que respecta a este asesinato, hagamos un examen antes de

formar opinión. Una requisitoria nos divertirá –me parecía extraña esta expresión aplicada al presente caso, pero no dije una palabra– y, además, Le Bon me ha prestado un servicio y quiero demostrarle que no soy ingrato. Iremos al lugar del suceso y lo examinaremos personalmente. Conozco a G..., el prefecto de policía, y obtendremos sin dificultad el permiso necesario.

La autorización nos fue concedida y acto seguido nos dirigimos a la calle Morgue. Esta vía es uno de los miserables pasajes que unen la calle Richelieu a la calle Saint-Roch. Era por la tarde y ya avanzado el día cuando llegamos allí, porque este barrio está situado a una gran distancia del que habitamos nosotros.

Pronto encontramos la casa, porque había una porción de gente que contemplaba del otro lado de la calle los postigos cerrados con una curiosidad de papanatas. Era una casa como muchas de las que hay en París, con puerta cochera y, en uno de los lados, la garita del portero. Antes de entrar, remontamos la calle,

dimos la vuelta a la avenida y pasamos de este modo a las espaldas del edificio. Dupin, durante este tiempo, examinó todos los alrededores, así como la casa, con una atención minuciosa cuyo objeto no podía yo adivinar.

Volvimos sobre nuestros pasos hacia la fachada de la casa; llamamos, enseñamos nuestro permiso y los agentes nos permitieron entrar. Subimos a la habitación donde se había encontrado el cuerpo de la señorita L'Españaye y donde yacían aún los dos cadáveres. El desorden de la habitación se había respetado, como se practica en semejantes casos. Yo no vi nada más que lo que había leído en la *Gazette des Tribunaux*. Dupin lo analizaba todo minuciosamente, sin exceptuar el cuerpo de las víctimas. Pasamos enseguida a las otras habitaciones y bajamos al patio, siempre acompañados por un gendarme. Este examen duró largo tiempo, y ya era de noche cuando abandonamos la casa. Al volver a nuestro domicilio, mi compañero se detuvo breves instantes en las oficinas de un periódico.

Ya he manifestado que mi amigo tenía muchos y variados caprichos y *que je les ménegeais*<sup>11</sup>. En aquellos instantes tenía el de evitar toda conversación referente al crimen hasta el día siguiente a las doce. Y únicamente entonces me preguntó si había notado algo *particular* en el escenario del crimen.

Había en su manera de pronunciar la palabra *particular* un no sé qué, que sin saber por qué me produjo un escalofrío.

—No, nada de particular —le dije—, por lo menos nada que no hayamos leído ya los dos en el periódico.

—*La Gazette* —me contestó— no ha penetrado, a mi parecer, todo el horror insólito de este caso. Pero hagamos abstracción de las necias opiniones de ese diario. Yo creo que el misterio se ha considerado como insoluble por la misma razón que debería ser mirado como fácil de resolver (me refiero al carácter de excesivo misterio con que se nos ha mostrado). La policía

---

<sup>11</sup> Esta frase no tiene equivalencia en inglés (N. del A.).

se ha confundido por la ausencia aparente de motivos que justifiquen no el crimen en sí, sino la atrocidad con que se ha cometido. Asimismo están confundidos por la imposibilidad aparente de conciliar el hecho de las voces que disputaban con el de no haber encontrado en lo alto de la escalera otra persona que la señorita L'Españay asesinada, siendo así que no había medio de salir sin ser visto por la gente que subía. El extraño desorden de la habitación, el cuerpo metido cabeza abajo en la chimenea, la tremenda mutilación del cuerpo de la vieja, consideraciones que ya he mencionado y que, unidas a otras de que no necesito hablar, han bastado a paralizar la acción de los agentes y despistar completamente su tan ponderada perspicacia. Han cometido la enorme falta, muy común por otra parte, de confundir lo extraordinario con lo incomprensible. Pero precisamente siguiendo estas desviaciones del curso ordinario y natural es como encontrará la razón su camino y marchará en dirección a la verdad, si la cosa es posible. En las investigaciones de este género, no es necesario preguntarse cómo

han pasado las cosas, sino estudiar en qué se distinguen de las que vulgarmente conocemos. En resumen: la facilidad con que yo llegaré (si no he llegado ya) a la solución del misterio está en razón directa de su insolubilidad aparente a los ojos de la policía.

Yo contemplaba a mi amigo con muda admiración.

—Estoy esperando ahora —continuó dirigiendo una mirada a la puerta de la habitación— a un individuo que, aunque no sea el autor de esta carnicería, debe encontrarse implicado de algún modo en su ejecución. Es muy probable que sea inocente en lo que se refiere a la parte atroz del crimen. Espero no equivocarme en esta hipótesis, porque sobre ella fundo mi esperanza de descifrar el enigma por completo. Lo espero aquí, en esta habitación, de un momento a otro. Es verdad que es muy posible que no venga, pero hay algunas probabilidades para que yo crea lo contrario. Si viene, será necesario no dejarle escapar. Aquí tenemos dos pistolas y ambos sabemos para qué sirven cuando la ocasión lo exige.

Tomé las pistolas sin saber lo que hacía, dando apenas crédito a mis oídos, mientras Dupin continuaba monologando. Ya he hablado de sus ademanes distraídos en semejantes casos. Su discurso se dirigía a mí; pero su voz, aunque elevándose a la modulación ordinaria, tomaba esa entonación que se suele adoptar para comunicarse con alguno que está algo lejos. Sus miradas, con expresión vaga, estaban fijas en la pared.

—Las voces que disputaban —decía—, esas voces que oyeron los que subían, no eran las de las dos desgraciadas mujeres; esto está evidentemente probado, por lo que nos evita suponer si la madre pudo asesinar a la hija y suicidarse después. No hago esta hipótesis más que por amor al método, puesto que la fuerza de la señora L'Esplanaye hubiera sido en absoluto insuficiente para introducir el cuerpo de su hija en la chimenea del modo que estaba, y la naturaleza de las heridas encontradas en su cuerpo excluyen enteramente la idea del suicidio. El crimen ha sido cometido por otros y las voces de esos otros son las que disputaban.

Permítame ahora llamar su atención no sobre las declaraciones relativas a esas voces, sino sobre ciertas *particularidades* de dichas declaraciones. ¿Ha notado algo de particular?

—Yo he notado que, mientras los testigos estaban de acuerdo en considerar la voz gruesa como de un francés, había una gran discrepancia en lo referente a la voz aguda, o, como la ha definido uno solo, en la voz áspera.

—Eso constituye la evidencia —dijo Dupin—, pero no la particularidad de la evidencia. Nada ha observado usted de distintivo y, no obstante, hay *algo* que observar. Los testigos, fíjese bien, están de acuerdo en lo de la voz gruesa, ¡en esto hay unanimidad! Pero en lo relativo a la voz aguda hay una particularidad, que no consiste en el desacuerdo, sino en que cuando un italiano, un inglés, un español y un holandés tratan de describirla, cada uno de ellos habla de una voz extranjera y todos están seguros de que no es la voz de uno de sus compatriotas. Cada uno la compara no a la de un individuo cuyo idioma le sea familiar, sino al contrario. El

francés presume que era la voz de un español y que *hubiera podido distinguir algunas palabras si estuviera familiarizado con esta lengua*. El holandés afirma que era la voz de un francés, pero se hace notar que, no sabiendo el testigo el francés, ha sido interrogado por medio de un intérprete. El inglés supone que era de un alemán y *no entiende el alemán*. El español está *completamente seguro* de que era la voz de un inglés, pero juzga solo la entonación, porque *no conoce el inglés*; el italiano cree que sea de un ruso, aunque jamás *ha hablado con ruso alguno*. Otro francés difiere, no obstante, del primero, y asegura que la dicha voz era de italiano, pero, no conociendo dicho idioma, juzga como el español, por la *entonación*. Ahora bien: ¿tan insólita y extraña era esta voz, que no se han podido obtener respecto a ella más que semejantes testimonios? ¡Una voz en cuyas inflexiones los habitantes de cinco grandes partes de Europa no han podido reconocer nada que les sea familiar! Tal vez me diga usted que podía ser la de un asiático o un africano. No abundan en París tales individuos; pero, sin negar la

posibilidad del caso, llamaré sencillamente su atención sobre tres puntos. Un testigo describe así la voz: *más bien áspera que aguda*. Otros dos hablan de una *voz breve y entrecortada*. Estos testigos no han distinguido palabra alguna, ni aun ningún sonido parecido.

»No sé —continuó Dupin— qué impresión he podido producir en su imaginación con mis deducciones, pero no dudo en afirmar que se pueden hacer muy legítimas en esta parte misma de las declaraciones en lo referente a las dos voces: la gruesa y la aguda; deducciones suficientes para crear una sospecha que indicaría un camino en toda investigación ulterior del misterio. He dicho *deducciones legítimas*, pero esta expresión no fija completamente mi pensamiento. Quiero dar a entender que estas deducciones son las únicas que conviene hacer, y que dicha sospecha surge inevitablemente como el único resultado posible. No obstante, yo no le diré inmediatamente de qué naturaleza es esta sospecha. Solo deseo demostrarle que es más que suficiente para dar un carácter

decisivo, una tendencia positiva a la requisitoria que realicé a la habitación. Ahora, trasladémonos con el pensamiento a esta habitación. ¿Cuál debe ser el primer objeto de nuestra investigación? Los medios de evasión empleados por los asesinos. Supongo que ninguno de nosotros cree en lo sobrenatural, ¿verdad? Las señoras L'Españaye no han sido asesinadas por los espíritus. Los autores de este crimen eran de carne y hueso y han huido por medios materiales. Ahora bien, ¿cómo? Afortunadamente no hay más que un modo de razonar sobre este punto, y este modo nos conducirá a una conclusión positiva. Examinemos, pues, uno a uno los medios posibles de evasión. Es evidente que los asesinos estaban en la habitación donde se ha encontrado a la señorita L'Españaye, o, por lo menos, en la contigua, cuando la gente subía la escalera. Así, pues, solo hemos de buscar en estas dos habitaciones la salida posible. La policía ha levantado el pavimento, ha registrado los techos y la mampostería de las paredes. Ninguna salida *secreta* ha podido escapar a su perspicacia. Pero yo no me he fiado de *sus* ojos

y he buscado con los míos; no hay, en efecto, salida secreta alguna. Las dos puertas de las habitaciones que comunican con el corredor estaban sólidamente cerradas por dentro. Veamos las chimeneas. Son de una longitud ordinaria, hasta una altura de ocho o diez pies sobre el hogar, no dejando hueco siquiera para el paso de un gato grande.

»La imposibilidad de la huida, al menos por las vías ya indicadas, estaba probada; quedan las ventanas. Nadie hubiera podido huir por las de la habitación delantera sin ser visto por la multitud desde fuera. Ha sido, pues, *preciso* que los asesinos escapasen por las de la habitación del fondo.

»Sentada esta conclusión inequívoca, no tenemos el derecho de despreciarla en razón a su aparente *imposibilidad*. No nos resta más que demostrar que esta imposibilidad aparente no existe en realidad.

»Hay dos ventanas en la habitación. La una no está obstruida por mueble alguno y está enteramente visible. La puerta inferior de la otra

está oculta por la cabecera de la cama, maciza y fuertemente apoyada contra ella. Se ha probado que la primera estaba sólidamente sujeta por dentro, habiendo resistido a los más violentos esfuerzos de los que han tratado de abrirla. A la izquierda del marco se veía un gran agujero practicado con un taladro y en él se encontró un grueso clavo hundido hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana se ha encontrado otro clavo igual, clavado del mismo modo; un esfuerzo vigoroso para separar el marco ha dado el mismo negativo resultado que anteriormente. La policía quedó entonces convencida de que por este camino no se había podido efectuar la huida y, por tanto, consideró superfluo quitar los clavos y abrir las ventanas.

»Mi examen fue un poco más minucioso por la razón que acabo de exponerle; era la ocasión, y estaba seguro de ello, en que *precisaba* demostrar que tal imposibilidad no era más que aparente.

»Continué razonando así, *a posteriori*. Los asesinos se habrán evadido *por una de estas dos*

*ventanas*. Suponiendo esto, no es fácil que pudieran haberlas sujetado por dentro, como se las ha encontrado, consideración que, por su evidencia, ha limitado las investigaciones de la policía en este sentido. No obstante, estaban bien cerradas. Luego *es preciso* que puedan cerrarse por sí mismas. No había medio de escapar a esta conclusión. Me fui derecho a la ventana no obstruida, retiré el clavo con alguna dificultad y traté de abrirla. Como lo esperaba, resistió a todos mis esfuerzos. Había, pues, seguramente un resorte oculto, y este hecho, corroborado por mi idea, me convenció al menos de la precisión de mis premisas, por muy misteriosas que se me apareciesen siempre las circunstancias relativas a los clavos. Un examen minucioso me hizo descubrir bien pronto el resorte secreto. Lo oprimí, y satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de abrir la ventana. Coloqué el clavo en su sitio, examinándolo atentamente. Una persona, pasando a través de la ventana, podía haberla cerrado haciendo jugar el resorte, pero sin poder volver a colocar el clavo en su sitio. Esta conclusión era clara y restringía más y más el campo de

mis investigaciones. Era *preciso* que los asesinos hubieran escapado por otra ventana. Suponiendo que los dos resortes fuesen iguales, como era probable, *precisaba*, pues, encontrar una diferencia en los clavos, o al menos en el modo de estar colocados. Subí sobre la estructura de la cama y registré minuciosamente la otra ventana por encima de la cabecera. Pasé mi mano por detrás, descubrí fácilmente el resorte y lo hice funcionar; era igual que el primero, como había supuesto. Entonces examiné el clavo. Era del mismo grueso que el otro y estaba fijo del mismo modo, es decir, hundido hasta la cabeza.

»Creerá usted que yo estaría confundido, pero si abriga semejante pensamiento, será que no ha penetrado la naturaleza de mis deducciones. Sirviéndome del tecnicismo del juego, no había cometido falta alguna, no había perdido la pista un solo instante, no faltaba un solo anillo de la cadena. Había seguido el secreto hasta su última fase y esta fase era *el clavo*. He dicho que se parecía a su compañero, el de la otra ventana; pero este hecho, por concluyente que

fuera en apariencia, era absolutamente nulo enfrente de esta consideración dominante, a saber, que allí, en aquel clavo, terminaba la pista. «Es preciso», me dije, «que este clavo tenga algo defectuoso». Lo cogí, y la cabeza con un trozo de clavo, un cuarto de pulgada aproximadamente, se me quedó entre los dedos. El resto del clavo quedaba dentro del agujero donde se había roto. Esta rotura era muy antigua, porque los bordes estaban oxidados, y había sido producida por un martillazo que hundió en parte la cabeza del clavo en el fondo del marco. Añadí cuidadosamente la cabeza con el pedazo que continuaba y el todo hacía un clavo intacto; la rotura era inapreciable. Apreté el resorte, levanté la ventana algunas pulgadas; la cabeza del clavo formaba cuerpo con ella sin moverse de su hueco. Cerré la ventana y ofreció de nuevo el aspecto de un clavo completo.

»Hasta aquí el enigma estaba descifrado. El asesino había huido por la ventana situada a la cabecera de la cama. Que se hubiese cerrado por sí misma o que lo hubiese hecho la mano

de una persona, el caso es que había sido retenida por el resorte y la policía había atribuido esta resistencia al clavo; sentado esto, toda investigación ulterior había sido considerada como superflua.

»La cuestión, ahora, era averiguar el modo empleado para bajar. Sobre este punto, estaba satisfecho de mi paseo alrededor del edificio. A cinco pies y medio aproximadamente de la ventana en cuestión, corre una varilla de pararrayos. Por esta varilla hubiera sido imposible a cualquiera alcanzar la ventana, y con mayor razón entrar por ella. Ahora bien; he notado que los postigos de las ventanas del cuarto piso eran del género particular que los carpinteros parisienses llaman *ferrades*, género de postigos muy poco usado hoy en día, pero que se les encuentra con frecuencia en las casas antiguas de Lyon y Burdeos. Están contruidos como una puerta ordinaria (puerta sencilla y no de dobles batientes), a excepción de la parte inferior, que está vaciada y enrejada, lo que proporciona a la mano un buen asidero. En el caso en cuestión,

estos postigos son de un ancho de tres pies y medio o más. Cuando los hemos examinado desde el exterior estaban medio abiertos, es decir, formando ángulo recto con la pared. Es de presumir que la policía haya examinado como yo las espaldas del edificio, pero al mirar estas *ferrades* (como las habrá mirado inevitablemente) no se ha cuidado de notar la dimensión en el sentido de su anchura: por lo menos no le ha dado la importancia necesaria. En suma, cuando los agentes han creído en la imposibilidad de verificar la huida por esta parte, no han hecho sino un examen sucinto.

»Era, pues, evidente para mí que, suponiendo el postigo abatido sobre la pared (me refiero al correspondiente a la cabecera del lecho), se encontraría a dos pies de la varilla del pararrayos. Estaba claro, asimismo, que, por el esfuerzo de una energía y de un valor insólitos, se podía, con ayuda de la varilla, haber llevado a cabo la entrada por la ventana. Llegado a aquella distancia de dos pies y medio (suponiendo ahora abierto el postigo), un ladrón hubiera

podido encontrar en el enrejado un asidero sólido, para (soltando la varilla y apoyando bien los pies contra la pared) lanzarse rápidamente, caer en la habitación y atraer hacia sí violentamente el postigo para cerrarlo, suponiendo siempre la ventana abierta.

»Le ruego que no pierda de vista que he hablado de una energía poco común necesaria para llevar a cabo una empresa tan difícil, tan audaz. Mi objeto es el de probarle, primero, que la cosa podía realizarse; segundo, y *muy principalmente*, llamar su atención sobre el carácter *muy extraordinario*, casi sobrenatural, de la agilidad necesaria para ejecutarlo.

»Usted me replicará, sin duda, valiéndose del tecnicismo judicial, que, para dar a esta prueba mayor fuerza, yo debería *subestimar* la energía necesaria en este caso, más bien que reclamar su exacta apreciación. Quizás sea esta la práctica de los tribunales, pero no el medio razonable. Mi objetivo final es la verdad. Mi propósito actual es el de inducirle a relacionar esta energía completamente insólita con esa

voz tan particular, esa voz aguda (o áspera), esa voz entrecortada cuya nacionalidad no ha podido ser comprobada ni aun por el acuerdo de dos testigos y de la cual nadie ha cogido ni palabras articuladas, ni una sola sílaba.

A estas palabras una concepción vaga y embrionaria del pensamiento de Dupin pasó por mi mente. Me parecía llegar al límite de la comprensión sin poder comprender, como esas personas que se encuentran a veces al borde de un recuerdo sin llegar a encontrarlo. Mi amigo continuó su argumentación:

–Habré visto –dijo– que he pasado de la cuestión de la salida de la casa a la del modo de entrar en ella. Mi plan era demostrarle que se han efectuado ambas cosas de la misma manera y por el mismo sitio. Volvamos ahora al interior de la habitación y examinemos todos los detalles. Los cajones de la cómoda estaban, según se dice, revueltos y saqueados, aunque no obstante se han encontrado en ellos varios artículos de tocador intactos. Esta conclusión es absurda; es una simple conjetura,

una conjetura algo necia y nada más. ¿Cómo es posible saber que los objetos encontrados en los cajones no representaban cuanto los cajones contenían? La señora L'Esplanade y su hija hacían una vida excesivamente retirada, no visitaban a nadie, salían rara vez y, por consiguiente, tenían pocas ocasiones para cambiar su tocado. Los objetos encontrados eran de tan buena calidad, por lo menos, como algunos de los que verdaderamente poseían estas señoras. Si un ladrón hubiera cogido algunos, ¿por qué no lo había hecho con los mejores o por qué no tomarlos todos? En fin, ¿por qué abandonar los cuatro mil francos en oro para entretenerse con un fardo de ropa? El oro ha sido abandonado; la casi totalidad de la suma designada por el banquero Mignaud ha sido encontrada sobre el suelo, en los sacos. Persisto en alejar de su pensamiento la idea ridícula de *motivo*, idea engendrada en el cerebro de la policía por las declaraciones que hablan de dinero entregado a la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que esta (la entrega del dinero y el crimen cometido tres días después)

se presentan en cada momento de nuestra vida sin llamarnos siquiera la atención. En general, las coincidencias son otros tantos motivos de error para esos pobres pensadores mal educados que no saben una palabra de la teoría de probabilidades, teoría a la cual debe el ser humano sus más gloriosas conquistas y sus más bellos descubrimientos. En el presente caso, si el oro hubiera desaparecido, el hecho de haber sido entregado tres días antes parecería algo más que una coincidencia y corroboraría la idea del *motivo*. Pero en las circunstancias reales en que nos encontramos, si suponemos que el oro ha sido el móvil del hecho, es preciso suponer al criminal muy indeciso y muy idiota para olvidar a la vez el oro y el móvil que le ha impelido al crimen.

»Fije bien en su memoria los puntos sobre los cuales he llamado su atención: la voz particular, la insólita agilidad, la ausencia de móvil que sorprende en un crimen tan atroz como este. Ahora examinemos la misma carnicería. Una mujer estrangulada con las manos e introducida cabeza

abajo en una chimenea; asesinos vulgares no emplean tales procedimientos y mucho menos esconden así los cadáveres de sus víctimas. En esta manera de introducir el cuerpo en la chimenea, admitirá usted que hay algo de extraño y excesivo, algo incompatible en absoluto con lo que en general de las acciones humanas conocemos, aun suponiendo que el autor fuese el más perverso de los hombres. Fíjese también en la fuerza prodigiosa que se precisa para empujar el cuerpo por semejante orificio y empujarlo tan potentemente que los esfuerzos reunidos de varias personas fueron apenas suficientes para sacarlo.

»Fijemos ahora nuestra atención en otros indicios de este vigor maravilloso. En el hogar se han encontrado unos mechones muy espesos de cabellos grises, mechones arrancados de raíz. Ya sabrá usted qué poderoso esfuerzo es preciso para arrancar de la cabeza, aunque no sean más, veinte o treinta cabellos a la vez. Habrá visto, lo mismo que yo, los mechones en cuestión. A sus raíces ensangrentadas, ¡espantoso espectáculo!,

estaban adheridos los fragmentos de cuero cabelludo, prueba cierta de la prodigiosa potencia que ha sido necesaria para arrancar de raíz quinientos mil cabellos aproximadamente de un solo golpe.

»No solamente la madre tenía el cuello cortado, sino también la cabeza separada por completo del tronco; el instrumento, una simple navaja. Le ruego que note esta *bestial* ferocidad. No hablo de las magulladuras del cuerpo de la señora L'Esplanaye; el señor Dumas y su honorable colega, el señor Etienne, han afirmado que han sido producidas por un instrumento contundente, y en esto dichos señores están completamente en lo cierto. El instrumento contundente ha sido sin duda el empedrado del patio sobre el que ha caído la víctima desde la ventana situada encima del lecho. Esta idea, por muy sencilla que parezca ahora, ha escapado a la policía por la misma razón que le ha impedido notar la anchura de los postigos, porque, dada la circunstancia de los clavos, su percepción estaba herméticamente cerrada a

la idea de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas.

»Si ahora, como añadidura a todo esto, usted ha reflexionado bien en el desorden extraño de la habitación, ya hemos llegado al punto de combinar las ideas de una agilidad maravillosa, de una ferocidad bestial, de un refinamiento *grotesco* en lo horrible, extraño en absoluto a la humanidad, y de una voz cuyo acento es desconocido para el oído de hombres de varias naciones, de una voz desprovista de todo silabeo distinto e inteligible. Ahora bien: para usted, ¿qué resulta de aquí? ¿Qué impresión he producido sobre su imaginación?

Sentí un escalofrío al hacerme Dupin esta pregunta.

—Un loco —dije—, tal vez un loco haya cometido este crimen. Algún maniático furioso escapado de una casa de salud próxima.

—No va del todo descaminado —replicó—; su idea es casi aplicable. Pero las voces de los locos, aun en sus más salvajes paroxismos, no se parecen nunca a esta voz singular oída desde la

escalera. Los locos forman parte de una nación cualquiera y su lenguaje, por incoherente que sea, es siempre articulado. Además, el cabello de un loco no se parece al que tengo yo en la mano. Aquí tiene un pequeño mechón que he desenredado de los dedos rígidos y crispados de la señora L'Españaye. Dígame qué opina.

—¡Dupin —dije completamente trastornado—, qué cabello más extraordinario! ¡No son cabellos *humanos*!

—Nadie ha afirmado que lo sean —dijo—; pero antes de resolver sobre este punto, deseo que dirija una mirada a este pequeño diseño que he trazado en un pedazo de papel. Es un facsímil que representa lo que ciertas declaraciones definen como *las huellas moradas y las señales profundas de uñas*, encontradas en el cuello de la señorita L'Españaye, y que los doctores Dumas y Etienne llaman *una serie de manchas lívidas producidas evidentemente por la impresión de los dedos*.

»Mire —continuó mi amigo, desdoblando el papel sobre la mesa—. Este dibujo da la idea de

Edgar Allan Poe

una mano sólida y firme. Los dedos no parecen haber resbalado. Cada uno ha conservado, quizás hasta la muerte de la víctima, la terrible presa en la cual se ha moldeado. Trate ahora de colocar sus dedos, todos a un tiempo, sobre cada una de las señales que ve aquí.

Traté de hacerlo, pero inútilmente.

—Es posible —dijo Dupin— que no estemos procediendo debidamente. El papel está desplegado sobre una superficie plana y la garganta humana es cilíndrica. He aquí un tronco de madera cuya circunferencia es, poco más o menos, la de un cuello. Envuélvala con el dibujo y repita el experimento.

Así lo hice, pero la dificultad fue aún más evidente que la primera vez.

—Esta —dije— no es la huella de una mano humana.

—Ahora —dijo Dupin—, lea este pasaje de Cuvier<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Georges Cuvier (1769-1832). Naturalista francés, fue uno de los promotores de la anatomía comparada. En este pasaje, Poe probablemente se refiera a la obra *Descripción de un orangután y observaciones sobre sus facultades intelectuales*, de 1810. (N. de esta E.).

Era la historia minuciosa, anatómica y descriptiva del gran *Orang-Outang* leonado de las islas de la India oriental. Todos conocen la gigantesca estatura, la fuerza y la agilidad prodigiosa, la ferocidad y las facultades de imitación de este mamífero. Entonces comprendí, de pronto, todo el horror del crimen.

—La descripción de los dedos —dije cuando hube terminado la lectura— coincide perfectamente con el dibujo. Creo que ningún animal, exceptuando un orangután, y de la especie en cuestión, habría podido hacer semejantes señales. Este mechón de pelo ralo es también del mismo carácter que el del animal descrito por Cuvier. Pero no me doy cuenta fácilmente de los detalles de este espantoso misterio. Por otra parte, se han oído disputar dos voces, y la una de ellas indudablemente era la de un francés.

—Es cierto, y recordará usted una expresión atribuida casi unánimemente a esta voz: la expresión «*Mon Dieu!*». Estas palabras en semejantes circunstancias han sido calificadas por uno de los testigos (Montani, el confitero) como

un reproche y una reprensión. Sobre estas dos palabras he fundado mi esperanza de descifrar por completo el enigma. Un francés ha tenido conocimiento del crimen. Es posible, y aún más que posible probable, que sea inocente de toda participación en este sangriento suceso. El orangután ha podido escapársele; es posible asimismo que haya seguido su pista hasta la habitación, pero que en las circunstancias terribles que han sobrevenido no haya podido apoderarse de él. El animal está libre aún. No proseguiré mis *conjeturas* sobre este punto (no tengo derecho a dar otro nombre a estas ideas), porque las sombras de sospechas que le sirven de base son insuficientes para ser apreciadas por mi propia razón y, por lo tanto, no pretenderé que sean apreciables para el entendimiento de otra persona. Las llamaremos conjeturas y las tomaremos como tales. Si el francés en cuestión es, como supongo, inocente de esta atrocidad, el anuncio que he dejado ayer tarde, cuando volvíamos a casa, en las oficinas del periódico *Le Monde* (consagrado a los intereses marítimos y muy buscado por los marinos) lo hará venir a buscarnos.

Me alargó el periódico y leí:

«ATRAPADO.— En el Bois de Boulogne se ha encontrado, al amanecer de la mañana del... (día del asesinato), un enorme orangután leonado de la especie de Borneo. El propietario (que se sabe que es un marinero perteneciente a la tripulación de un navío maltés) podrá recobrar el animal después de haber dado sus señas y reintegrado los gastos a la persona que lo ha cogido y cuidado. Dirigirse a la calle de ..., núm. ..., piso tercero, barrio Saint-Germain».

—¿Cómo ha podido usted saber —pregunté a Dupin— que el individuo en cuestión es un marinero y que pertenece a un navío maltés?

—No lo sé —contestó—, ni estoy seguro de ello. Pero mire este pedacito de cinta que, a juzgar por su forma y su aspecto grasiento, ha servido para anudar los cabellos en esa forma de coleta con que tanto presumen los marineros. Además, este nudo es de los que pocos saben hacer, exceptuando los marineros, y en particular los malteses. He recogido esta cinta al pie de la varilla del pararrayos; es imposible que pertenezca

a ninguna de las víctimas. Después de todo, si yo me he engañado deduciendo de esta cinta que el francés es un marinero perteneciente a un buque maltés, no habré perjudicado a nadie con mi anuncio. Si estoy en un error, supondrá que he sido engañado por cualquier coincidencia que ni tratará siquiera de indagar. Pero si estoy en lo cierto, hay grandes probabilidades de éxito. El francés, que está en antecedente del crimen aun siendo inocente, dudará, naturalmente, en responder al anuncio y reclamar su orangután. Tal vez razone así: «Soy inocente, soy pobre; mi orangután vale mucho, casi una fortuna en la situación en que estoy. ¿Lo perderé por una tonta preocupación del peligro que pueda correr? Está aquí a la mano; lo han encontrado en el Bois de Boulogne, a gran distancia de la escena del crimen. ¿Sospechará nadie que un animal así haya podido cometerlo? La policía está despistada, no ha podido encontrar el más pequeño indicio. Aun cuando se siguiese la pista del animal, sería imposible probarme que yo he tenido conocimiento del crimen o de acusarme por esta coincidencia. En resumen,

y sobre todo esto, yo *soy conocido*. El redactor del anuncio me designa como propietario del animal, aunque no sé hasta qué punto llega a atraer sobre el animal una sospecha peligrosa. Sería una imprudencia de mi parte llamar la atención sobre mí o sobre el animal. Yo debería responder decididamente al anuncio, recobrar mi orangután y encerrarlo hasta que este asunto se olvide».

En este momento oímos pasos en la escalera.

—Prepárese —dijo Dupin—; tome su pistola, pero no haga uso de ella ni la enseñe hasta que yo le haga una seña.

La puerta cochera estaba abierta y el visitante había entrado sin llamar, subiendo algunos escalones. Se habría dicho que dudaba. Le oímos volver a bajar. Dupin se dirigía rápidamente hacia la puerta cuando notamos que volvía a subir. Esta vez subió decididamente y llamó a la puerta de nuestra habitación.

—Entre —dijo Dupin con voz alegre y cordial.

Un hombre apareció en el umbral. Era evidentemente un marino, alto, robusto y musculoso,

con una expresión de audacia diabólica que no era del todo desagradable. Su cara, muy curti-  
da, estaba sombreada por la barba y el bigote  
esposos; llevaba un grueso palo de encina, pero  
no parecía llevar otra clase de armas. Nos salu-  
dó torpemente y nos dio los buenos días con un  
acento francés que, aunque ligeramente bastar-  
deado por el suizo de Neufchatel, acusaba  
claramente un origen parisiense.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo  
que vendrá por su orangután. Palabra de honor  
que se lo envidio; es notablemente hermoso y  
sin duda de mucho precio. ¿Qué edad tendrá?

El marino respiró fuertemente, como si le  
hubiesen descargado de un gran peso, y dijo  
con voz segura:

—No puedo decírselo; sin embargo, creo que no  
tendrá más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene aquí?

—¡Cómo! No, no teníamos sitio donde ence-  
rrarlo. Está cerca de aquí, en una caballeriza de  
la calle Dubourg. Mañana, muy temprano, lo  
tendrá usted. ¿Está dispuesto a probar su dere-  
cho de propiedad?

—Sí, señor, ¡ya lo creo!

—Sentiré separarme de él —dijo Dupin.

—No comprendo por qué se ha tomado tantas molestias —dijo el marinero—. No había contado con eso; yo pagaré de buena gana una recompensa a la persona que ha encontrado al animal, siempre que sea una recompensa razonable, se entiende.

—Muy bien —respondió mi amigo—. Todo eso es en verdad muy justo. Veamos; ¿qué me daría a cambio? ¡Ah! Ya lo sé; mi recompensa será esta: me contará usted todo lo que sepa respecto a los asesinatos de la calle Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en voz muy baja y tranquila. Se dirigió hacia la puerta con la misma tranquilidad, la cerró y se guardó la llave. Sacó del bolsillo una pistola y la colocó sin la menor emoción sobre la mesa.

El rostro del marino enrojeció, como si estuviese en peligro de una congestión, se incorporó y agarró su palo, pero un momento después caía sobre su silla temblando violentamente y pálido como un muerto. No podía

articular palabra. Desde lo más profundo de mi corazón le compadecía.

—Amigo mío —dijo Dupin con voz bondadosa—, se alarma sin motivo, se lo aseguro. Por mi honor de caballero y de francés, le juro que no tenemos ninguna intención de perjudicarlo. Sé perfectamente que usted es inocente de los horrores de la calle Morgue. Sin embargo, esto no quiere decir que no esté implicado en ellos en algún modo. Lo poco que le he dicho le probará que tengo respecto al asunto medios de información que no le ofrecerán la menor duda. La cosa está clara ya para nosotros. Usted no ha hecho nada que lo haga culpable, ni ha podido evitar nada seguramente. Habría podido usted robar impunemente; no lo ha hecho. Nada tiene que ocultar, sea lo que sea. Por otra parte, su honradez lo obliga a confesar todo lo que sepa. Un hombre inocente está preso, acusado de un crimen cuyo autor solo usted puede indicar.

Mientras Dupin pronunciaba estas palabras, el marinero había recobrado en gran parte su

presencia de ánimo, pero su tranquilidad interior había desaparecido.

—¡Que Dios me proteja! —exclamó después de una breve pausa—; yo le diré todo cuanto sé respecto a este asunto, aunque no espero que crea ni la mitad de lo que voy a contarle (¡estaría loco si lo creyese!). ¡Sin embargo, soy inocente y diré todo cuanto sé, aunque me cueste la vida!

He aquí en sustancia lo que nos contó: su último viaje había sido al archipiélago Índico. Una partida de marineros, de la que formaba parte, desembarcó en Borneo y penetró en su interior haciendo una expedición de placer. Él y otro camarada habían capturado al orangután. Su compañero murió y el animal pasó a ser exclusivamente suyo. Después de muchas molestias causadas por la indomable ferocidad del cautivo durante la travesía, consiguió por fin alojarlo en su misma casa en París; y para no atraer sobre él la insoportable curiosidad de los vecinos, había encerrado cuidadosamente al animal, para que curase de una herida que

se había hecho a bordo con una astilla. Su proyecto era venderlo después.

Al volver una noche, o mejor dicho, una madrugada, la del crimen, de una pequeña orgía de marineros, encontró al animal instalado en su dormitorio; se había escapado del cuarto vecino, donde él lo creía sólidamente encerrado. Con una navaja de afeitar en las manos y toda la cara enjabonada, se había sentado frente a un espejo y trataba de afeitarse como sin duda había visto hacer a su dueño espíandolo por el agujero de la cerradura. Aterrado al ver un arma tan peligrosa en manos de animal tan feroz, muy capaz de hacer uso de ella, el marinero durante algunos instantes no sabía qué partido tomar. Con frecuencia había domado al animal, aun en sus accesos más furiosos, a latigazos, y en aquel momento trató de recurrir una vez más al mismo procedimiento. Pero, al ver el látigo, el orangután saltó atravesando el dintel de la puerta, franqueó la escalera y, aprovechándose de una ventana, por desgracia abierta, se lanzó a la calle.

El francés, desesperado, persiguió al mono; este, sin soltar la navaja, se paraba de cuando en cuando, se volvía y le hacía muecas, hasta que, viéndose próximo a ser alcanzado, volvía a emprender su carrera. Esta caza duró un buen rato. Las calles estaban completamente tranquilas y serían las tres de la madrugada. Al atravesar el pasaje situado tras la calle Morgue, la atención del fugitivo fue atraída por una luz que salía de la ventana abierta en el cuarto piso de la casa de la señora L'Esplanaye. Se precipitó hacia la pared, apercibió la varilla del pararrayos y con una inconcebible agilidad subió rápidamente, se agarró al postigo que estaba completamente abatido contra la pared y, apoyándose en esta, se lanzó sobre la cabecera de la cama.

Toda esta gimnasia no duró un minuto. El postigo había sido rechazado contra la pared por la violencia misma del salto.

A pesar de esto, el marinero no estaba del todo inquieto. Tenía la esperanza de coger al animal, que difícilmente podría escapar de la trampa en que se había metido y en donde podría cortarle

la retirada. Por otra parte, le inquietaba mucho lo que podría pasar dentro de la casa. Esta última reflexión le decidió a reanudar su persecución. Para un marinero no es difícil trepar por la varilla de un pararrayos, pero, al llegar a la altura de la ventana, cerrada entonces, se encontró imposibilitado de alcanzarla; todo lo más que pudo hacer fue dirigir una rápida ojeada al interior de la habitación. Pero lo que vio le sobrecogió de un terror inmenso. En aquel momento resonaban los horribles gritos que despertaron sobresaltados a los vecinos.

La señora L'Españay y su hija, vestidas con sus camisones, estaban ocupadas, sin duda, en arreglar algunos papeles en el cofre de hierro del que se ha hecho mención, que habían arrastrado al medio de la habitación. Estaba abierto y su contenido esparcido por el suelo. Las víctimas estaban, indudablemente, vueltas de espaldas a la ventana, y a juzgar por el tiempo que transcurrió entre la invasión del animal y los primeros gritos, es probable que no se apercibieran de su presencia enseguida.

El golpe del postigo pudo ser verosíblemente atribuido al viento.

Cuando el marinero se asomó a la ventana, el terrible animal había asido a la señora L'Espanye de los cabellos, que en aquel momento tenía sueltos por estarse peinando, y agitaba la navaja ante su cara, imitando los gestos de un barbero. La hija yacía en tierra inmóvil; se había desmayado. Los gritos y los esfuerzos de la madre, al sentir que le arrancaba los cabellos, tuvieron el efecto de cambiar en furor las disposiciones probablemente pacíficas del orangután. De un rápido golpe de su brazo musculoso, separó casi la cabeza del cuerpo. La vista de la sangre transformó su furor en frenesí; rechinaba los dientes y lanzaba fuego por los ojos. Se arrojó sobre el cuerpo de la joven y le hundió sus terribles garras en la garganta, sin soltarla hasta que estuvo muerta. Sus ojos, extraviados y salvajes, se fijaron en aquel momento en la ventana, a través de la cual pudo ver la cara de su dueño, paralizada de espanto.

El furor del animal, que sin duda alguna se acordaba del terrible látigo, se cambió repentinamente en temor. Sabiendo perfectamente que había merecido un castigo, trataba de querer ocultar las huellas sangrientas de su acción y saltaba a través del cuarto en un acceso de agitación nerviosa, rompiendo y derribando los muebles con sus movimientos y arrancando el colchón de la cama. Por último, se apoderó del cuerpo de la hija y, empujándola, la introdujo en la chimenea en la postura en que fue encontrada, después del de la madre, a la que precipitó de cabeza por la ventana.

Al ver aproximarse al mono con su fardo mutilado, el marinero descendió espantado, dejándose correr a lo largo de la varilla sin precaución, huyendo sin parar hasta llegar a su casa, temiendo las consecuencias de aquella atroz carnicería y abandonando en su terror al orangután, sin preocuparse de él para nada. Las voces oídas por la gente que subía eran sus exclamaciones de horror y de espanto mezcladas con los diabólicos alaridos del animal.

Poco queda que añadir. El orangután se había escapado, sin duda, por la varilla del pararrayos un momento antes de abrir la puerta. Al pasar por la ventana la había vuelto a cerrar, indudablemente. Más tarde fue cogido por su propietario, que lo vendió a buen precio al Jardin des Plantes.

Le Bon fue puesto inmediatamente en libertad después que hubimos contado todas las circunstancias del crimen, sazonadas por algunos comentarios de Dupin en el mismo despacho del prefecto de policía. Este funcionario, por muy bien dispuesto que estuviera a favor de mi amigo, no podía disimular de ningún modo su mal humor al ver que el asunto tomaba aquel giro, y dejó escapar dos o tres sarcasmos sobre la manía de las personas que se mezclaban en sus funciones.

—Déjelo hablar —me dijo Dupin, que no había juzgado oportuno contestarle—. Déjelo desahogarse, esto aligerará su conciencia. Estoy satisfecho de haberle vencido en su propio terreno. Con todo, y por más que él no haya

podido desenredar este misterio, no hay por qué admirarse, y esto es más natural de lo que él cree, porque en realidad nuestro amigo el prefecto es demasiado astuto para ser profundo. Su ciencia carece de base. Es todo cabeza, pero sin cuerpo, como los retratos de la diosa Laverna<sup>13</sup>, o mejor dicho, si así lo prefiere, todo cabeza y espalda, como el bacalao. Pero a pesar de todo es un buen hombre. Lo quiero muy particularmente por un magnífico género de *canto* al cual debe su reputación de hombre de genio. Me refiero a su manera *de nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas*<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Divinidad romana protectora de los ladrones y los impostores (N. de esta E.).

<sup>14</sup> «...de negar lo que es y de explicar lo que no existe». Pese a que Poe anota que esta frase pertenece a *Julia, o la nueva Eloísa*, de Rousseau, no la hemos encontrado en la novela mencionada, por lo que creemos que es un texto apócrifo (N. de esta E.).

## El misterio de Marie Rogêt<sup>15</sup>

Continuación de «Los crímenes de la calle Morgue»

*Es giebt eine Reihe idealischer Begebenheiten,  
die der Wirklichkeit parallel läuft. Selten fallen sie zusammen.  
Menschen und Zufälle modificiren gewöhnlich die idealische  
Begebenheit, so dass sie unvollkommen ercheint,  
und ihre Folgen gleichfalls unvollkommen sind.  
So bei der Reformation; statt des Protestantismus  
kam das Lutherthum hervor.<sup>16</sup>*

Novalis

**E**xisten pocas personas, aun entre los pensadores más sosegados, que no se hayan sentido alguna vez dominadas por una

---

<sup>15</sup> En el momento de la publicación original de *El misterio de Marie Rogêt*, esta nota hubiera sido considerada superflua. Pero han transcurrido bastantes años desde que acaeció el drama en que se basa este relato y nos ha parecido conveniente añadirla aquí con unas cuantas palabras aclaratorias referentes a su línea general.

vaga pero arrebatadora semicreencia en lo sobrenatural, frente a ciertas *coincidencias* de carácter tan maravilloso en apariencia, que el espíritu se sentía incapaz de admitirlas como tales. Parecidos sentimientos —porque las semicreencias a que me refiero no poseen jamás la perfecta energía del «pensamiento»— no pueden reprimirse sino difícilmente, a menos que no se atribuyan a la ciencia del azar, o, según la expresión técnica, al cálculo de probabilidades. Este

---

Una joven, Mary Cecilia Rogers, fue asesinada en las inmediaciones de Nueva York, y aunque su muerte excitó un interés intenso y persistente, el misterio que la envolvía no se había esclarecido aún en la época en que este relato fue escrito y publicado (noviembre de 1842). Aquí, con el pretexto de referir la historia de una *grisette* parisiense, el autor ha trazado minuciosamente los hechos esenciales, al mismo tiempo que los no esenciales y simplemente paralelos del asesinato efectivo de Mary Rogers. Así, todo argumento basado en ficción es aplicable a la verdad, y el fin perseguido es la investigación de la verdad.

*El misterio de Marie Rogêt* fue compuesto lejos de la escena del crimen y sin más medios de indagación que los periódicos que el autor pudo procurarse. Por ello careció de muchos documentos de que se habría valido si hubiera estado en los lugares del suceso. Sin embargo, no estará de más recordar que las declaraciones de *dos* personas (una de las cuales es la señora Deluc, de la narración novelesca), hechas en épocas diferentes y mucho tiempo después de esta publicación, confirmaron plenamente no solo la conclusión general, sino también *todos* los principales pormenores hipotéticos en que esta se basaba (N. del A.).

<sup>16</sup> «Hay series ideales de sucesos que corren paralelamente con las reales. Los hombres y las circunstancias, en general, modifican el impulso ideal de los sucesos de tal suerte que parece imperfecto, y sus consecuencias son, igualmente, imperfectas. Así ocurrió con la Reforma: en vez del protestantismo llegó el luteranismo», fragmento de la obra *Moralische Ansichten*.

cálculo es, en su esencia, puramente matemático, y, así, tenemos la anomalía de la ciencia más rigurosamente exacta aplicada a la sombra y a la espiritualidad de lo más impalpable que hay en el mundo de la especulación.

Los extraordinarios pormenores que se me ha invitado a publicar forman, como va a verse, en cuanto a la sucesión de las épocas, la primera rama de una serie de «coincidencias» apenas imaginables, cuya rama secundaria o final encontrarán los lectores en el reciente asesinato de Mary Cecilia Rogers, cometido en Nueva York.

Cuando, en un relato titulado *Los crímenes de la calle Morgue*, me dediqué, hace casi un año, a describir algunos rasgos salientes del carácter moral de mi amigo C. Auguste Dupin, no se me ocurrió la idea de que alguna vez había de volver a ocuparme de este asunto. Yo no perseguía otro motivo que pintar su temperamento, motivo perfectamente conseguido a través de la extraña serie de circunstancias concertadas para esclarecer la idiosincrasia de Dupin. Yo habría podido añadir nuevos ejemplos,

pero no hubiera probado nada más. Sin embargo, varios acontecimientos recientes, por su sorprendente desarrollo, han despertado de pronto en mi memoria algunos nuevos detalles, que revestirán, supongo, cierta apariencia de confesión arrancada. Una vez enterado de cuanto recientemente me han contado, sería, en verdad, muy extraño que yo guardase silencio acerca de lo que pude ver y oír hace mucho tiempo.

Después de la conclusión de la tragedia relativa a la muerte de la señora de L'Esplanade y de su hija, el señor Dupin borró aquel asunto de su espíritu y volvió a hundirse en sus acostumbrados y sombríos ensimismamientos. Muy propenso siempre a la abstracción, no dejé de acompañarlo en su humor, y, siguiendo domiciliados en nuestro piso del barrio de Saint-Germain, desdeñamos toda preocupación acerca del porvenir, adormeciéndonos tranquilamente en el presente y bordando nuestros ensueños sobre la fastidiosa trama del mundo exterior.

Pero estos ensueños duraron poco. Fácilmente se adivinará que el papel representado por mi amigo en el drama de la calle Morgue no había dejado de llamar la atención de la policía parisiense. Entre sus agentes, el nombre de Dupin era muy familiar. Como no solo el prefecto, sino todas las demás personas, excepto yo, ignoraban el sencillo carácter de las inducciones de que se había valido para desvanecer el misterio de aquel crimen, no era extraño que el caso se considerara lindante con lo milagroso o que las facultades analíticas de Dupin le hubieran otorgado el prestigio maravilloso de la intuición. Su franqueza le habría, sin duda, impulsado a disuadir a todo curioso del error en que se hallaba; pero su indolencia fue causa de que un asunto, cuyo interés había cesado para él desde hacía mucho tiempo, fuera removido de nuevo. Así, ocurrió que Dupin llegó a ser el foco de luz hacia el que convergieron las miradas de la policía, y en diversas circunstancias la prefectura realizó gestiones para utilizar sus aptitudes. Uno de los casos más notables fue el asesinato de una joven llamada Marie Rogêt.

Este suceso ocurrió aproximadamente dos años después del drama de la calle Morgue. Marie, cuyo nombre y apellido despertarán sin duda la atención por su semejanza con los de una joven e infortunada tendera, era hija única de la viuda Estelle Rogêt. El padre murió durante la niñez de la muchacha, y, desde la época de su fallecimiento hasta dieciocho meses antes del asesinato a que esta narración se refiere, madre e hija habían vivido juntas constantemente en la calle Pavée Saint André<sup>17</sup>, donde la señora Rogêt, ayudada por Marie, regentaba una pensión. Así transcurrió el tiempo, hasta que la muchacha cumplió veintidós años, época en que su hermosura llamó la atención de un perfumista, establecido en la planta baja del Palais-Royal, cuya clientela se componía, sobre todo, de los audaces aventureros que infestan aquellas cercanías. El señor Le Blanc<sup>18</sup> adivinaba las ventajas que podría proporcionarle la presencia de la

---

<sup>17</sup> Nassau Street. (A lo largo de este relato, el autor utiliza notas para señalar a qué lugares o personajes del caso original corresponden los de su historia. N. de esta E.).

<sup>18</sup> Anderson.

hermosa joven en su establecimiento de perfumería, y sus proposiciones fueron aceptadas por ella vivamente, aunque promovieran en el espíritu de la señora Rogêt algo más que una simple vacilación.

Las esperanzas del comerciante se realizaron, y los encantos de la linda *grisette*<sup>19</sup> dieron bien pronto notoriedad a sus salones. Cuando llevaba aproximadamente un año allí, sus admiradores quedaron sumidos en la mayor angustia. Marie desapareció repentinamente del establecimiento. El señor Le Blanc no supo explicar su ausencia, y la señora Rogêt enloqueció de terror e inquietud. Los periódicos se apoderaron inmediatamente del asunto y la policía se preparaba a realizar serias investigaciones, cuando un día, apenas transcurrida una semana, Marie, sana y salva, pero con aspecto ligeramente entristecido, reapareció, como de costumbre, tras el mostrador de la perfumería. Todas las investigaciones iniciadas, excepto las de carácter

---

<sup>19</sup> Obrera francesa del siglo XVII. Su nombre hace referencia a los vestidos que usaban, confeccionados en tela gris barata (N. de esta E.).

privado, fueron suspendidas. El señor Le Blanc, entonces como antes, no sabía nada absolutamente de lo ocurrido. Marie y su madre contestaron, a todas las preguntas que les hicieron, que la muchacha había pasado la semana última en casa de un pariente, en el campo. Así, decayó el interés que este asunto había promovido y fue olvidado por casi todo el mundo; porque Marie, deseosa de sustraerse a la impertinencia de la curiosidad, se despidió definitivamente del perfumista y fue a refugiarse en la residencia de su madre, en la calle Pavée Saint André.

Habían transcurrido cinco meses escasos, cuando sus amigos fueron nuevamente alarmados por otra repentina desaparición de Marie Rogêt. Pasaron tres días sin saberse nada de ella. Al cuarto, se descubrió su cadáver flotando en el Sena<sup>20</sup>, cerca de la orilla, frente al barrio de la calle de Saint André, en un sitio poco distante de los solitarios alrededores de la Barrière du Roule<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> El Hudson.

<sup>21</sup> Weehawken.

La atrocidad del asesinato –porque desde el principio fue evidente que se trataba de un asesinato–, la juventud y la belleza de la víctima y, especialmente, su notoriedad anterior, todo conspiraba para producir una intensa conmoción en el espíritu de los sensibles parisienses. No recuerdo otro caso semejante que produjera un efecto tan vivo y general. Durante algunas semanas, las graves cuestiones políticas de actualidad naufragaron en la discusión de este único y absorbente asunto. El prefecto realizó esfuerzos desacostumbrados y la policía parisiense puso en juego todos sus recursos.

Cuando el cadáver fue descubierto, se estaba muy lejos de suponer que el asesino pudiese eludir las investigaciones que inmediatamente se ordenaron. Hasta transcurrida una semana no se consideró preciso ofrecer una recompensa, y aun entonces se limitó a mil francos. No obstante, las pesquisas continuaron sin interrupción, ya que no con acierto, y se interrogó a un buen número de individuos, aunque sin resultado. A pesar de todo, la falta absoluta de

pistas en este misterio no hacía más que aumentar la excitación pública. Al transcurrir el sexto día, se juzgó oportuno doblar la recompensa primitivamente ofrecida, y, poco a poco, como transcurriera la segunda semana sin aportar descubrimiento alguno y estallasen en serios alborotos las prevenciones que París ha abrigado siempre contra la policía, el prefecto se arriesgó a prometer por su cuenta la suma de veinte mil francos «para la delación del asesino», o, si había varias personas implicadas en aquel crimen, «para la delación de cada uno de los asesinos». En el edicto en que se anunciaba esta recompensa se prometía una amnistía total a todo cómplice que declarara espontáneamente contra su *colaborador*, y por todos los lugares donde este documento oficial fue fijado se añadió un cartel particular, procedente de cierta junta de ciudadanos, que ofrecía diez mil francos además de la suma prometida por la prefectura. La recompensa, en conjunto, ascendía a poco más de treinta mil francos, lo que puede considerarse como una cantidad extraordinaria, si se tiene en cuenta la humilde condición

de la víctima y la frecuencia con que, en las grandes poblaciones, se cometen delitos de esta naturaleza.

Nadie dudó entonces de que el misterio de aquel asesinato sería aclarado prontamente. Pero aunque, en uno o dos casos, las detenciones de algunos individuos parecieron prometer alguna luz, no se pudo descubrir nada que acusase a las personas sospechosas, las cuales fueron inmediatamente puestas en libertad. Por raro que esto pueda parecer, habían transcurrido ya tres semanas desde el hallazgo del cadáver; tres semanas sin que arrojasen luz alguna sobre el suceso, y a nuestros oídos no había llegado aún la menor referencia de un asunto que tan violentamente excitaba la curiosidad pública. Dupin y yo, consagrados a investigaciones que absorbían toda nuestra atención desde hacía casi un mes, no habíamos puesto ni uno ni otro el pie en la calle, ni recibido visita alguna, ni dado sino un vistazo ligero a los principales artículos políticos de los periódicos. La primera noticia del crimen nos la trajo el señor G... en

persona. Vino a vernos el 13 de julio de 18... a primera hora de la tarde, y permaneció con nosotros hasta bien entrada la noche. Estaba vivamente mortificado por el fracaso de sus esfuerzos para descubrir a los asesinos. Su reputación —afirmaba con aire exclusivamente parisiense— se hallaba en tela de juicio; su honor, comprometido. Además, la opinión tenía fija su mirada en él, y estaba dispuesto a no escatimar sacrificio alguno para conseguir la aclaración de aquel misterio. Terminó su discurso, medianamente divertido, con una cortés alusión a lo que él creyó conveniente llamar el *tacto* de Dupin, e hizo a este una proposición directa, en verdad muy generosa, cuyo valor no tengo derecho a revelar aquí, aunque tampoco guarda relación con el objeto de la presente historia.

Mi amigo rechazó lo mejor que pudo el cumplido, pero aceptó en el acto la proposición, si bien las ventajas de ella habían de ser absolutamente condicionales. Una vez puntualizado este extremo, el prefecto se extendió, desde el primer momento, en explicar sus particulares

opiniones, entremezclándolas con copiosos comentarios acerca de las declaraciones del proceso, que no conocíamos aún. Discurría prolijamente, y, hasta sin duda alguna doctamente, cuando lancé al azar una observación acerca de la noche, que avanzaba, invitando al sueño. Dupin, firmemente sentado en su sillón de costumbre, era la encarnación del silencio respetuoso y atentísimo. Había conservado puestas las gafas durante la entrevista, y como yo lanzase de vez en cuando una mirada detrás de sus cristales verdes, adquirí la convicción de que, por silencioso que hubiera estado, su sueño no había sido menos profundo durante las siete u ocho últimas pesadas horas que precedieron a la marcha del prefecto.

Al día siguiente, por la mañana, me procuré en la prefectura una información de todas las declaraciones obtenidas hasta entonces, y en varias redacciones de periódicos un ejemplar de cada uno de los números en los que, desde el origen hasta el último instante, se había publicado un documento cualquiera relativo a tan

triste asunto. Después de seleccionar lo positivamente falso, el conjunto de informes quedó reducido a lo siguiente:

Marie Rogêt había abandonado la casa de su madre, en la calle Pavée Saint André, el domingo 22 de junio de 18..., hacia las nueve de la mañana. Al salir, manifestó a Jacques Saint-Eustache<sup>22</sup> –solo a él– su propósito de pasar el día con una tía suya, en su casa, en la calle de Drômes. La calle de Drômes es un pasaje corto y estrecho, pero muy concurrido, no lejos de la orilla del río, situado a unas dos millas, suponiendo la línea recta, de la pensión de la señora Rogêt. Saint-Eustache, que era el prometido de Marie y vivía alojado en la misma casa, donde comía también, debía ir a buscar a su novia al oscurecer y acompañarla hasta su domicilio. Pero por la tarde llovió abundantemente, y, suponiendo que la joven se quedaría toda la noche en casa de su tía (como ya lo había hecho otras veces en circunstancias similares), no juzgó necesario cumplir su promesa. Al avanzar la

---

<sup>22</sup> Payne.

noche, la señora Rogêt —que era anciana y estaba enferma— expresó su temor de que «acaso no volviera a ver más a Marie»; pero, en aquel instante, nadie dio importancia a la frase.

El lunes se comprobó que la joven no había ido a la calle de Drômes, y cuando transcurrió todo el día sin recibir noticias suyas, se organizó una exploración, aunque tardía, por diferentes puntos de la ciudad y sus alrededores. Sin embargo, hasta el cuarto día de su desaparición no se supo algo importante acerca de ella. Aquel día, miércoles 25 de junio, un tal Beauvais<sup>23</sup>, que con otro amigo suyo buscaba las huellas de Marie cerca de la Barrière du Roule, por el margen opuesto a la calle Pavée Saint André, tuvo noticias de que un cadáver acababa de ser transportado a la orilla por unos pescadores que lo habían encontrado flotando sobre las aguas. Al ver el cadáver, Beauvais, tras breve vacilación, declaró que era el de la joven empleada de la perfumería. Su amigo la reconoció más prontamente.

---

<sup>23</sup> Crommelin.

El rostro estaba lleno de sangre oscura que surgía, en parte, de la boca. No se advertía espuma, como se ve en los casos de personas simplemente ahogadas, ni decoloración en el tejido celular. Alrededor de la garganta se veían algunas contusiones y señales de dedos. Los brazos estaban replegados sobre el pecho, y rígidos; la mano derecha, crispada, y la izquierda, semiabierta. En la muñeca izquierda había marcadas dos escoriaciones circulares, procedentes, al parecer, de cuerdas, o de una cuerda con la que se hubiese dado más de una vuelta. Parte de la muñeca derecha aparecía también con bastantes rasguños, como asimismo la espalda, y sobre todo los omóplatos. Para transportar el cadáver hasta la orilla, los pescadores lo habían atado con una cuerda; mas no era esta la que le produjo tales escoriaciones. La carne del cuello estaba muy hinchada, pero no se distinguían en él cortaduras ni contusiones que pareciesen producidas por golpes. Se descubrió el trozo de un cordoncillo tan estrechamente apretado alrededor del cuello, que, al principio, no podía distinguirse: estaba

completamente hundido en la carne y sujeto por un nudo oculto precisamente bajo la oreja izquierda. Esto solo habría bastado para producir la muerte. El informe de los médicos garantizaba firmemente la virtud de la difunta. Había sido vencida –dijeron– por la fuerza bruta. Cuando se halló el cadáver de Marie, se hallaba en un estado que no impedía su identificación por parte de sus amigos.

El vestido aparecía roto y en gran desorden. De la ropa exterior, una tira de un pie de longitud había sido rasgada de abajo arriba, desde el borde hasta la cintura, pero no arrancada, y daba tres vueltas alrededor del talle, estando sujeta a la espalda por una especie de nudo muy sólidamente hecho. La falda de debajo era de suave muselina, y una larga tira, de unas dieciocho pulgadas, había sido arrancada por completo, pero muy regularmente y con gran limpieza. Esta tira ceñía el cuello de la muerta flojamente, terminando con un nudo apretado. Por encima de la banda de muselina y del trozo de cordoncito se unían los lazos o bridas de un sombrero, el

cual quedaba colgante. El nudo que cerraba estas bridas no era como el que hacen las mujeres, sino un nudo corredizo, a estilo de marinero.

El cadáver, después de su identificación, no fue depositado, según costumbre, en la morgue (tal formalidad era, después de todo, innecesaria), sino sepultado de prisa no lejos del sitio de la orilla donde lo habían recogido. Gracias a las gestiones de Beauvais, se *echó tierra* hábilmente al asunto, en lo posible, y transcurrieron varios días antes de que se produjera el menor revuelo público. Sin embargo, al fin, una revista semanal<sup>24</sup> removió el asunto; se exhumó el cadáver, y se ordenó la incoación de nuevo sumario, mas no pudo averiguarse nada que no se conociera ya. A pesar de ello, se mostraron las ropas de la difunta a su madre y a los amigos, quienes las reconocieron perfectamente, manifestando que eran las mismas que llevaba cuando salió de su casa.

No obstante, la excitación pública crecía de hora en hora. Varios individuos fueron detenidos

---

<sup>24</sup> El *Mercury* de Nueva York.

y puestos en libertad, por no aparecer cargos contra ellos. Saint-Eustache, sobre todo, pareció sospechoso; al principio no supo dar cuenta exacta de la forma en que había empleado el domingo, en cuya mañana Marie salió de su casa. Pero después presentó al señor G... varias *declaraciones juradas* que explicaban de modo satisfactorio el uso que Saint-Eustache había hecho de cada hora de aquella mañana. Como el tiempo transcurría sin aportar ningún nuevo descubrimiento, comenzaron a circular mil rumores contradictorios, y los periodistas pudieron dar rienda suelta a su inspiración. Entre todas las hipótesis, una atrajo especialmente la atención: fue la que admitía que Marie Rogêt no había muerto y que el cadáver descubierto en el Sena era el de alguna otra desgraciada... Considero útil ofrecer al lector alguno de los fragmentos relativos a tal insinuación, fragmentos que he copiado textualmente de *L'Etoile*<sup>25</sup>, periódico dirigido, por lo común, con gran habilidad:

---

<sup>25</sup> *Brother Jonathan*, de New York, dirigido por H. Hastings Weld, Esq.

«La señorita Rogêt ha salido de casa de su madre el domingo 22 de junio de 18..., por la mañana, con la manifiesta intención de ir a ver a su tía, o a otro pariente cualquiera, a la calle Drômes. Desde aquella hora, no se sabe que la haya visto nadie. No se tiene de ella rastro alguno, noticia alguna.

»Nadie se ha presentado declarando haberla visto aquel día, después de que traspuso el umbral de la casa de su madre...

»Pues bien, aunque no tengamos ninguna prueba de que Marie Rogêt vivía aún el domingo 22 de junio, después de las nueve de la mañana, la tenemos de que, hasta dicha hora, existía. El miércoles al mediodía se encontró el cuerpo de una mujer flotando junto a la orilla del río, cerca de la Barrière du Roule. Aun suponiendo que Marie Rogêt haya sido arrojada al agua tres horas después de haber salido de casa de su madre, nunca serán más que tres días los que han transcurrido desde el momento de su marcha; tres días cabales. Pero es absurdo imaginar que el asesinato —si es

que ha muerto asesinada— haya podido consumirse con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de medianoche. Los que perpetran crímenes tan terribles prefieren las tinieblas a la luz...

»Vemos, pues, que si el cadáver encontrado en el río era el de Marie Rogêt, no habría podido permanecer en el agua más de dos días y medio o tres a lo sumo. La experiencia demuestra que los cuerpos ahogados o arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta necesitan un lapso de tiempo de seis a diez días para que una descomposición suficiente los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hace reventar y que se eleva antes de que la inmersión haya durado, por lo menos, cinco o seis días, no deja de sumergirse de nuevo si se le abandona a sí mismo. Y ahora nos preguntamos: ¿qué es lo que ha podido, en el caso presente, desviar el curso ordinario de la Naturaleza...?

»Si el cuerpo, en estado de descomposición, hubiera sido abandonado junto a la orilla hasta

el martes por la noche, se encontraría allí algún rastro de los asesinos. También es muy dudoso que el cadáver haya podido subir tan pronto a la superficie, aun en el supuesto de que lo arrojasen al río dos días después de la muerte. Por último, es excesivamente improbable que los miserables que cometen un crimen tal como el que se les atribuye hayan arrojado el cadáver al agua sin un peso cualquiera para hundirlo, cuando era tan fácil tomar semejante precaución».

El redactor del periódico se dedica después a demostrar que el cuerpo debe haber permanecido en el agua *no solamente tres días, sino, por lo menos, cinco veces tres días*, porque estaba tan descompuesto, que a Beauvais le costó gran trabajo reconocerle. Este último extremo, a pesar de todo, era completamente falso. Continúo copiando:

«¿Cuáles son, pues, los hechos en que se funda el señor Beauvais para decir que no duda de que el cadáver sea el de Marie Rogêt? Según dice, ha desgarrado la manga del vestido y

encontrado señales que le demostraban la identidad. El público ha supuesto generalmente que estas señales debían consistir en una especie de cicatriz. Beauvais ha pasado la mano por el brazo y ha encontrado *vello*—cosa, se nos figura, tan poco llamativa, según puede suponerse, y tan poco convincente, como encontrar un brazo en una manga—. Beauvais no volvió aquella noche a la casa; pero envió dos letras a la señora Rogêt, a las siete, el miércoles por la tarde, para decirle que el sumario relativo a la muerte de su hija seguía su curso. Aun admitiendo que la señora Rogêt, por su edad y su dolor, no pudiera apersonarse en el lugar del suceso (lo que, en verdad, es conceder mucho), seguramente hubiera encontrado a alguien capaz de comprender que valía la pena ir allí a continuar las investigaciones, mucho más si estaban seguros de que el cadáver era el de Marie. Nadie fue. Nada se ha dicho ni se ha oído acerca del asunto, en la calle Pavée Saint André, que haya podido llegar incluso a oídos de la vecindad de dicha casa. Saint-Eustache, el novio y futuro esposo de Marie, que se había alojado en el mismo

domicilio de la madre, declara que no ha oído hablar del hallazgo del cadáver de su prometida sino a la mañana siguiente, cuando Beauvais, en persona, fue a verlo a su habitación y a contarle de ello. No deja de sorprendernos que haya recibido tan tranquilamente una noticia de tanta importancia».

El periódico pretende sugerir de este modo la idea de cierta apatía en los parientes y amigos de Marie Rogêt, la cual sería absurda, en el supuesto de que creyesen que el cadáver hallado fuera verdaderamente el de la joven. *L'Etoile* se propone, en suma, insinuar que Marie, de acuerdo con sus amigos, se ausentó de la capital por razones que comprometían su virtud, y que estos mismos amigos, al descubrir en el Sena un cadáver algo parecido al de la joven, han aprovechado la ocasión para divulgar entre el público la noticia de su muerte. Pero *L'Etoile* ha procedido con excesiva precipitación, ya que está probado claramente que no ha existido la menor apatía de este género; que la anciana Rogêt se hallaba tan excesivamente

débil y conmovida, que le hubiera sido imposible ocuparse de nada; que Saint-Eustache, lejos de recibir la noticia fríamente, enloqueció de dolor, dando tales muestras de desesperación que Beauvais había creído conveniente encargar a uno de sus amigos y parientes que lo vigilaran y le impidieran presenciar la autopsia que debía seguir a la exhumación. Además, aunque *L'Etoile* afirma que el cuerpo se ha vuelto a enterrar a costa del Estado, que la familia ha rechazado el ventajoso ofrecimiento de una sepultura particular, y que no asistió a la ceremonia ningún miembro de la familia, aunque *L'Etoile*, digo, afirme todo esto para corroborar la impresión que trata de producir, *todo ello* ha sido refutado victoriosamente. En uno de los números siguientes del mismo periódico se intentó arrojar las sospechas sobre el mismo Beauvais. El redactor decía:

«Acaba de operarse un cambio en este asunto. Según nos informan, en cierta ocasión, mientras que la señora B... estaba en casa de Rogêt, el señor Beauvais, que salía, le dijo que

iba a venir un gendarme y que ella, la señora B..., tuviese cuidado de no decir nada al gendarme hasta que Beauvais regresara y le dejase a él encargado del asunto...

»En la situación presente, parece que el señor Beauvais guarda en su cerebro todo el secreto de lo que ocurre. Es imposible avanzar un paso sin el señor Beauvais; por cualquier lado que vayan tropezarán con él...

»Caprichosamente ha dispuesto que nadie, excepto él, pueda intervenir en el sumario, y ha prescindido de los parientes en forma muy incongruente, si se da crédito a sus recriminaciones. Ha parecido muy obstinado en la idea de que se impida a los parientes ver el cadáver».

El hecho que sigue pareció dar cierto color de verosimilitud a las sospechas acumuladas contra Beauvais. Alguien que había ido a visitarlo a su despacho, pocos días antes de la desaparición de la muchacha, y durante la ausencia de este señor, encontró una rosa colocada en el agujero de la cerradura y la palabra Marie escrita sobre una pizarra, puesta a la altura de la mano.

La impresión general, por lo menos tal cual pudimos deducirla de la información periodística, era que Marie había sido víctima de una banda de criminales que la condujeron a orillas del río, la maltrataron y la asesinaron. Sin embargo, un diario de gran influencia, *Le Commerce*<sup>26</sup>, combatió vivamente la creencia popular. Extraigo uno o dos trozos de sus columnas:

«Estamos persuadidos de que el sumario, hasta los actuales momentos, ha seguido una pista falsa, tanto más cuanto que se ha encaminado hacia la Barrière du Roule. Es imposible que una joven, conocida como lo era Marie por varios millares de personas, haya podido recorrer un largo trayecto sin encontrar alguien para quien su rostro no fuera familiar, y cualquiera que la hubiese visto lo recordaría fácilmente, porque esta muchacha resultaba simpática a cuantos la trataban. Salió, precisamente, a una hora en que las calles están llenas de gente...

»Es imposible que haya llegado a la Barrière du Roule o a la calle de Drômes sin haber

---

<sup>26</sup> *Journal of Commerce* de Nueva York.

sido reconocida por una docena de personas, y, sin embargo, en ninguna declaración se afirma que la hayan visto más que en el umbral de la casa de su madre, ni hay en ellas incluso prueba alguna de que haya salido tan lejos, excepto el testimonio relativo a la *intención expresada por ella misma*. Un trozo de su vestido aparecía desgarrado, ceñido alrededor de ella y anudado; así, el cadáver pudo ser transportado como un paquete. Si el asesinato fue cometido en la Barrière du Roule, no había necesidad de tomar tales medidas. El hecho de que se haya encontrado el cadáver flotando cerca de este lugar no prueba que fuese allí donde lo arrojaron al río...

»Un pedazo de una de las faldas de la infortunada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, fue arrancado, ceñido alrededor de su cuello y anudado por la nuca, probablemente para ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos forajidos, que ni siquiera debían tener un pañuelo de bolsillo».

Uno o dos días antes de que el prefecto viniera a visitarnos, la policía había obtenido un

informe de bastante importancia, que parecía destruir la argumentación de *Le Commercial*, por lo menos en su parte más importante. Dos muchachos, hijos de cierta mujer llamada Deluc, vagabundeando por el bosque, cerca de la Barrière du Roule, habían entrado al azar en un apartado recinto, lleno de maleza, donde encontraron tres o cuatro grandes piedras formando una especie de silla, con respaldo y asiento. Sobre la piedra superior yacía una enagua; sobre la segunda, una bufanda de seda. También se encontró allí una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo. En el pañuelo se veía el nombre «Marie Rogêt». En los espinos de los alrededores se descubrieron jirones de ropa. El suelo estaba pisoteado y la maleza aplastada: se advertían las huellas características de una lucha. Entre la espesura y el río se descubrió que las empalizadas estaban derribadas y que la tierra conservaba huellas como si hubiesen arrastrado por allí un cuerpo pesado.

Un periódico semanal, *Le Soleil*<sup>27</sup>, escribía acerca de este descubrimiento los comentarios siguientes, los cuales no eran sino eco de los sentimientos de toda la prensa parisiense:

«Estos objetos han permanecido allí evidentemente durante tres o cuatro semanas, por lo menos; estaban completamente enmohecidos por la acción de la lluvia y apelmazados por la humedad. El césped había crecido alrededor de ellos, cubriéndolos en parte. La seda de la sombrilla era sólida, pero las varillas estaban cerradas y la parte superior, cuya tela, plegada, había sufrido los rigores de la humedad, se desgarró en cuanto la abrieron...

»Los fragmentos de ropa adheridos a los espinos tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos era un trozo del borde del traje, que estaba remendado, y el otro un pedazo de falda, pero no el borde. Parecían tiras arrancadas y estaban suspendidas de una rama del zarzal, a un pie del suelo... No cabe, pues, duda de que se ha

---

<sup>27</sup> *Saturday Evening Post* de Filadelfia, dirigido por C. I. Peterson, Esq.

encontrado, por fin, el escenario de tan abominable suceso».

Inmediatamente después de realizado tal descubrimiento, surgió un nuevo testigo. La señora Deluc declaró que era dueña de una fonda situada a la orilla de la carretera, no lejos del margen del río opuesto a la Barrière du Roule. Los alrededores de aquel sitio son solitarios —muy solitarios—. Allí se reúnen todos los domingos los sujetos más sospechosos de la ciudad, que atraviesan el río en barca. Hacia las tres, aproximadamente, del domingo en cuestión, una joven llegó al establecimiento acompañada por un hombre de rostro moreno. Durante algún tiempo permanecieron los dos solos. Después de marcharse, emprendieron el camino hacia algún bosquecillo espeso de las cercanías. El vestido de la joven llamó la atención de la señora Deluc, por su semejanza con el de una parienta suya difunta, y sobre todo la bufanda. En cuanto se hubo marchado la pareja, se presentó una banda de *malandrines* que alborotaron, comieron y bebieron sin

pagar, siguieron la misma dirección que los dos jóvenes, regresaron a la fonda al oscurecer y, después, atravesaron el río rápidamente.

Aquel mismo día, a poco de cerrar la noche, la señora Deluc y su hijo mayor oyeron gritos de mujer en los alrededores del establecimiento. Los gritos eran penetrantes, pero duraron poco tiempo. La señora Deluc reconoció no solamente la bufanda encontrada entre la espesura, sino también el vestido que llevaba el cadáver. Un conductor de ómnibus, Valence<sup>28</sup>, declaró igualmente, entonces, que había visto a Marie Rogêt atravesar el Sena en *ferry*, aquel domingo, acompañada de un joven moreno. Valence conocía a la muchacha y no podía equivocarse al identificarla. Los objetos encontrados en el bosquecillo fueron reconocidos por los parientes de Marie.

Este cúmulo de declaraciones e informes que recogí de los periódicos, por encargo de Dupin, comprendía aún cierto extremo, y de la mayor importancia. Resultaba que,

---

<sup>28</sup> Adam.

inmediatamente después del hallazgo de los aludidos restos, se encontró en las proximidades del lugar que se creía entonces escenario del crimen el cuerpo inanimado o casi inanimado de Saint-Eustache, el prometido de Marie. Cerca de él había un frasquito con la etiqueta «Láudano». Su aliento acusaba el envenenamiento. Murió sin pronunciar palabra. Se le encontró una carta, en la que expresaba brevemente su amor a Marie y su firme propósito de suicidarse.

—Apenas necesito decirle —exclamó Dupin al terminar la lectura de mis notas— que este es un caso mucho más complicado que el de la calle Morgue, del cual difiere en un punto muy importante. Este es un ejemplo de crimen cruel, pero *corriente*. No encontramos en él nada de particularmente *excesivo*, exagerado. Fíjese, se lo ruego, en que, por esta razón, el misterio ha parecido sencillo, aunque esta sea precisamente la razón por la cual debió considerarse como más difícil de resolver. Por ello, desde un principio se estimó superfluo ofrecer una recompensa. Los pedantes auxiliares

de G... eran demasiado superiores para comprender cómo y por qué podía haberse cometido una atrocidad semejante. Su imaginación les permitía imaginar un modo (o varios), un motivo (o varios), y porque no era imposible que uno de tan numerosos medios y motivos fuese el único real, estimaron como demostrado que el real debía ser uno de aquellos. Pero la facilidad con que concibieron ideas tan diferentes y hasta el carácter plausible de que cada una estaba revestida debían haber sido tomadas por indicios de la dificultad más bien que de la facilidad atribuida a la explicación del enigma. Ya he hecho notar a usted que, saliéndose del plan ordinario de las cosas, la razón debe encontrar su camino, o no lo encontrará nunca en la investigación de la verdad, y que en casos como este lo importante no es decirse: «¿Qué hechos son los que se presentan?», sino «¿Qué hechos son los que se presentan, que nunca se han presentado antes?». En las investigaciones realizadas en casa de la señora L'Españaye, los agentes de G... se desanimaron y confundieron por esta

misma *singularidad* o extrañeza, que hubiese sido, para una inteligencia bien constituida, el más seguro presagio de éxito, y esta misma inteligencia se habría sumido en la desesperación por el carácter corriente de todos los hechos que se ofrecen al examen en el caso de la joven perfumista, y que nada de positivo han revelado aún, como no sea la presunción de los funcionarios de la prefectura.

»En el caso de la señora L'Esplanaye y de su hija, desde el principio de nuestra investigación no hubo para nosotros la menor duda de que se había cometido un asesinato. Quedaba excluida, desde luego, toda idea de suicidio. En el caso presente tenemos también que eliminarla. El cadáver de la Barrière du Roule se ha encontrado en circunstancias que no nos permiten vacilación alguna acerca de tan importante extremo. Pero se insinúa que dicho cadáver no es el de Marie Rogêt, cuyo asesino o asesinos están todavía por descubrir, por cuyo hallazgo se ofrece una recompensa, y que constituyen el único motivo de nuestras relaciones con el prefecto.

»Los dos, usted y yo, conocemos bien a este señor. No debemos confiar demasiado en él. Lo mismo que si, tomando como punto de partida el cadáver encontrado y siguiendo la pista de un asesino, descubrimos que el cuerpo no es el de Marie; lo mismo que si, tomando por punto de partida a la joven, viva aún, nos la volvemos a encontrar no asesinada, en uno y otro caso nuestro trabajo es estéril, puesto que tenemos que entendernos con G... Así, pues, porque conviene a nuestra propia causa, si no a la de la justicia, es indispensable que nuestro primer paso sea la comprobación de la identidad del cadáver con el de la desaparecida Marie Rogêt.

»Los argumentos de *L'Etoile* han hallado eco en el público. El mismo periódico está convencido de su importancia, según se desprende de la forma en que comienza uno de sus artículos sobre el asunto en cuestión. «Algunos diarios de la mañana –dice– hablan del concluyente artículo de *L'Etoile* en su número del lunes». Para mí, tal artículo no me parece concluyente más que en

cuanto al interés del redactor. No debemos olvidar que, en general, el fin que persiguen nuestros periódicos es el de impresionar y atraer la atención antes que favorecer la causa de la verdad. Este último objetivo no se persigue sino cuando parece coincidir con el primero. El periódico que concuerda con la opinión general (por bien fundada que esta fuere) no logra crédito entre el público. La masa popular considera como profundo a quien emite contradicciones en pugna con la opinión general. En lógica, como en literatura, el epigrama es el género más inmediato y universalmente apreciado. En ambos casos es el género más inferior, según el orden del mérito.

»Quiero decir que el carácter entre epigramático y melodramático de esta suposición —la de que Marie Rogêt vive aún— es el que ha inspirado a *L'Etoile*, antes que ningún carácter plausible, asegurándole una acogida favorable entre el público. Examinemos los puntos principales de la argumentación de este periódico y fijémonos en la incoherencia que la ha inspirado desde el comienzo.

»El periodista aspira, por lo pronto, a demostrarnos, teniendo en cuenta el breve intervalo transcurrido entre la desaparición de Marie y el descubrimiento del cadáver flotante, que este no puede ser el de ella. Reducir dicho intervalo a la duración más pequeña posible es, desde el principio, lo fundamental para el argumentador. Persiguiendo ansiosamente este fin, se precipita desde el comienzo en una pura suposición. «Es una locura imaginar», dice, «que el asesinato –si es que ha muerto asesinada– haya podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de medianoche». Nosotros preguntamos enseguida, y lo más naturalmente: ¿Por qué? ¿Por qué es una locura imaginar que se haya cometido el asesinato cinco minutos después de que la joven abandonó el domicilio de su madre? ¿Por qué es una locura imaginar que el asesinato se cometió en una hora cualquiera del día? Los asesinatos se realizan a todas horas. Pero, aunque el crimen se haya perpetrado en un instante cualquiera, entre las nueve de la

mañana del domingo y las doce menos cuarto de la noche, habría quedado siempre tiempo suficiente para arrojar el cadáver al río antes de medianoche. La suposición queda, pues, reducida a esto: que el crimen no ha podido cometerse el domingo, y si permitimos a *L'Etoile* suponer esto, podemos concederle todas las libertades posibles. Puede admitirse que el párrafo citado que comenzaba así: «Es una locura imaginar que el asesinato, etc.», aunque impreso en estos términos por *L'Etoile*, fue realmente concebido por el periodista bajo esta otra forma: «Es una locura imaginar que el asesinato, si es que se ha cometido un asesinato, haya podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los criminales arrojar el cuerpo al río antes de medianoche. Es una locura, decimos nosotros, suponer esto y, al mismo tiempo, suponer (como quisiéramos) que el cuerpo no fue arrojado al agua sino pasada la medianoche»; opinión pasablemente mal deducida, pero que no es completamente irrazonada como la estampada en el periódico.

»Si me hubiese propuesto simplemente –continuó Dupin– refutar este extremo de la teoría de *L'Etoile*, lo habría dejado tal como está. Pero es que nosotros no tenemos nada que ver con *L'Etoile*, sino con la verdad. La frase en cuestión no tiene más que un sentido, que he aclarado perfectamente; pero es esencial que nos internemos en las palabras para buscar una idea que, evidentemente, dan a entender, aunque no la expresan de modo positivo. La intención del periodista era la de decir que resultaba improbable –cualquiera que fuese el momento del día o de la noche del domingo en que se cometiera el asesinato– que los criminales se hubiesen arriesgado a conducir el cuerpo hasta la orilla antes de medianoche. Y en esto precisamente se funda la suposición contra la que me rebelo. Se cree que el asesinato se ha cometido en tal sitio y en tales circunstancias que, necesariamente, ha habido que conducir el cuerpo a la orilla. Pero el asesinato podría haberse ejecutado en la orilla, o en el río mismo, y así el lanzamiento del cuerpo al agua, al que hubo necesidad de proceder en cualquier

momento del día o de la noche, resultaría la operación más inmediata y fácil. Usted comprenderá que yo no sugiero aquí nada que me parezca más probable o que coincida con mi propia opinión. Hasta ahora no tengo a la vista los elementos mismos de la causa. Quiero, sencillamente, prevenirlo acerca del tono general de las insinuaciones de *L'Etoile* y llamar su atención respecto del carácter del prejuicio que revelan desde el primer instante.

»Habiendo así prescrito un límite acomodado a sus ideas preconcebidas, y suponiendo que, si este cuerpo era el de Marie, no hubiera podido permanecer en el agua sino durante un lapso muy breve de tiempo, el periódico viene a decir: «La experiencia demuestra que los cuerpos ahogados o arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta necesitan un lapso de tiempo de seis a diez días para que una descomposición suficiente los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hace reventar y que se eleva antes de que la inmersión haya durado, por lo menos, cinco o seis

días, no deja de sumergirse si se le abandona a sí mismo».

»Estas afirmaciones las han admitido tácitamente todos los periódicos de París, excepto *Le Moniteur*<sup>29</sup>, que se esfuerza en rebatir la parte del párrafo relativa a los cuerpos de los ahogados, citando cinco o seis casos en los que los cuerpos de personas ahogadas se han encontrado flotando después de un espacio de tiempo menor que el fijado por *L'Etoile*. Pero hay algo excesivamente antifilosófico en la tentativa que hace *Le Moniteur* de rechazar la afirmación general de *L'Etoile* citando algunos casos particulares en contra de aquella. Aun cuando hubiera sido posible alegar cincuenta casos, en vez de cinco, de cadáveres encontrados en la superficie del agua al cabo de dos o tres días, los cincuenta ejemplos habrían podido juzgarse como puras excepciones de la regla de *L'Etoile*, hasta que la misma regla fuese definitivamente refutada. Admitida esta (y *Le Moniteur* no la niega, sino que insiste solamente en las

---

<sup>29</sup> *The Commercial Advertiser* de New York, dirigido por el coronel Stone.

excepciones), la argumentación de *L'Etoile* conserva toda su fuerza, porque no pretende implicar más que una cuestión de probabilidad acerca de si un cuerpo puede subir a la superficie en menos de tres días, *probabilidad* que continuará en favor de *L'Etoile* hasta que los ejemplos, tan puerilmente alegados, alcancen número suficiente para constituir una regla contraria.

»Comprenderá usted enseguida que toda argumentación de este género debe dirigirse contra la regla misma, y, a tal fin, debemos hacer el análisis razonado de esta. Ahora bien; el cuerpo humano, por lo general, no es ni mucho más ligero ni mucho más pesado que el agua del Sena; es decir que el peso específico del cuerpo humano, en su condición natural, es casi igual al del volumen de agua dulce que desaloja. Los cuerpos de los individuos gruesos y robustos, de esqueleto pequeño y, generalmente, los de todas las mujeres, son más ligeros que los de los individuos delgados, de esqueleto grande, y, generalmente, los de todos los hombres, y el peso específico del agua de un río sufre alguna

influencia del flujo del mar. Pero, prescindiendo de la marea, puede afirmarse que muy pocos cuerpos humanos se sumergen, aun en el agua dulce, espontáneamente, por su propia naturaleza. Casi todos, al caer en un río, serán aptos para flotar, si dejan establecer un equilibrio conveniente entre el peso específico del agua y su propio peso; es decir, si se dejan sumergir por completo, exceptuando las menores partes posibles. La mejor posición para el que no sabe nadar es la posición vertical del hombre que avanza por tierra, la cabeza completamente echada hacia atrás y sumergida, dejando solo al nivel del agua la boca y la nariz. En tales condiciones, todos podremos flotar sin dificultad y sin esfuerzo. No obstante, es evidente que el peso de los cuerpos y el del volumen de agua desalojada están entonces muy rigurosamente equilibrados y que la menor cosa bastará para dar al uno o al otro la preponderancia. Un brazo, por ejemplo, elevado por encima del agua, y consiguientemente, privado de apoyo, es un peso adicional bastante para hacer sumergir la cabeza por completo; mientras que el socorro

accidental del más pequeño trozo de madera nos permitirá levantarlo lo suficiente para mirar en torno nuestro. Ahora bien; en los esfuerzos que realiza una persona que no practica la natación, los brazos se agitan invariablemente en el aire, al mismo tiempo que la cabeza se obstina en conservar su posición vertical de costumbre. De ello resulta la inmersión de la boca y nariz, y, como consecuencia de los esfuerzos para respirar bajo el agua, la introducción de esta en los pulmones. El estómago la absorbe también en gran cantidad y el cuerpo aumenta de peso, reforzado con la diferencia de densidad que existe entre el aire que primitivamente distendía estas cavidades y el líquido que luego las llena. Regla general es que esta diferencia basta para sumergir un cuerpo, pero no en los casos de los individuos de esqueleto pequeño y que tienen una cantidad anormal de materia fofa y grasa, porque estos flotan incluso después de ahogados.

»El cadáver que suponemos en el fondo del río permanecerá en él hasta que, por cualquier

circunstancia, su peso específico se haga otra vez menor que el del volumen de agua que desaloja. Este efecto puede producirlo la descomposición u otra causa. La descomposición produce los gases que distienden los tejidos celulares y da a los cadáveres esa hinchazón, de tan horrible aspecto. Cuando la distensión llega a un punto en que el volumen del cuerpo ha aumentado sensiblemente, sin el correspondiente crecimiento de materia solida o de peso, su peso específico se hace menor que el del agua desalojada, y determina su inmediata reaparición sobre la superficie. Pero la descomposición puede modificarse por innumerables circunstancias; puede acelerarse o retardarse por infinidad de agentes, el calor o el frío de la estación, por ejemplo; por la impregnación mineral o la pureza del agua; por su mayor o menor profundidad; por la corriente o el estancamiento, más o menos sensibles, y, después, por la naturaleza y estado original del cuerpo, según estuviera libre de una enfermedad o infectado por ella antes de la muerte. Así, es evidente que no podemos, con exactitud, fijar

el tiempo en que el cuerpo deberá elevarse a consecuencia de la descomposición. En determinadas condiciones, este resultado puede darse en una hora; otras veces puede no producirse del todo. Existen ciertas infusiones químicas que permiten preservar para siempre de la corrupción a todo el sistema animal: el bicloruro de mercurio, por ejemplo. Pero, aparte de la descomposición, puede producirse y se produce generalmente un gas en el estómago, por la fermentación acética de la materia vegetal (o por otras causas, en otras cavidades), suficiente para determinar una distensión que eleve el cuerpo a la superficie del agua. El efecto que produce el cañonazo es un efecto de simple vibración. Puede desembarazar al cuerpo del limo o del légamo pegajoso en que está sepultado, permitiéndole, de este modo, elevarse cuando otros agentes lo hayan ya preparado; o bien puede vencer la adherencia de algunas partes putrefactas del sistema celular, facilitando la distensión de las cavidades bajo la influencia del gas.

»Hallándonos, pues, ante toda la filosofía del asunto, podemos comprobar las afirmaciones de *L'Etoile*. «La experiencia demuestra –dice este periódico– que los cuerpos ahogados o arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta necesitan un lapso de tiempo de seis a diez días para que una descomposición suficiente los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hace reventar y que se eleva antes de que la inmersión haya durado, por lo menos, cinco o seis días, no deja de sumergirse si se le abandona a sí mismo».

»Todo lo transcrito se nos aparece ahora como un tejido de inconsecuencias e incoherencias. La experiencia no *demuestra siempre* que los cuerpos de los ahogados *necesiten* cinco o seis días para que una descomposición suficiente les permita flotar de nuevo. La ciencia y la experiencia juntas prueban que el momento de su reaparición sobre la superficie es y debe ser, necesariamente, imposible de fijar. Además, si un cuerpo sube a la superficie del agua por haber explotado, no se *sumergirá de nuevo*,

*aun abandonado a sí mismo*, hasta que la descomposición haya llegado al grado preciso para permitir el escape de los gases que se produzcan. Pero quiero llamar su atención acerca de la distinción establecida entre los cuerpos de los ahogados y los de las personas arrojadas al agua inmediatamente después de una muerte violenta. Aunque el periodista admite esta distinción, incluye, no obstante, los dos casos en la misma categoría. Ya he demostrado cómo el cuerpo de un hombre que se ahoga adquiere un peso específico mas considerable que el del volumen de agua que desaloja, y he probado también que no se sumergiría del todo sin los movimientos por los cuales saca los brazos por encima del agua y los esfuerzos para respirar que hace debajo de ella, los cuales permiten al líquido ocupar el espacio que llena el aire en los pulmones. Pero estos movimientos y estos esfuerzos no los realizaría un cuerpo *arrojado al agua inmediatamente después de una muerte violenta*. Así, en este último caso, *la regla general es que el cuerpo no debe hundirse del todo*, hecho que *L'Etoile* ignora evidentemente.

Cuando la descomposición ha llegado a un punto muy avanzado, cuando la carne se ha desprendido en gran cantidad de los huesos –únicamente entonces y nunca antes–, vemos que el cuerpo desaparece bajo el agua. Y ahora, ¿qué pensaremos de ese razonamiento, el de que el cadáver encontrado no puede ser el de Marie Rogêt, porque se halló flotando después de un lapso de tres días únicamente? Si Marie se ahogó, no pudo hundirse siendo mujer; y si se sumergió, pudo reaparecer al cabo de veinticuatro horas, o menos aún. Pero nadie supone que la joven haya perecido ahogada; y si fue asesinada antes de arrojarla al río habría flotado, y pudo ser descubierta en cualquier momento.

»Mas –afirma *L'Etoile*– «si el cuerpo, en estado de descomposición, había sido abandonado junto a la orilla hasta el martes por la noche, se encontraría allí algún rastro de los asesinos».

»Es muy difícil de comprender, en el primer momento, la intención del periodista. Pretende prevenir lo que cree pueda ser una objeción a su teoría; esto es, que el cuerpo,

habiendo permanecido dos días en la orilla, ha debido descomponerse rápidamente, *más* que si hubiese sido sumergido en el agua. En este caso, supone que el cuerpo pudo reaparecer en la superficie el miércoles y solo en estas condiciones. Tiene, pues, mucha prisa en demostrar que el cuerpo no ha *permanecido* en la orilla, porque en este caso *se encontraría en ella algún rastro de los asesinos*. Creo que esta deducción le hará sonreír a usted. Usted no puede comprender cómo la permanencia *más o menos larga* del cuerpo en la orilla habría podido *multiplicar las huellas de los asesinos*, ni yo tampoco.

»El periódico continúa: «Por último, es excesivamente improbable que los miserables que cometen un crimen tal como el que se les atribuye hayan arrojado el cadáver al agua sin un peso cualquiera para hundirlo, cuando era tan fácil tomar semejante precaución».

»¡Observe usted qué irrisoria confusión de ideas! Nadie, ni aun *L'Etoile*, niega que se ha cometido un asesinato en el cuerpo encontrado.

Las señales de violencia son harto evidentes. El único fin que nuestro razonador persigue es, sencillamente, el de demostrar que este cuerpo no es el de Marie. Desea probar que Marie no ha sido asesinada; pero no que el cadáver no sea el de una persona asesinada. Sin embargo, su observación no demuestra más que este último extremo. He aquí un cuerpo al que no se ha amarrado ningún peso. Los asesinos, al arrojarle al agua, no habrían dejado de amarrárselo; entonces, no lo han arrojado los criminales. Esto es lo único probado, si es que puede probarse. En cuanto a la identificación, no se ha tratado de ella aún y a *L'Etoile* le parece muy enojoso contradecir ahora lo que admitía hace un momento. «Estamos perfectamente convencidos –dice– de que el cadáver hallado es el de una mujer asesinada».

»Y no es solo este caso, aun en esta parte de su tema, en el que nuestro razonador argumenta, sin enterarse de ello, contra sí mismo. Su principal objeto, como ya he dicho, es el de reducir todo lo posible el intervalo de tiempo

transcurrido entre la desaparición de Marie y el hallazgo del cadáver. Sin embargo, le vemos insistir en el detalle de que nadie vio a la joven desde el momento en que abandonó la casa de su madre. «No tenemos –dice– ninguna prueba de que Marie Rogêt vivía aún el domingo 22 de junio, después de las nueve de la mañana».

»Como su razonamiento es discutible, evidentemente, por estar concebido de antemano, habría hecho mejor abandonando este aspecto de la cuestión, porque si se encontraba a alguien que hubiese visto a Marie, fuese el lunes o el martes, el intervalo de referencia sería muy breve y, según su modo de razonar, disminuiría otro tanto la probabilidad de que el cuerpo pudiera ser el de la desaparecida. Sin embargo, es divertido observar que *L'Etoile* insiste en el punto antedicho con la firme convicción de que va a robustecer su argumentación general.

»Ahora examinemos de nuevo la parte de la argumentación relativa a la identificación del cadáver, hecha por Beauvais. En cuanto al *vello* en el brazo, *L'Etoile* revela, evidentemente,

mala fe. Solo siendo un idiota habría podido alegar el señor Beauvais, para comprobar la identidad de un cuerpo, lo del *vello en el brazo*. No hay brazos sin vello. La *generalidad* de las expresiones de *L'Etoile* es una sencilla confusión de las frases del testigo, quien ha debido, necesariamente, hablar de alguna *particularidad* del vello; particularidad en la coloración, la cantidad, la dimensión o el sitio.

»El periódico dice: «Su pie era pequeño, y hay millares de pies pequeños. La liga y el zapato tampoco constituyen un elemento de prueba, porque los zapatos y las ligas se venden a montones. Otro tanto puede decirse de las flores de su sombrero. Un hecho, en el que el señor Beauvais insiste mucho, es que el broche de la liga había sido cambiado de sitio para hacerla más corta. Esto no prueba nada, porque la mayoría de las mujeres llevan consigo siempre un par de ligas que ajustan al tamaño de sus piernas en vez de probárselas en la tienda donde las compran».

»Es muy difícil, al llegar aquí, suponer al razonador con sentido común. Si el señor Beauvais,

buscando el cuerpo de Marie, ha descubierto un cadáver que se asemejaba, por las proporciones generales y el aspecto, a la joven desaparecida, ha podido creer legítimamente (aun prescindiendo de la cuestión del vestido) que había llegado al final de sus investigaciones. Si, además del detalle de las proporciones generales y de contorno, encontró en el brazo una señal de vello ya observada en el de Marie, su creencia pudo reforzarse lógicamente, en proporción con la particularidad o el carácter insólito de este detalle. Si el pie de Marie era pequeño y los pies del cadáver eran, igualmente, pequeños, la probabilidad de que este cadáver fuese el de Marie debe acrecer en proporción no simplemente aritmética, sino especialmente geométrica o acumulativa.

»Añádanse a todo esto los zapatos, que se vio que llevaba el día de su desaparición, y, a pesar de que los zapatos *se venden a millares*, observará usted que la probabilidad aumenta de tal modo que llega a rayar en la certidumbre. Lo que, por sí mismo, no constituiría un elemento de

identificación viene a convertirse, por su posición corroboradora, en la prueba más segura. Concedamos, por último, que las flores del sombrero correspondan a las que llevaba la joven desaparecida y no tendremos nada más que pedir. *Una sola* de estas flores y, repito, no tendremos nada más que pedir; pero ¿qué diríamos entonces si tuviéramos dos, o tres, o más? Cada unidad sucesiva es un testimonio múltiple, una prueba no *sumada* a la prueba precedente, sino *multiplicada* por cien o por mil.

»Ahora descubrimos en la difunta unas ligas parecidas a las que usaba la viva... Verdaderamente es para enloquecer el continuar esta información... Pero nos encontramos con que estas ligas se han acortado por haber metido más el broche, lo mismo que Marie hizo con las suyas poco tiempo antes de abandonar su casa. Dudar aún es demencia o hipocresía. Cuanto dice *L'Etoile* acerca de la reducción o achicamiento de la liga, que, según cree, debe considerarse como un caso frecuente, no prueba otra cosa que su terquedad en el error. La elasticidad de una liga de broches

basta para demostrar el carácter *excepcional* de aquel achicamiento. Raramente lo que está hecho para ajustar bien necesita un arreglo. Solo a consecuencia de un accidente, en el sentido más estricto de la palabra, pudieron requerir las ligas de Marie la indicada reducción. Ellas solas habrían bastado para comprobar la identificación del cadáver. Pero lo importante no es que el cadáver tenga las ligas de la joven desaparecida, o sus zapatos, o su sombrero, o las flores de su sombrero, o sus pies, o una señal particular en el brazo, o su aspecto, o sus proporciones generales; lo importante es que el cadáver tiene cada una de estas cosas *y todas colectivamente*. Si estuviera probado que *L'Etoile* ha concebido, *en realidad*, en parecidas circunstancias, una duda, no tendría, por el caso que expone, ninguna necesidad de una comisión *de lunatico inquirendo*<sup>30</sup>. Ha creído hacer alarde de su sagacidad convirtiéndose en eco de las habladurías de los leguleyos, quienes, en su mayor parte, se limitan a su vez a calcar los preceptos rectangulares de los sumarios.

---

<sup>30</sup> Documento legal que indaga sobre la salud mental de un individuo (N. de esta E.).

»De pasada, debo advertir a usted que mucho de lo que un tribunal rechaza como prueba es, para la inteligencia, lo mejor en materia probatoria. Porque inspirándose en los principios generales en materia de pruebas —principios generales reconocidos y estampados en los Códigos—, el tribunal no se aviene a aceptar las razones particulares. Y tan obstinada adhesión al principio, más cierto desdén riguroso hacia la excepción contradictoria, es un medio seguro de esperar, en un largo espacio de tiempo, el *máximum* de verdad que está permitido esperar; la práctica es, por tanto, *en conjunto*, filosófica; pero no es menos cierto que, en determinados casos, engendra grandes errores<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> «Una teoría basada en las cualidades de un objeto no puede tener el desarrollo total exigido por todos los objetos a los cuales debe aplicarse; y el que coordina los hechos en relación con sus causas pierde la facultad de apreciarlos según sus resultados. Así la jurisprudencia de todas las naciones demuestra que la ley, cuando se convierte en una ciencia o un sistema, deja de ser la justicia. Los errores en los cuales una ciega devoción a los principios de clasificación ha sumido al Derecho común son fáciles de comprobar si quiere observarse cuántas veces el poder legislativo se ha visto obligado a intervenir para restablecer el espíritu de equidad que había desaparecido de sus fórmulas» (Landor). [William Landor era uno de los seudónimos de Horace Binney Wallace (1817-1852), jurista, ensayista, novelista y crítico de arte estadounidense. Según consigna el investigador George Hatvary, Poe, tras leer su novela *Stanley*, escribió de él: «Si se dedicara finalmente a las letras, no podría menos que conseguir un gran éxito» (N. de esta E.).]

»En cuanto a las insinuaciones formuladas contra Beauvais, un soplo las destruye. Usted conoce bien el verdadero carácter de este caballero. Es un hombre oficioso, de espíritu muy inclinado a lo novelesco y de escaso juicio. Toda persona de esta naturaleza se verá fácilmente impelida, en un caso de emoción *real*, a conducirse de modo que parezca sospechoso a los ojos de las gentes demasiado sutiles o inclinadas a la malicia. Este señor Beauvais, según resulta de las notas recogidas, ha celebrado varias entrevistas con el director de *L'Etoile*, a quien ha sorprendido al atreverse a indicar la idea de que, no obstante su opinión, el cadáver era, positivamente, el de Marie.

»«Insiste –dice el periódico– en afirmar que el cuerpo es de Marie; pero no puede añadir una circunstancia a las que ya hemos comentado *para hacer compartir a los demás esta creencia*». Ahora bien, sin insistir en este punto, que hubiera sido imposible, para hacer compartir a los demás esta creencia de suministrar una prueba más contundente que las conocidas,

observemos una cosa: que es fácil suponer a un hombre perfectamente convencido, en un caso de esta especie, pero incapaz, no obstante, de formular una sola razón para convencer a una segunda persona. Nada hay tan vago como las impresiones relativas a la identidad de un individuo. Todo hombre conoce a su vecino y, sin embargo, se dan pocos casos de que el primero que llegue esté dispuesto a dar una razón de tal *conocimiento*. El redactor de *L'Etoile* no tiene derecho, pues, a que le sorprenda la opinión no razonada del señor Beauvais.

»Las sospechosas circunstancias que lo envuelven cuadran con mi hipótesis de un carácter entrometido, minucioso y novelesco, más bien que con la insinuación del periodista relativa a su culpabilidad. Adoptando la interpretación más piadosa, no hallamos inconveniente alguno en explicarnos la rosa en el agujero de la cerradura; la palabra *Marie* en la pizarra; el hecho de *descartar a los parientes varones*; su *oposición a dejarles ver el cadáver*, la recomendación hecha a la señora B... de que no

hablara con el gendarme hasta que él regresase, y, en fin, incluso la aparente resolución *de no permitir a persona alguna, sino a él mismo, intervenir en el sumario*. Me parece incontestable que Beauvais era uno de los adoradores de Marie; que esta había coqueteado con él y que él aspiraba a demostrar que gozaba de su confianza e intimidad completas. Nada diré más sobre este punto; y, como la evidencia rechaza completamente la afirmación de *L'Etoile* en cuanto a la *apatía* de que acusa a la madre y a los otros parientes, *apatía* inconciliable con esta suposición —la de que creen en la identidad del cuerpo de la joven perfumista—, vamos a proceder ahora como si la cuestión de la identidad hubiese sido resuelta a nuestra más completa satisfacción.

—¿Y qué opina usted —pregunté entonces— de las opiniones de *Le Commerce!*?

—Que por su naturaleza son mucho más dignas de atención que otra cualquiera de las expuestas sobre el mismo asunto. Las deducciones de las premisas son filosóficas y sutiles;

pero estas premisas, en dos puntos, por lo menos, se basan sobre una observación imperfecta. *Le Commercier* quiere dar a entender que una banda de cobardes forajidos se apoderó de Marie, no lejos de la puerta de la casa de su madre. «Es imposible –dice– que una joven, conocida como lo era Marie por varios millares de personas, haya podido recorrer un largo trayecto sin encontrar alguien a quien su rostro no fuera familiar». Esta es la reflexión de un hombre que reside en París hace mucho tiempo –de un hombre público–, cuyas idas y venidas por la ciudad se han reducido, casi siempre, a la vecindad de las administraciones públicas. Sabe que él raramente da una docena de pasos más allá de su despacho sin que alguien le conozca y aborde.

»Y midiendo la extensión del conocimiento que mantiene con los demás y los demás con él, compara su notoriedad con la de la perfumista, no halla gran diferencia entre las dos y llega fácilmente a la conclusión de que Marie, en sus paseos por la ciudad, estuviese tan

expuesta a ser reconocida como él en los suyos. Esta conclusión solo podría ser legítima, para ella, si sus paseos hubiesen sido de la misma naturaleza invariable y metódica, y confinados en la misma especie de región que los paseos de él. Él va y viene, con intervalos regulares, en una periferia limitada, llena de individuos a quienes sus ocupaciones, análogas a las suyas, impulsan naturalmente a interesarse por él y observar su persona. Pero los paseos de Marie podían atribuirse, en general, a una naturaleza vagabunda. En el caso particular que nos ocupa, debe considerarse como muy probable que ha seguido un trayecto, más distanciado que de costumbre, de sus caminos ordinarios. El paralelo que hemos supuesto que existe en el espíritu de *Le Commercial* no podría mantenerse más que en el caso de dos individuos que atravesasen toda la población. Entonces, concedido que las relaciones personales son idénticas, las probabilidades serán las mismas para aquellos que encuentren un número igual de conocidos. Por mi parte opino que es no solamente posible, sino infinitamente probable

que Marie ha seguido, a cualquier hora del día, cualquiera de los numerosos caminos que conducen desde su residencia a la de su tía, sin encontrar a un solo individuo a quien conociera o del que fuese conocida. Para juzgar bien este asunto, para juzgarle con toda claridad, no es muy necesario pensar en la enorme desproporción que existe entre las amistades personales del individuo más conocido de París y todo el vecindario de París.

»Pero si alguna fuerza pareciera conservar aún la insinuación de *Le Commercial*, disminuirá en cuanto tomemos en consideración la *hora* en que la joven salió de su casa. «Salió —dice aquel periódico—, precisamente, a una hora en que las calles están muy concurridas». ¡Cómo...! Eran las nueve de la mañana, hora en que todos los días de la semana, *excepto el domingo*, las calles, es cierto, están llenas de gente. Pero a las nueve de la mañana, en domingo, todo el mundo, por lo general, no ha salido aún de casa, porque está *preparándose para ir a la iglesia*. Poco observador será el

hombre que no haya advertido el aspecto de soledad que ofrece una población, de ocho a diez de la mañana, todos los domingos. De diez a once las calles están llenas de gente, pero nunca a una hora tan temprana como la indicada.

»Otro asunto, además, parece desmentir el espíritu observador de *Le Commercial*. «Un pedazo —dice— de una de las faldas de la infortunada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, fue arrancado, ceñido alrededor de su cuello y anudado por la nuca, probablemente para ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos forajidos que ni siquiera debían tener pañuelo de bolsillo». Más tarde examinaremos si esta idea es o no fundada; pero con las palabras *forajidos que no tienen pañuelo de bolsillo*, el periodista quiere aludir a la clase peor de malhechores. Sin embargo, esta clase de gentes es la que lleva siempre pañuelos de bolsillo, hasta cuando carecen de camisa. Usted ha tenido ocasión de observar, en estos últimos años, cuán indispensable ha llegado a ser el pañuelo de bolsillo para el perfecto salteador.

—¿Y qué debemos pensar —pregunté— acerca del artículo de *Le Soleil*?

—Que es una gran lástima que su redactor no sea un loro, porque hubiese sido el loro más ilustre de su especie. Ha repetido sencillamente fragmentos de las opiniones individuales ya expuestas, recolectándolos, con loable maestría, en los periódicos. «Los objetos —dice— han permanecido allí *evidentemente* durante tres o cuatro semanas, por lo menos, *y no cabe, pues, duda* de que se ha encontrado, por fin, el escenario de tan espantoso crimen». Los hechos anunciados aquí de nuevo por *Le Soleil* no bastan, ni mucho menos, para descartar mis dudas personales en este asunto. Tendremos que examinarlos más particularmente, en sus relaciones con otro aspecto de esta cuestión.

»Ahora vamos a ocuparnos de otras investigaciones. Usted no ha dejado de advertir una gran negligencia en el examen del cadáver. Seguramente el asunto de la identificación se ha resuelto fácilmente o ha debido serlo; pero hay otros puntos que aclarar. ¿El cuerpo fue, de

cualquier modo, *despojado*? ¿Llevaba la difunta algunos objetos de bisutería cuando abandonó la casa? Si los llevaba, ¿se encontraron en el cadáver? Estos importantes pormenores han sido absolutamente omitidos en la información judicial y existen otros de igual transcendencia que no han llamado para nada la atención. Procuraremos convencernos investigándolo personalmente. La causa de Saint-Eustache necesita ser examinada de nuevo. No abrigo sospechas contra este individuo, pero procedamos metódicamente. Comprobaremos, con escrupulosidad, la validez de las declaraciones referentes a los sitios donde se le vio el domingo. Esta clase de testimonios escritos es, muchas veces, un medio de mixtificación. Si en ellos no encontramos nada que rectificar, prescindiremos de Saint-Eustache. Aunque su suicidio contribuya a corroborar las sospechas, en el caso de que se encontrara fraude en las *declaraciones juradas*, no es, si no hay fraude alguno, una circunstancia inexplicable o que deba desviarnos de la línea del análisis corriente.

»En la marcha que propongo a usted ahora, descartaremos los móviles ocultos del drama y concentraremos nuestra atención en su contorno aparente. En las investigaciones del género de la presente se comete, con bastante frecuencia, el error de limitar el sumario a los hechos inmediatos, despreciando absolutamente los colaterales o accesorios. La abominable rutina de los procedimientos criminales confina el proceso y la discusión en el dominio de la relevancia aparente. Sin embargo, la experiencia ha demostrado, y la verdadera filosofía probará siempre, que una parte muy considerable de la verdad, la mayor, tal vez, surge de los elementos en apariencia ajenos al asunto.

»Precisamente por el espíritu, ya que no por la letra de este principio, la ciencia moderna ha llegado a calcular *con lo imprevisto*. Pero, ¿acaso no me comprende usted? La historia de la ciencia humana nos muestra de un modo tan continuo que debemos los más numerosos e importantes descubrimientos a los hechos colaterales, fortuitos, accidentales, que ha acabado

por hacerse preciso, en todo cálculo del progreso por venir, conceder un espacio, no solo muy amplio, sino lo mayor posible, a las invenciones que nacerán del azar y que escapan por completo a las previsiones ordinarias. Ya ha dejado de ser filosófico el sistema de apoyar en lo que ha sido una visión de lo que debe ser. Hay que admitir el *accidente* como una parte de lo fundamental. Hacemos del azar materia para un cálculo riguroso. Sometemos lo inesperado y lo inconcebible a las fórmulas matemáticas de las escuelas.

»Repito que es un hecho positivo que la mejor parte de la verdad nace de lo accesorio, de lo indirecto, y acomodándose sencillamente al principio que implica este hecho, quisiera, en el caso presente, desviar el sumario del camino trillado y estéril del suceso mismo, para llevarlo hacia las circunstancias contemporáneas de que está rodeado. Mientras que usted comprueba la validez de las *declaraciones juradas* yo examinaré los periódicos de un modo más general que usted. Hasta ahora nos hemos limitado a reconocer el campo de la investigación; pero sería

verdaderamente raro que un examen comprensivo de los diarios, tal como me propongo efectuar, no nos aportase algunos pormenores que imprimieran un nuevo rumbo al sumario.

De acuerdo con la idea de Dupin, me dediqué a comprobar escrupulosamente las *declaraciones juradas*. El resultado de mi examen fue una firme convicción de su validez y, por tanto, de la inocencia de Saint-Eustache. Al mismo tiempo, mi amigo se consagraba, con minuciosidad que me pareció absolutamente superflua, a examinar las colecciones de diferentes periódicos.

Al cabo de una semana pudo ofrecerme los siguientes recortes:

«Hace tres años y medio, aproximadamente, se produjo una emoción parecida por la desaparición de la misma Marie Rogêt de la perfumería del señor Le Blanc, situada en el Palais-Royal. No obstante, al cabo de una semana reapareció en su oficina de siempre, con su aspecto habitual, salvo una ligera palidez que no tenía casi nunca. Su madre y el señor

Le Blanc declararon que se había ido al campo solo para visitar a una amiga, y este suceso se olvidó pronto. Creemos que su ausencia actual es una travesura de la misma índole y que al cabo de una semana o de un mes, la veremos de nuevo entre nosotros». —*Evening Paper*, lunes 23 de junio<sup>32</sup>.

«Cierta diario de la tarde, en su número de ayer, recuerda la primera desaparición misteriosa de la señorita Rogêt. Se ha averiguado que durante su ausencia de una semana de la perfumería Le Blanc estaba en compañía de un joven oficial de marina, muy conocido por sus costumbres depravadas. Se supone que, a causa de un disgusto, volvió a verla casualmente en su casa. Conocemos el nombre del Lotario en cuestión, que se halla actualmente con licencia en París; pero, por razones fáciles de comprender, nos abstenemos de revelarle». —*Le Mercure*, mañana del martes 24 de junio<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> *The Express* de Nueva York.

<sup>33</sup> *The Herald* de Nueva York.

«Anteayer, en los alrededores de esta población, se ha cometido un crimen de los más odiosos. Un caballero, con su esposa y su hija, a la caída de la tarde solicitó, para atravesar el río, los servicios de seis jóvenes que manio-braban en una lancha, sin rumbo fijo, cerca de un ribazo del Sena. Al llegar a la orilla opues-ta, los tres pasajeros saltaron a tierra, y ya se habían alejado de la lancha hasta perderla de vista, cuando la hija del caballero advirtió que se había dejado en ella la sombrilla. Retro-cedió para buscarla y entonces fue asaltada por la cuadrilla de hombres, transportada al río, amordazada, maltratada vergonzosamente y abandonada por último en un paraje de la orilla, poco distante del sitio donde con sus padres se embarcó en la lancha. Los misera-bles han escapado, por el momento, a la per-secución de la policía; pero esta se halla sobre su pista y algunos de ellos serán muy pronto capturados». —*Morning Paper*, 25 de junio<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> *Courier and Inquirer* de Nueva York.

«Hemos recibido uno o dos comunicados que tienen por objeto imputar a Mennais<sup>35</sup> el odioso crimen cometido recientemente; mas como este señor ha resultado inocente, según el sumario, y como las razones de nuestros comunicantes parecen más apasionadas que sagaces, consideramos conveniente no publicarlas». — *Morning Paper*, 28 de junio<sup>36</sup>.

«Hemos recibido varios comunicados, escritos con alguna firmeza, que parecen proceder de distintos orígenes e impulsan a aceptar, como cosa indudable, que la infortunada Marie Rogêt ha sido víctima de una de las numerosas cuadrillas de forajidos que infestan en domingo los alrededores de la población. Nuestra opinión se inclina decididamente en favor de esta hipótesis. Muy en breve procuraremos exponer en nuestras columnas algunos de estos argumentos». — *Evening Paper*, martes 31 de junio<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Uno de los individuos detenidos primeramente como sospechoso, pero puesto después en libertad por no haber cargo alguno en su contra (N. del A.).

<sup>36</sup> *Courier and Inquirer* de Nueva York.

<sup>37</sup> *Evening Post* de Nueva York.

«El lunes, uno de los barqueros agregados al servicio del fisco vio en el Sena una lancha vacía arrastrada por la corriente. Las velas yacían, descolgadas, en el fondo de la barca. El barquero la remolcó hasta la oficina de navegación. A la mañana siguiente esta lancha fue desamarrada y desapareció, sin que ninguno de los empleados lo advirtiese. El timón está depositado en la oficina de navegación». —*Le Diligence*, jueves 26 de junio<sup>38</sup>.

Leyendo estos diversos recortes no solo me parecieron extraños al asunto de que se trataba, sino que yo no podía imaginar medio alguno para coordinarlos, y esperaba de Dupin una explicación cualquiera.

—No entra en mis cálculos —me dijo— insistir en el primero y el segundo de estos recortes. Los he copiado principalmente para demostrar a usted la gran negligencia de la policía, que, si debo creer al prefecto, no se ha preocupado lo más mínimo del oficial de marina a quien

---

<sup>38</sup> *The Standard* de Nueva York.

se alude. Sin embargo, sería una locura afirmar que no tenemos derecho a *suponer* cierta conexión entre la primera y la segunda desaparición de Marie. Admitamos que la primera fuga suya produjo una riña entre los dos amantes y el regreso de la joven traicionada. Podemos observar un segundo rapto (*si sabemos* que se ha cometido un segundo rapto) como indicio de nuevas tentativas por parte del traidor, más bien que como resultado de nuevas tentativas por parte de un segundo individuo; podemos considerar esta segunda huida más bien como la *compostura* o arreglo de un amor viejo, que como el principio de uno nuevo.

»O el que se fugó una vez con Marie le propuso una nueva evasión, o Marie aceptó las proposiciones de otro individuo; pero hay diez probabilidades contra una para la primera de estas suposiciones.

»Y, antes de continuar, permítame que llame su atención sobre el detalle de que el tiempo transcurrido entre el primer rapto, conocido, y el segundo, supuesto, excede en muy poco de

la duración ordinaria de los cruceros de nuestros buques de guerra. El amante, interrumpido en su primera infamia por la precisión de hacerse a la mar, aprovechó el primer momento de su vuelta para renovar las viles tentativas, no realizadas por completo hasta entonces, o, por lo menos, no cumplidas en absoluto por él. De todo esto no sabemos nada.

»Usted dirá, tal vez, que en el segundo caso, el rapto que suponemos no se ha consumado. Ciertamente que no; pero ¿podemos afirmar que no haya habido una tentativa frustrada? A excepción de Saint-Eustache, y acaso de Beauvais, no sabemos de ningún pretendiente oficial conocido, decente, ni se ha hablado de ningún otro. ¿Quién es, entonces, el secreto amante de quien los parientes (la mayoría, al menos) no han oído hablar nunca, pero al que vuelve a encontrar Marie la mañana del domingo, cuya confianza se ha granjeado de tal modo que no vacila en quedarse con él, hasta que comienzan a descender las sombras del crepúsculo, en los solitarios bosquecillos de la Barrière du Roule?

¿Quién es, repito, este secreto amante, del que la mayor parte de los parientes no ha oído hablar? ¿Y qué significan estas singulares palabras de la señora Rogêt, en la mañana en que desapareció Marie, «Temo no volverla a ver más»?

»Pero si no podemos suponer que esta señora tuviese conocimiento del proyecto de fuga de su hija, ¿no podemos imaginar que esta lo hubiera concebido? Al salir de su casa dio a entender que iba a visitar a su tía, a la calle de Drômes, encargando a Saint-Eustache que fuera a buscarla a la caída de la tarde. Claro que, al primer golpe de vista, este detalle parece hallarse en pugna contra mi opinión; pero reflexionemos un poco. Que Marie haya positivamente vuelto a encontrar a su amante; que haya atravesado con él el río y llegado a la Barrière du Roule a una hora muy avanzada, cerca de las tres de la tarde, todo esto lo sabemos. Pero, al consentir que le acompañase tal individuo (*con un deseo cualquiera, conocido o no de su madre*), Marie debió pensar en el propósito que había manifestado al salir de casa, así como en la inquietud y

los recelos que nacerían en el pecho de su prometido Saint-Eustache cuando, al ir a buscarla a la hora convenida, a la calle de Drômes, viese que no había llegado aún, y cuando, además, volviendo a la pensión con tan alarmante noticia, se enterase de su prolongada ausencia de la casa. Repito que Marie debió pensar en todo esto previendo la alarma de Saint-Eustache y las sospechas de todos sus amigos. Es posible que no haya tenido valor para volver y desmentir las sospechas, aunque estas eran cuestión de poca importancia para ella, si suponemos que tenía la intención de no regresar.

»Podemos imaginar que razonó así: «Estoy citada con una persona para fugarme con ella o para otros planes que nadie, más que yo, conoce. Conviene descartar toda probabilidad de que nos sorprendan; es preciso que tengamos tiempo suficiente para librarnos de toda posible persecución. Haré creer que voy de visita o a casa de mi tía para pasar el día en su casa de la calle de Drômes; diré a Saint-Eustache que no venga a buscarme hasta la noche, y, de

este modo, mi ausencia de mi casa, prolongada todo lo posible, sin suscitar sospechas ni inquietudes, podrá explicarse y ganaré más tiempo que por otro medio cualquiera. Si encargo a Saint-Eustache que venga a buscarme a la caída de la tarde, no se presentará, de seguro, antes; pero si dejo de rogarle que me busque disminuirá el tiempo de que dispongo para la fuga, puesto que esperará mi regreso a una hora temprana y mi ausencia despertará más pronto su inquietud. Por tanto, si él pudiera comprender mi intención de regresar y no tuviese yo en perspectiva sino un simple paseo con la persona en cuestión, no sería muy oportuno suplicar a Saint-Eustache que viniera a buscarme, porque, al llegar, comprendería que me había burlado de él, cosa que podría ocultarle para siempre marchándome de casa sin hacerle saber mi propósito, regresando antes de que llegara la noche y diciendo entonces que había ido a ver a mi tía, a la calle de Drômes. Pero como mi plan es el de no volver *nunca* —o, por lo menos, hasta después de algunas semanas o hasta que haya logrado ocultar ciertas cosas—,

lo que debe inquietarme, pues, únicamente, es la necesidad de ganar tiempo».

»Usted ha observado en sus apuntes que la opinión general acerca de este desdichado suceso es la de que Marie, desde el primer momento, fue víctima de una banda de forajidos. En ciertos casos, la opinión popular debe tenerse muy en cuenta, porque cuando se manifiesta en forma estrictamente espontánea conviene considerarla como un fenómeno análogo a la *intuición*, que es la idiosincrasia del hombre de talento. De cien casos, en noventa y nueve me inclinaría en favor de sus juicios. Pero es muy importante el hecho de que no descubramos trazas palpables de una *sugestión exterior*. La opinión debe ser rigurosamente el *pensamiento personal* del público, y, con frecuencia, es muy difícil establecer esta distinción y mantenerla. En el caso presente creo que esta *opinión pública* acerca de una *pandilla* de forajidos ha sido inspirada por el suceso paralelo y accesorio, referido en el tercero de mis recortes. Todo París está intrigado con el

hallazgo del cadáver de Marie, joven, hermosa y conocida. Este cadáver se ha encontrado flotando en el río, con señales de violencia. Pero ahora se ha averiguado que, en la misma época en que se supone que asesinaron a la perfumista, un atentado análogo al sufrido por esta, aunque no tan enorme, se cometió por una banda de forajidos en la persona de otra muchacha. ¿Sorprenderá que el primer suceso, conocido, haya inspirado el juicio popular relativo al otro, aún oscuro? ¡Este juicio esperaba una dirección, y el atentado conocido parecía indicarla con tanta oportunidad...! Marie también fue encontrada en el río, en el mismo río donde se consumó el atentado conocido. La conexión de estos dos acontecimientos tenía en sí algo tan palpable, que hubiese sido un milagro que el pueblo se *olvidase* de advertirla y consignarla. Pero, en concreto, uno de los dos atentados, conocido por la forma en que se realizó, es un indicio de que el otro, cometido en una época casi coincidente, *no* se realizó de la misma manera. ¡Verdaderamente puede considerarse como maravilloso que, mientras una banda

de malvados consumaba en un lugar dado un atentado inaudito, se encontrase otra banda semejante en la misma localidad, en la misma población, en las mismas circunstancias, ocupada, con los mismos medios y los mismos procedimientos, en cometer un crimen de carácter exactamente parecido y precisamente por la misma época! ¿Y en qué otra cosa, fíjese usted, la opinión pública, *accidentalmente sugestionada*, podría impulsarnos a creer, sino en esta maravillosa serie de coincidencias?

»Antes de ir más lejos, estudiemos el supuesto escenario del asesinato en los matorrales de la Barrière du Roule. Este bosquecillo, muy espeso, se encuentra, es verdad, a bastante distancia de una carretera pública. Dentro de él, nos han dicho, existen tres o cuatro piedras anchas que forman una especie de asiento con su respaldo. Sobre la piedra superior se ha encontrado una enagua; en la segunda, una bufanda de seda. También han aparecido una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre de *Marie Rogêt*. En los zarzales de los

alrededores había enganchados trozos de vestido. La tierra estaba removida, los matorrales aplastados y en todo se advertía huellas de una lucha violenta.

»A pesar del júbilo con que la prensa ha acogido el descubrimiento de tal sitio y de la unanimidad con que se ha supuesto que era el escenario indudable del crimen, preciso es admitir que hay más de una razón justificada para dudar de ello. Si el *verdadero* escenario estuviese, como insinúa *Le Commercial*, en las cercanías de la calle Pavée Saint André, los autores del crimen, que suponemos siguen aún en París, habrían recelado naturalmente de la opinión pública, tan vivamente encaminada sobre la verdadera pista; y ciertas mentes nada vulgares hubiesen sentido la necesidad inmediata de hacer una tentativa cualquiera para distraer esta atención. Así, como el matorral de la Barrière du Roule había ya despertado sospechas, pudo inspirar lógicamente la idea de abandonar allí los objetos en cuestión. No existe prueba real, diga lo que diga *Le Soleil*, de que estos objetos encontrados hayan

permanecido en tal paraje más de un brevísimo número de días, mientras que es más que presumible que no hubiesen podido yacer allí, sin llamar la atención, durante los veinte días transcurridos entre el funesto domingo y la tarde en que unos muchachos llegaron a descubrirlos. «Estaban completamente enmohecidos por la acción de la lluvia –dice *Le Soleil*, deduciendo esta opinión de los periódicos que han hablado antes que él– y apelmazados por la *humedad*. El césped había crecido alrededor de ellos, cubriéndolos en parte. La seda de la sombrilla era sólida, pero las varillas estaban cerradas y la parte superior, cuya tela, plegada, había sufrido los rigores de la *humedad*, se desgarró en cuanto la abrieron...». En cuanto al hecho de que el césped *había crecido alrededor llegando hasta cubrir en parte los objetos*, es evidente que no pudo comprobarse sino a partir de las declaraciones de los dos niños, formuladas según sus recuerdos, porque cogieron los objetos y los llevaron a la casa antes de que los viese una tercera persona.

»Pero el césped, particularmente en una temperatura cálida y húmeda (como la que reinaba en la época del asesinato), crece hasta una altura de dos o tres pulgadas por día. Una sombrilla abandonada en un terreno cubierto de césped, puede, en una sola semana, desaparecer bajo la hierba, rápidamente crecida. En cuanto al *enmohecimiento* sobre el que con tanta terquedad insiste el director de *Le Soleil*, que emplea esta palabra tres veces por lo menos en el breve párrafo transcrito, ¿es que, realmente, ignore la naturaleza de tal enmohecimiento? ¿Necesitará saber que es una de las numerosas clases de hongos, cuyo carácter más conocido es el de crecer y morir en veinticuatro horas?

»Así, al primer golpe de vista, vemos que lo que tan pomposamente se ha alegado para sostener la idea de *que los objetos permanecieron en el bosquecillo durante tres o cuatro semanas, por lo menos*, es absolutamente nulo, considerado como elemento de prueba. Además, es difícilísimo creer que tales objetos hayan podido continuar allí durante más de una

semana, durante un intervalo mayor que el que existe de un domingo a otro. Cuantos conocen un poco los alrededores de París saben lo difícil que es encontrar en ellos un refugio solitario, excepto a una gran distancia de los suburbios. No es posible suponer un refugio inexplorado o aun raramente visitado en estos bosques y matorrales. Que cualquier amante verdadero de la naturaleza, condenado por su deber al polvo y al color de esta gran metrópoli, intente, aun durante los días laborables, saciar su sed de soledad entre estas bellezas naturales y campestres que nos rodean. Antes de que haya podido dar dos pasos, sentirá el naciente encantamiento roto por la voz o la irrupción personal de algún chiquillo o de una banda de pilluelos borrachos. Inútilmente buscará el silencio bajo las más espesas frondas. En tales rincones es donde, precisamente, abunda la crápula; donde los templos son más profanados. Con el corazón ebrio de desencanto, el paseante regresará a toda velocidad a París, como hacia una cloaca de impureza menos grosera y, por consiguiente, menos odiosa. Y si los alrededores de la ciudad

se hallan tan infestados durante todos los días de la semana, ¿cómo no lo estarán los domingos...? Entonces es cuando mejor que nunca, libre de las ligaduras del trabajo o privado de las ocasiones ordinarias favorables al delito, el pilluelo de la capital se marcha hacia las afueras, no por amor de la naturaleza campestre, que desprecia con vehemencia, sino por escapar a las trabas y convenciones sociales. No busca el aire puro y los árboles verdes, sino la absoluta *libertad* del campo. Allí, en la fonda, al borde de la carretera o a la sombra del bosque, sin que puedan contenerle otras miradas que las de sus dignos compañeros, se entrega a los excesos furiosos de una alegría embustera, hija de la libertad y del alcohol.

»Nada anticipo que no salte a la vista de todo observador imparcial, cuando repito que el hecho de que tales objetos hayan permanecido sin descubrirse durante un período mayor que el que media de un domingo a otro, en un bosquecillo cualquiera de París, deba ser considerado casi como un milagro.

»Pero no nos faltan motivos para sospechar que los objetos fueron dejados en el matorral en cuestión con el fin de desviar la atención del verdadero escenario del crimen. Y, en primer lugar, permítame usted que le haga notar el hecho del hallazgo. Relaciónelo con la del quinto de mis recortes, en la revista de periódicos que he hecho, y verá usted que al descubrimiento han seguido, casi inmediatamente, los comunicados urgentes enviados al *Evening Paper*. Estos comunicados, aunque con modificaciones, y procedentes, en apariencia, de origen distinto, tendían todos al mismo fin, el de atraer la atención sobre una *pandilla* de forajidos como autores del atentado y sobre los alrededores de la Barrière du Roule, como lugar del suceso.

»Lo que puede sorprendernos, no es, naturalmente, el que los niños encontraran esos objetos a consecuencia de dichos comunicados y después de que se encauzó en este sentido la opinión pública, sino que se podría suponer legítimamente que si los niños no hallaron *antes* los objetos, es porque estos no se hallaban aún

en el bosquecillo; porque los abandonaron allí en época posterior –la de la fecha o una muy poco antecedente a la de los comunicados– los mismos asesinos, autores de tales comunicados.

»Este bosquecillo es un bosquecillo raro, excesivamente raro. Su frondosidad es curiosa. En el centro de sus murallas naturales había tres piedras extraordinarias formando un asiento con su *respaldo*. Y este bosquecillo, donde la naturaleza ha imitado tan bien al arte, se halla en las cercanías, a *poca distancia* de la vivienda de la señora Deluc, cuyos hijos tenían la costumbre de registrar cuidadosamente la espesura para recolectar cortezas de sasafrás<sup>39</sup>.

»¿Sería temerario apostar –mil contra uno– que no pasaba día sin que, por lo menos, cualquiera de los muchachos fuera a esconderse en este salón verde y a creerse rey en este trono natural? Los que no se atrevieran a apostar, o no han sido niños nunca u olvidaron la naturaleza

---

<sup>39</sup> Género de árboles caducifolios de la familia *Lauraceae*, nativo del este de Norteamérica y este de Asia. Sus hojas secadas y pulverizadas se utilizaban como condimento (N. de esta E.).

infantil. Lo repito: es excesivamente difícil comprender cómo habrían podido permanecer los objetos en el bosquecillo más de uno o dos días sin que nadie los descubriese, habiendo, además, serias razones para sospechar, pese a la dogmática ignorancia de *Le Soleil*, que fueron depositados en fecha relativamente tardía en el sitio donde han aparecido.

»Mas, para creer que ello haya ocurrido así, existen otras razones más poderosas que todas cuantas he expuesto. Permítame ahora que le llame la atención sobre la colocación tan artificiosa de los objetos. En la piedra *superior* se encontraban unas enaguas y en la *segunda* una bufanda de seda; alrededor, diseminados, una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre de *Marie*. Una colocación como esta ha debido, *naturalmente*, imaginarla un espíritu poco sutil, deseoso de encontrar la que fuera *natural*; pero no es, en absoluto, un arreglo *realmente* natural. Me hubiera gustado más ver estos objetos esparcidos *todos* por el suelo y pisoteados. En el estrecho recinto del

bosquecillo hubiese sido casi imposible que la enagua y la bufanda conservasen su colocación sobre las piedras, expuestas a las conmociones de una lucha entre varias personas. «Había –se dice– señales de lucha; la tierra aparecía pisoteada y los zarzales aplastados, pero la enagua y la bufanda yacían como sobre tablas. Los fragmentos de ropa adheridos a las zarzas tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos era un trozo del volante o borde del vestido, que estaba remendado... *Parecían tiras arrancadas...*». Aquí, sin darse cuenta de ello, *Le Soleil* emplea una frase excesivamente sospechosa. Tal como nos los describe, los pedazos parecen *tiras arrancadas*, pero intencionadamente y por una mano.

»Es un accidente de los más raros que un trozo de vestido, como el de que se trata, pueda ser *arrancado enteramente* por la acción de *una espina*. Por la misma naturaleza del tejido, una espina o un clavo que se enganchara en él lo desgarraría rectangularmente –lo dividiría en dos rasgaduras longitudinales formando un

ángulo recto y se vería el sitio por donde se clavó la espina—; pero es casi imposible comprender que se arrancara *completamente* el pedazo. Yo no he visto esto nunca ni usted tampoco. Para arrancar un trozo de tela es necesario, casi siempre, que dos fuerzas distintas actúen en sentidos diferentes.

»Si la tela presenta dos bordes, por ejemplo, si es un pañuelo, y se quiere arrancar una tira, entonces, solamente entonces, bastará una fuerza única. Pero, en el caso actual, se trata de un traje que no ofrece sino un lado, y arrancar un pedazo de en medio, que no presenta lado alguno, sería milagroso que pudiesen hacerlo varias espinas, y menos *una sola*. Pero, incluso cuando el tejido presenta un borde, será preciso que actúen dos espinas, una de ellas en dos direcciones distintas y la otra solo en una. Y así y todo, es necesario suponer que el borde no esté ribeteado, porque entonces la cosa llegaría a resultar casi imposible.

»Hemos visto cuán grandes y numerosos obstáculos impiden que la sencilla acción de

las espinas arranque los pedazos; sin embargo, se nos invita a creer que no solamente un trozo, sino varios, se han arrancado de esa manera. ¡*Y uno de ellos era el borde del vestido!* El otro era *una parte de la falda, pero no el ribete*; es decir que había sido arrancado completamente por la acción de las espinas, de la mitad y no del borde de la falda. Cosas son estas, digo, en las que es muy perdonable no creer; sin embargo, consideradas en conjunto, constituyen un motivo menos plausible de sospecha que la única circunstancia, tan sorprendente, de que los *asesinos* hayan podido abandonar los objetos en el bosquecillo, teniendo, como tuvieron, la precaución de llevarse el cadáver.

»A pesar de todo, usted no habrá comprendido por completo mi pensamiento, si cree que mi deseo es el de *negar* que el bosquecillo haya sido el escenario del crimen. Es posible que en él ocurriera algo grave; pero parece más verosímil que la desgracia sucediese en casa de la señora Deluc.

»Mas, en definitiva, esto es un detalle de importancia secundaria. Nosotros nos hemos

propuesto descubrir a los autores del crimen y no el lugar del suceso. Todos los argumentos que he alegado, a pesar de su minuciosidad, tendrían únicamente a demostrar a usted lo necio de las afirmaciones tan rotundas e impetuosas de *Le Soleil* y, como consecuencia inmediata, llevarle, por el camino más natural, a otro: a examinar si el asesinato ha sido o no obra de una *banda*.

»Yo impugnaría este asunto aludiendo sencillamente a los extraños detalles que el cirujano dio al declarar en el sumario. Me bastará con decir que sus conclusiones, en cuanto al número de los supuestos malhechores, han sido completamente ridiculizadas por falsas y desprovistas en absoluto de fundamento por todos los anatomistas prestigiosos de París. No aseguro que el hecho, materialmente, no *haya podido ocurrir* como él dice; pero no hallo razones suficientes para su conclusión; ¿no existían muchas más para sustentar otra?

»Meditemos ahora acerca de las *huellas de lucha* y preguntémonos qué es lo que se pretende demostrar con ellas. ¿La presencia de

una banda? Pero ¿es que no prueban, mucho mejor aún, la ausencia de una banda? ¿Qué clase de lucha —lucha lo bastante violenta, lo bastante prolongada como para dejar huellas en todas direcciones— podemos suponer entre una débil joven indefensa y la banda de forajidos a que se alude? Unos brazos rudos, oprimiéndola silenciosamente, hubieran bastado para que la víctima quedase absolutamente inerme, pasiva y a su discreción.

»Usted advertirá que nuestras razones contra el bosquecillo, adoptado como escenario del hecho, no se encaminan principalmente sino como al escenario de un atentado cometido por *más de un individuo solo*. Si suponemos *un hombre solo*, encarnizado en una violación, entonces y solamente siendo así podríamos admitir una lucha de carácter bastante rudo y obstinado como para dejar huellas tan visibles.

»Otra cosa más. Ya he indicado las sospechas que se desprenden del hecho de que los objetos antes mencionados hayan podido incluso permanecer en el bosquecillo donde fueron encontrados. Parece casi imposible que

estas pruebas del crimen se abandonaran accidentalmente en el sitio donde las descubrieron.

»Se tuvo bastante presencia de ánimo (así se ha supuesto) para llevarse el cadáver, y, sin embargo, una prueba concluyente, más concluyente que el cadáver mismo (cuyas facciones pudieron alterarse rápidamente con la descomposición), queda descaradamente expuesta en el escenario del crimen. Aludo al pañuelo de bolsillo, que tenía el *nombre* de la difunta. Si ello es un accidente no es un accidente debido a *una banda*. Solo nos lo podemos explicar como obra de un individuo. Veámoslo. Es un individuo el que ha cometido el asesinato. Solo, con el espectro de la difunta, permanece aterrorizado ante el cadáver que yace inmóvil. El furor de su pasión se ha extinguido, y ahora, en su corazón, comienza a nacer el natural horror del crimen realizado. Su espíritu carece de esa confianza que inspira inevitablemente la presencia de varios cómplices. El asesino está *solo* con la muerta. Tiembla, atemorizado. No obstante, es preciso ocultar el cadáver en algún sitio. Lo conduce al río; pero tras él deja las

huellas del crimen, y como le es difícil, por no decir imposible, transportarlo todo de una vez, podrá regresar para recoger lo que ha dejado. Mas en su laborioso viaje hacia el río, los temores que lo asaltaban aumentan. Rumores de vida rodean su camino. Una docena de veces oye, o cree oír, los pasos de un espía. Las mismas luces de la ciudad le aterran. Por fin, después de largas y frecuentes pausas rebosantes de infinita angustia, llega a la orilla del río y se desembaraza de su siniestro fardo, tal vez valiéndose de una barca. Pero, *ahora*, ¿qué tesoro del mundo, qué amenaza de castigo tendrían poder suficiente para obligar a este criminal solitario a que regresara por su abrumador y peligroso camino hacia el terrible bosquecillo, poblado de recuerdos lúgubres? No vuelve y deja que las consecuencias sigan su curso. Quisiera regresar, ¡y *no puede!* Su único pensamiento es el de huir rápidamente. Abandona, *para siempre*, la espesura amedrentadora y escapa como amenazado por la cólera del cielo.

»Pero ¿y si imagináramos una banda de individuos? Su número les habría inspirado audacia,

si es verdad que la audacia pudo faltar alguna vez en el corazón de un miserable empedernido, y de empedernidos miserables se supone que está compuesta la banda. Como digo, su número les habría preservado del terror irrazonado y de la turbación que, según mi hipótesis, han acometido al individuo solitario. Admitamos, si usted quiere, la posibilidad de una ligereza en uno, dos o tres de estos sujetos; el cuarto hubiera reparado su descuido. Nada habrían podido dejar tras ellos, porque su número les permitió llevárselo *todo*, en una misma vez, sin que tuvieran precisión de *regresar*.

»Fíjese ahora en el detalle de que, en la falda del cadáver descubierto, se *había desgarrado una tira, de abajo a arriba, como de un pie de ancho, desde el borde hasta la cintura, pero no arrancado, la cual daba tres vueltas alrededor del talle y se ceñía a la espalda por una especie de nudo*. Esto se hizo con el evidente propósito de procurarse un asidero para transportar el cadáver, y en este caso, ¿habría soñado nunca una *pandilla* de hombres en recurrir a tal extremo?

»Tratándose de tres o cuatro hombres, las extremidades del cuerpo de la víctima hubieran suministrado medios de conducción, no solo suficientes, sino verdaderamente cómodos. Se trata, en efecto, de la invención de un solo individuo, y esto nos conduce al siguiente hecho: *Entre el matorral y el Sena se ha descubierto que las empalizadas estaban caídas y que la tierra conservaba huellas como si se hubiera arrastrado por ella un objeto pesado.* Y una pandilla de hombres ¿se habría molestado en derribar una empalizada para arrastrar un cadáver sobre ella cuando, levantándole, pudo hacerle pasar fácilmente por encima? Una pandilla de hombres, ¿no evitaría *arrastrar* un cadáver, a menos que no quisiera dejar rastro evidente de ello?

»Al llegar aquí tenemos que volver a una observación de *Le Commercial*, en la que ya me había fijado antes. Dice este periódico: «Un pedazo de una de las faldas de la infortunada joven había sido arrancado, ceñido alrededor de su cuello y anudado por la nuca, probablemente para ahogar sus gritos, hecho realizado,

sin duda, por unos forajidos, que ni siquiera debían tener un pañuelo de bolsillo».

»Ya he indicado que el verdadero forajido *no* deja de llevar nunca pañuelo de bolsillo; pero no me propongo llamar la atención de usted acerca de este detalle. No es por la carencia de un pañuelo, ni aun para el fin supuesto por *Le Commercial*, por lo que se empleó la tira; lo prueba el pañuelo abandonado en el bosquecillo, y lo que demuestra que la intención de *impedir los gritos* no existió es que esta tira se ha empleado preferentemente en lo que habría satisfecho mucho mejor el fin supuesto. Pero el sumario, al hablar de tal tira, dice que *se encontró alrededor del cuello, adaptada de un modo muy flojo y sujeta por un nudo apretado*.

»Estos términos son hasta vagos, pero difieren materialmente de los de *Le Commercial*. La tira era de unas dieciocho pulgadas de ancho y, replegada y enrollada longitudinalmente, debía formar una especie de cuerda bastante fuerte, aunque fuese de muselina. Y mi conclusión es esta: habiendo transportado el asesino solitario

el cadáver a cierta distancia (del bosquecillo o de otro lugar cualquiera), valiéndose de la tira *anudada* alrededor de la cintura, vio que el peso, aun mediante este procedimiento, agotaba sus fuerzas. Entonces, decidió arrastrar al fardo, y ahí están las huellas que lo confirman.

»Para lograr este propósito se hacía preciso sujetar algo parecido a una cuerda a una de las extremidades, pero preferentemente alrededor del cuello, porque así la cabeza serviría para impedir que el cuerpo se arrastrase. Y entonces el asesino pensó evidentemente en servirse de la tira ceñida alrededor de la cintura, lo que hubiera hecho, sin duda, si no hubiese sido por el enrollamiento de tal tira alrededor del cuerpo, el apretado nudo que la remataba y la reflexión de que no estaba *arrancada por completo* del vestido. Le era más fácil sacar una nueva tira de la enagua, y así lo hizo, anudándola en torno al cuello y arrastrando de esta forma a su víctima hasta el borde del río. Que esta banda, cuyo mérito consistía en estar inmediatamente al alcance de la mano, pero que no respondía sino imperfectamente

a su destino, se haya empleado tal como está, demuestra que la necesidad de servirse de ella sobrevino en circunstancias en que no había medio de recuperar el pañuelo; es decir, según hemos supuesto, después de haber abandonado el bosquecillo, si era en el bosquecillo y entre el trayecto comprendido entre este y el río.

»Pero, me dirá usted, la declaración de la señora Deluc señala especialmente la presencia de una banda o pandilla de malhechores en las cercanías del bosquecillo a la hora o alrededor de la hora en que se cometió el asesinato. Concedido. Hasta me atrevería a creer que había una *docena* de bandas como las que ha descrito la señora Deluc, a la misma hora o hacia la misma hora de la tragedia. Pero la pandilla que atrajo la marcada animadversión de la señora Deluc —aunque la declaración de esta sea un poco tardía y harto sospechosa— es la única designada por esta digna y escrupulosa señora, pandilla que se comió sus pasteles y se bebió su aguardiente sin tomarse la pena de pagárselos. *Et hinc illæ iræ?*<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> «¿De ahí, aquellas iras?» (N. de esta E.).

»Mas ¿cuáles son los términos concretos de la declaración de la señora Deluc? «Una pandilla de forajidos se presentó, produjo un alboroto de mil demonios, bebió y comió sin pagar, siguió el mismo camino que el joven y la muchacha, regresaron a la posada *al oscurecer* y después volvieron a atravesar el río precipitadamente».

»Pues bien: esta *precipitación* ha podido parecer mucho *mayor* a los ojos de la señora Deluc, que pensaba, con dolor e inquietud, en su cerveza y en sus pasteles robados —cerveza y pasteles por los cuales pudo abrigar, hasta el último momento, una débil esperanza de compensación—. De otra manera, puesto que se hacía tarde, ¿por qué concedió importancia a *tanta prisa*? Nada debe sorprender el que una banda, aun compuesta de pillos, ponga empeño en *volver apresuradamente*, cuando tiene que atravesar un río en frágiles barquitos, cuando amenaza la tempestad y se acerca la noche.

»He dicho *se acerca*, porque aún no era *de noche*. Los castos ojos de la señora Deluc se fijaron en la irritante precipitación de los

malhechores *al oscurecer*. Pero, según nos han dicho, la señora Deluc y su hijo mayor oyeron *gritos de mujer en las proximidades de la fonda*, por la noche. ¿Y de qué términos se vale la señora Deluc para designar el momento del día en que oyó esos gritos? Según ella, *un poco después de la caída de la tarde*. Pero *un poco después de la caída de la tarde* es, por lo menos, *la noche*; y la palabra *oscurecer* supone aún el día. Así, no hay duda alguna de que la banda abandonó la Barrière du Roule antes de haberse oído los gritos que, por casualidad (?), percibió la señora Deluc. Y aunque, en los numerosos informes del sumario, estas dos expresiones distintas sean citadas invariablemente, como lo hago yo mismo en la conversación que tengo con usted, ningún periódico ni ningún sabueso de la policía ha advertido, hasta el presente, la enorme contradicción que implican.

»Solo tengo que añadir un argumento contra la *famosa banda*; pero argumento cuyo peso es, por lo menos para mí, absolutamente irresistible. En el caso de ofrecer una buena

recompensa y el indulto a todo delator de sus cómplices, no se puede pensar ni por un instante que un individuo cualquiera de una banda de malhechores o de una asociación de hombres de cualquier género no hubiera ya traicionado a sus cómplices desde hace mucho tiempo. A todo individuo de una banda de tal índole más le atemoriza la idea de una traición posible de lo que lo seduce la tentación de alcanzar una recompensa. Cualquiera de ellos traiciona enseguida *para que no le traicionen*. En resumen, la mejor garantía de un secreto es la de que no haya sido divulgado. Los horrores de estos tenebrosos asuntos solo son conocidos por *uno* o dos seres humanos y por Dios.

»Recopilemos ahora los hechos –pobres, es verdad, pero positivos– de nuestro largo análisis. Hemos llegado a la convicción, se trate de un fatal accidente en la fonda de la señora Deluc o de un asesinato cometido en el bosquecillo de la Barrière du Roule por un amante o, al menos, por un camarada íntimo y secreto de la difunta. Este camarada tiene el rostro

tostado; lo cual, más el nudo corredizo de la cintura y el apretado de las cintas del sombrero, delatan a un marino. Su amistad con la difunta, joven un poco ligera, es cierto, pero no abyecta, le denuncia como un hombre superior, por su empleo, a un simple marinero. Además, los comunicados urgentes, muy bien escritos, enviados a los periódicos, contribuyen notablemente a robustecer nuestra hipótesis. El hecho de una fuga anterior, revelada por *Le Mercure*, nos impulsa a fundir en un mismo individuo al marino y al oficial de marina, ya conocido por haber hecho incurrir en falta a la desgraciada.

»Y aquí, muy oportunamente, se ofrece otra consideración, que es la relativa a la prolongada ausencia del tal individuo de tez oscura. Insistamos en la tez de este hombre, sombría y tostada; una tez ligeramente tostada es la que ha podido constituir el único punto de recuerdo común a Valence y a la señora Deluc. Pero ¿por qué está ausente este hombre? ¿Lo asesinó la banda? Si fue así, ¿por qué no se encuentra más que *huellas* de la joven? El mismo escenario se supone

para los dos crímenes. Y el cadáver de él, ¿dónde está? Probablemente, los asesinos habrían hecho desaparecer a uno y otro de la misma manera. No, no puede afirmarse que el hombre vive y que lo que le impide darse a conocer es el temor de ser acusado como asesino. Ahora, ya tardíamente, es cuando podemos suponer que semejante consideración pesara fuertemente en él —ya que un testigo afirma haberle visto con Marie—; pero este temor no hubiera tenido influencia alguna en la época del crimen. El primer movimiento de un hombre inocente habría sido denunciar el atentado y ayudar al descubrimiento de los malhechores. Un interés bien entendido así lo aconsejaría. Le habían visto con la joven; atravesó el río con ella en una barca descubierta. La denuncia de los asesinos habría parecido, hasta a un idiota, como el único medio más seguro de escapar a las sospechas. No podemos suponerle, en la noche fatal del domingo, a la vez inocente y no enterado del crimen cometido. Sin embargo, solo en circunstancias imposibles podríamos comprender que, estando vivo, hubiese faltado al deber de denunciar a los asesinos.

»Y ¿de qué medios disponemos para llegar a la verdad? Ya los veremos multiplicarse, concretarse a medida que vayamos avanzando. Examinemos la vieja historia de una primera fuga; enterémonos de la vida de este oficial, así como de las circunstancias actuales que lo rodean y de los lugares en que se encontraba en la época precisa del crimen; comparemos, cuidadosamente, entre sí, los diversos comunicados remitidos al diario de la tarde que acusaban a una pandilla de malhechores. Realizado así, cotejemos el estilo y la letra de tales comunicados con el de los remitidos al periódico de la mañana en época anterior, que tan enérgicamente insistían en la culpabilidad de Mennais; y, después, volvamos a compararlos con la letra conocida del oficial.

»Intentemos obtener, mediante un interrogatorio más minucioso de la señora Deluc y sus hijos, así como de Valence, el conductor de ómnibus, algún informe más preciso en cuanto al aspecto físico y costumbres *del hombre de tez oscura*. Mediante varias preguntas,

habitualmente formuladas, podrá obtenerse, seguramente, de alguno de aquellos testigos, informes acerca de este punto concreto (o de otros); informes que los mismos testigos poseen, tal vez sin saberlo.

»Sigamos luego el rastro de la *barca* recogida por el barquero en la mañana del lunes 23 de junio, y que desapareció, *sin timón*, del embarcadero por descuido del oficial de servicio, en época anterior al descubrimiento del cadáver. Con el cuidado y la perseverancia convenientes, seguiremos infaliblemente a la barca, porque no solo el barquero que se hizo cargo de ella podía reconocerla, sino que *tenía en su poder el timón*. No es posible que nadie, sea quien sea, abandone deliberadamente y sin propósito el timón de un barco de vela. Tampoco se publicó *aviso alguno* acerca del descubrimiento del mismo; silenciosamente fue conducido a las oficinas de navegación, y silenciosamente desapareció.

»Pero ¿cómo se explica que el dueño o el arrendatario del barco pudiera, sin *anuncio*

*público*, en fecha tan próxima como el martes por la mañana, enterarse de que el barco fue hallado el lunes, a no ser que le supongamos en algún modo relacionado con la *marina*, relaciones personales y permanentes que implican el conocimiento de los intereses más nimios y de las menores noticias locales?

»Al hablar del asesino solitario que arrastraba a su víctima hacia la orilla, he insinuado que debió procurarse *una embarcación*. Ahora comprendemos que Marie fue arrojada desde un barco. La cosa, lógicamente, ocurrió así. El cadáver no debió ser confiado a las aguas bajas de la orilla. Las señales particulares, descubiertas en la espalda y los hombros de la víctima, denuncian las traviesas del fondo de un barco. El que se haya encontrado el cadáver sin un peso no hace más que corroborar nuestra idea; porque si le hubiesen arrojado desde la orilla se lo habrían atado. Solamente podremos explicarnos su falta suponiendo que el asesino no tomara la precaución de procurárselo antes de arrastrar el cuerpo de la víctima; y cuando

llegó el momento de confiarle al río, debió, incontestablemente, advertir su distracción; pero ya no tenía a su alcance con qué remediarla, prefiriendo arriesgarlo todo antes que regresar a la maldita ribera.

»Una vez libre de su fúnebre carga, el asesino debió volver precipitadamente hacia la población. Entonces saltó a tierra, en algún muelle desierto; pero ¿podría dejar el barco en un sitio seguro? Estaba más apremiado de la cuenta para pensar en semejante tontería. Aun amarrándole a un muelle, hubiera creído que dejaba allí prueba comprometedora contra sí mismo. Su resolución más natural debió ser la de apartar lejos de sí, lo más lejos posible, todo lo que guardase cualquier relación con su delito. Y no solamente debió huir lejos del muelle, sino que procuró que el barco no permaneciera en él, lanzándolo, de seguro, a la deriva.

»Continuemos nuestra idea. A la mañana siguiente, el miserable experimentó un horror indescriptible al ver que su barco, recogido y retenido, se hallaba en un lugar a donde su

deber, acaso, le llama frecuentemente. Por la noche, *sin atreverse a pedir el timón*, lo hizo desaparecer. Ahora, ¿dónde está ese barco sin timón? Vamos a descubrirlo, y que sea ello una de nuestras primeras investigaciones. Con el primer esclarecimiento que podamos obtener, se iniciará la aurora de nuestro triunfo. Este barco nos conducirá, con rapidez de la que nosotros mismos habremos de asombrarnos, hacia el hombre que lo empleó en la noche del fatal domingo. La confirmación se aumentará con la confirmación y seguiremos la pista del asesino.

[Por razones que no especificamos, pero que saltan a la vista de nuestros numerosos lectores, nos hemos permitido suprimir aquí, del manuscrito que se nos ha enviado, la parte en que se detalla la investigación hecha a consecuencia del indicio, en apariencia tan ligero, descubierto por Dupin. Únicamente creemos oportuno manifestar que se consiguió el resultado apetecido y que el prefecto cumplió, aunque no sin repugnancia, los términos de su

contrato con el caballero. El relato de Edgar Allan Poe concluye así]<sup>41</sup>:

Se comprenderá que hablo de simples coincidencias y nada más. Lo que he dicho acerca de este asunto debe bastar. No hay en mi corazón fe alguna en lo sobrenatural. Que la Naturaleza y Dios forman dos, ningún hombre, capaz de pensar, puede negarlo. Que este último, habiendo creado la primera, pueda, *a su voluntad*, gobernarla o modificarla, también es incontestable. Yo digo a su voluntad, porque es una cuestión de voluntad y no de poderío, como han supuesto lógicos absurdos. No es que la Divinidad no pueda modificar sus leyes, pero la insultamos imaginando una necesidad posible de modificación. Estas leyes han sido creadas, desde el origen, para abarcar *todas* las contingencias que *puedan* contenerse en lo futuro. Porque para Dios todo es *presente*.

Repito, pues, que hablo simplemente de estas cosas como de coincidencias. Unas

---

<sup>41</sup> Nota de los editores del *magazine* en que primitivamente fue publicado «El misterio de Marie Rogêt» (N. del A.).

pocas palabras aún. En la presente narración se encontrará motivo para establecer un paralelo entre el sino de la desgraciada Mary Cecilia Rogers, al menos en cuanto ha podido conocerse, y el de una llamada Marie Rogêt, hasta determinada época de su historia –paralelo cuya minuciosa y sorprendente exactitud se hace para confundir la razón–. En efecto, sorprenderá todo esto. Pero que no se suponga un solo instante que, al continuar la triste historia de Marie desde el punto en cuestión y prosiguiendo, hasta su *desenlace*, el misterio que la envolvía, he tenido el secreto interés de sugerir una extensión del paralelo o aun de insinuar que las medidas adoptadas en París para descubrir al asesino de una *grisette*, o las fundadas en un método de razonamiento análogo, produjeran un resultado parecido.

Porque, en cuanto a la última parte de la suposición, debe considerarse que la menor variación en los elementos de los dos problemas podría engendrar los más graves errores de cálculo, haciendo divergir absolutamente las

dos corrientes de acontecimientos; casi del mismo modo que en aritmética un error que, juzgado aisladamente, puede ser inapreciable, produce a la larga, por la fuerza acumuladora de la multiplicación, un resultado espantosamente distante de la verdad.

Y, en cuanto a la primera parte, no debemos olvidar que este mismo cálculo de probabilidades que he invocado prohíbe toda idea de extensión del paralelo, con rigor tanto más imperioso, cuanto que este paralelo ha sido ya más extendido y exacto. Aquella es una proposición anormal que, aunque parezca resurgir del dominio del pensamiento general, del pensamiento extraño a las matemáticas, solo ha sido hasta hoy comprendido por los matemáticos. Nada, por ejemplo, es más difícil que convencer al lector profano de que si un jugador de dados ha vuelto el seis dos veces, una tras otra, este hecho constituye una razón suficiente para apostar en grande que, a la tercera vez, no se sacará el seis.

Generalmente una opinión de esta índole suele ser rechazada, desde luego, por la

inteligencia. No se comprende cómo dos golpes ya jugados, hundidos ya en el pasado, pueden ejercer influencia en el golpe que solo existe en el futuro. La probabilidad para obtener el seis parece ser precisamente la que era en cualquier momento; es decir, sometida únicamente a la influencia de los diversos golpes que pueden volcar los dados. Tan perfectamente evidente parece tal reflexión, que todo esfuerzo para contrarrestarla se acoge más a menudo con una burlona sonrisa que con una condescendencia cortés. El error en cuestión, craso error, fuente, en ocasiones, de perjuicios, no puede ser criticado dentro de los límites de que dispongo aquí, y los filósofos no lo necesitan. Basta decir que ese error forma parte de una serie infinita de sorpresas con las que la razón tropieza a lo largo de su camino, por su funesta propensión a buscar la verdad en el detalle.

## La carta robada

*Nihil sapientæ odiosius acumine nimio.*<sup>42</sup>

Séneca

**E**staba en París el año 18... Después de una sombría y tempestuosa tarde de otoño gozaba de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar en compañía de mi amigo Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudio en la calle de Dunot, número 33, tercer

---

<sup>42</sup> «Lo que más odia la sabiduría es el exceso de inteligencia». En estudios recientes se ha demostrado que esta frase no pertenece a Séneca, sino al propio Poe (N. de esta E.).

piso, en el barrio de Saint-Germain. Durante una hora habíamos permanecido en silencio. Cualquier observador que nos hubiese visto nos hubiese creído ocupados exclusivamente en contemplar las rizadas espirales de humo que flotaban en el aire de nuestra habitación. En lo que a mí respecta, pensaba y discutía en mi interior ciertos temas que habían sido objeto de nuestra conversación hacía un momento; me refiero al suceso de la calle Morgue y al misterio relacionado con el asesinato de Marie Rogêt. Pensaba, como he dicho, en la analogía de estos dos sucesos, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió, dando paso a nuestro amigo el señor G..., prefecto de policía de París.

Le saludamos cordialmente porque aquel hombre tenía su lado divertido, así como su lado despreciable, y no le habíamos visto hacía ya algunos años. Como estábamos a oscuras, Dupin se levantó para encender una lámpara, pero al oír a G... decir que había venido para consultarnos, o mejor dicho, para solicitar la

opinión de mi amigo respecto a un asunto que le había causado muchas molestias, se volvió a sentar sin realizar su propósito.

—Si es un caso que necesita reflexión —observó Dupin—, lo examinaremos mejor a oscuras.

—Otra de sus ideas extrañas —dijo el prefecto, que tenía la manía de llamar *extrañas* todas las ideas situadas más allá del límite de su comprensión y que vivía de este modo en medio de una inmensa legión de *rarezas*.

—Es verdad —dijo Dupin, alargando una pipa a nuestro visitante y acercándole una excelente butaca.

—Y ahora, pregunto yo, ¿cuál es su caso? Supongo que no será un nuevo asesinato...

—¡Oh, no! Nada de eso. La verdad es que el asunto es muy sencillo y creo que podríamos salir de él sin ayuda de nadie; pero he pensado que al amigo Dupin no le vendrá mal conocer algunos detalles de este asunto, porque es excesivamente *extraño*.

—¿Sencillo y extraño? —dijo Dupin.

—Pues sí, a pesar de que la expresión no es del todo exacta; pero, si así lo quiere, lo uno y lo otro. El caso es que en la prefectura estamos todos ocupados con este asunto, y por sencillo que sea nos encontramos despistados.

—Quizás la misma sencillez del caso le induce a equivocarse —dijo mi amigo.

—¡Qué insensatez! —contestó el prefecto, riendo con toda su alma.

—Quizás el misterio es un poco *demasiado* sencillo.

—¡Dios de Dios! ¿Quién ha oído idea semejante?

—Un poco *demasiado* evidente.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Me va a hacer reventar de risa, Dupin —decía nuestro hombre riendo a carcajadas.

—En fin —pregunté yo—, ¿cuál es el asunto en cuestión?

—Yo se lo diré —replicó el prefecto lanzando una larga y espesa bocanada de humo y acomodándose en la butaca—. Se lo diré en pocas

palabras. Pero, antes de empezar, debo advertirles que el asunto exige el mayor secreto y que si se supiese que yo lo había confiado a alguien podría costarme mi actual posición.

–Hable –le dije.

–O no hable –dijo Dupin.

–Bueno, comienzo. He sido informado personalmente por fuentes de las altas esferas de que cierto documento de la mayor importancia había sido sustraído en las habitaciones reales. Se sabe quién lo ha robado; esto está fuera de duda, le han visto apoderarse de él; se sabe asimismo que este documento está aún en su poder.

–¿Cómo se sabe esto? –preguntó Dupin.

–Se deduce claramente de la naturaleza del documento y de la no aparición de ciertos resultados que surgirían inmediatamente si pasase a otras *manos*; en otros términos, si hubiese sido empleado de acuerdo con el objetivo que evidentemente debe proponerse su poseedor.

–Haga el favor de explicarse mejor –dije yo.

–Pues bien; me atreveré a decirles que ese papel concede a su propietario un poder en cierto lugar donde tal predominio es muy valioso.

El prefecto adoraba la *jerga* diplomática.

–Sigo sin comprender nada –dijo Dupin.

–¿Nada? ¡Bah! Este documento, revelado a un tercer personaje, cuyo nombre callaré, comprometería el honor de una persona del más alto rango, y en esto se funda el poder que dicho documento proporciona a su poseedor sobre la ilustre persona cuyo honor y seguridad están de este modo en peligro.

–Pero este poder –interrumpí– dependerá de lo siguiente: ¿el ladrón sabe que la persona robada conoce al ladrón? ¿Quién se atrevería...?

–El ladrón es el ministro D..., que se atreve a todo –dijo el prefecto–, digno o indigno de él. El modo de sacar el documento ha sido tan ingenioso como atrevido. En fin, con franqueza,

dicho documento es una carta y esa carta ha sido recibida por la persona robada estando sola en el *boudoir* real. Mientras la leía, fue de pronto interrumpida por la entrada del otro ilustre personaje, a quien muy especialmente deseaba ocultársela. Después de haber tratado en vano de arrojarla dentro de un cajón, se vio obligada a dejarla completamente abierta sobre una mesa. Colocada la carta al revés, es decir, con la firma hacia arriba, ocultaba su contenido y no llamaba la atención. En este momento llega el ministro D... Su vista de lince percibe inmediatamente el papel, reconoce la letra de la firma, nota la confusión de la persona a quien estaba dirigida y adivina su secreto. Después de haber tratado algunos asuntos despachados rápidamente, según su costumbre, sacó del bolsillo una carta casi igual a la esquila en cuestión, la abrió y, simulando leerla, la colocó precisamente al lado de la otra. Luego estuvo hablando durante un cuarto de hora de los asuntos públicos y al retirarse cogió tranquilamente la otra carta, dejando la suya, una carta sin importancia.

La persona robada lo vio, naturalmente, pero no quiso llamar la atención sobre el asunto al otro personaje que se encontraba entonces a su lado.

—En efecto —dijo Dupin volviéndose un poco hacia mí—, ahí está lo que se necesitaba para que el poder fuera completo: el ladrón sabe que la persona robada conoce su robo.

—Sí —replicó el prefecto—, y desde hace algunos meses ha abusado en exceso, en lo referente a política, del poder conquistado por este engaño, llegando a veces a un extremo peligroso. La persona robada está más convencida cada día de la necesidad de recuperar su carta. Naturalmente, esto no puede hacerse de manera directa; en fin, desesperada, dicha persona me ha encargado esta tarea.

—No era posible —dijo Dupin entre una nube de humo— hallar otro agente más sagaz.

—Me adula —replicó el agente—; no obstante, es posible que se hayan formado de mí tal opinión.

—Es claro, como ha notado perfectamente —dije yo—, que la carta está todavía en poder del ministro, puesto que el hecho de poseerla,

y no el de usar de ella, es el que le ofrece el poder. Una vez hecho uso de ella, dicho poder desaparecería.

—Así es, en efecto —dijo G...—, y con arreglo a esa convicción he obrado. Mi primer cuidado ha sido efectuar un minucioso registro en casa del ministro; el mayor obstáculo era tener que esperar su salida, porque no quería despertar de ningún modo sospecha alguna.

—Sin embargo —dije yo—, eso es lo más elemental de su oficio. La policía parisiense debe tener la práctica de esas cosas, por la frecuencia con que las realiza.

—¡Ah! Sin duda en esto fundaba mis esperanzas, a pesar de que las costumbres del ministro nos eran muy favorables. Con frecuencia se ausenta de su casa por las noches; sus criados no son muy numerosos y se acuestan a cierta distancia de las habitaciones de su amo; además, como son napolitanos, se dejan emborrachar con gran facilidad. Como saben, yo tengo llaves con las cuales puedo abrir las puertas de todas las habitaciones de París.

Edgar Allan Poe

Durante tres meses no he pasado una sola noche sin registrar en persona, en todo o en parte, la mansión de D... Mi honor está en juego, esto se lo digo en secreto, la recompensa ofrecida es enorme. No puedo en absoluto abandonar mis investigaciones hasta no estar plenamente convencido de que el ladrón es más astuto que yo. Creo que he registrado todos los rincones y escondrijos de la casa donde pueda ocultarse un papel.

—Pero ¿no será posible —insinué yo— que, si la carta está en poder del ministro (e indudablemente debe estarlo), la haya ocultado en otro sitio fuera de su propia casa?

—No lo creo posible —dijo Dupin—. La situación particular actual de los asuntos de la corte, especialmente la naturaleza de la intriga adivinada por D..., exigen que el documento esté a mano y que pueda ser exhibido en cualquier momento, una necesidad de importancia casi igual a su posesión.

—¿Qué el documento pueda ser exhibido?  
—dije yo.

—O la de *destruirlo*, si le satisface más —contestó Dupin.

—Es cierto —dije—. El papel está, pues, evidentemente en la mansión. En cuanto a la probabilidad de que el ministro lo lleve consigo, habrá que descartarla.

—En absoluto —dijo el prefecto—. Ya le he hecho detener dos veces por falsos rateros y a vista mía lo han registrado rigurosamente.

—Se hubiera podido ahorrar ese trabajo —dijo Dupin—. D... no está loco, como presumo, y desde un principio ha debido prever estas emboscadas como cosa natural.

—¡Loco! En *absoluto*, no, en verdad —dijo G...—, aunque es algo poeta, lo que en mi opinión viene a ser más o menos lo mismo.

—Entonces —dijo Dupin distraídamente lanzando una bocanada de humo de su pipa de espuma—, yo también me declaro culpable del mismo delito. En mis tiempos me dedicaba a veces a garrapatear papel.

—Veamos —dije—, cuéntenos los detalles precisos de sus investigaciones.

—La cuestión es que hemos empleado todo el tiempo necesario y lo hemos registrado *todo*. Yo tengo gran experiencia en esta clase de asuntos. Hemos revuelto la casa entera, habitación por habitación. A cada una de ellas hemos consagrado una noche por semana. Primero hemos reconocido los muebles, abierto los cajones, y supongo que saben que para un agente de policía práctico un cajón *secreto* es cosa que no existe. Todo aquel que en una de estas pesquisas se deja engañar por un cajón secreto es un bruto. ¡Es tan *sencillo* el trabajo! Hay en cada pieza determinada superficie y volumen que no pueden engañar; para ellos tenemos reglas exactas, no se nos puede escapar la quincuagésima parte de una línea. Después de las habitaciones, hemos reconocido las sillerías; los asientos y cojines han sido sondeados con esas largas y finas agujas que me han visto emplear; después hemos quitado los tableros de las mesas.

—¿Para qué?

—Porque a veces el tablero de una mesa o de otro mueble parecido ha sido quitado por

alguien que haya tratado de ocultar cualquier cosa, se ahueca o perfora la pata de la mesa, se deposita el objeto en la cavidad y se la vuelve a tapar. Lo mismo se hace con las patas de una cama u otro mueble análogo.

—Pero ¿no podría adivinarse la cavidad por el *sonido*? —pregunté yo.

—De ningún modo, si al introducir el objeto se ha tenido cuidado de rodearlo con una capa suficiente de algodón. Por otra parte, en el caso que nos ocupa, no podíamos hacer ruido.

—Pero supongo que no habrán podido desmontar todos los muebles susceptibles de ocultar un objeto, del modo que decía. Una carta puede ser enrollada en un espacio pequeñísimo, en el que ocuparía una aguja colchonera, por ejemplo. ¿Han desmontado todas las sillas?

—No, ciertamente, pero hemos hecho algo mejor: con la ayuda de un potente microscopio hemos examinado los palos de todas las sillas de la casa y todas las juntas de todos los muebles. Si hubiera habido la menor huella de

un desorden reciente, lo habríamos infaliblemente descubierto al instante. Un solo grano de polvo causado por el taladro, supongamos, parecería una manzana. La menor alteración en la cola, una simple grieta hubiera bastado para descubrirnos el escondrijo.

—Supongo que han examinado los espejos, entre la luna y el tablero, y que han registrado las camas, así como las cortinas y alfombras.

—Naturalmente; pues bien, después de haber pasado revista a todos los accesorios de esta clase, hemos registrado la casa misma. Hemos dividido la superficie total, numerando cada parte, para estar seguros de no omitir ninguna; en cada pulgada cuadrada hemos realizado el mismo examen al microscopio y en este reconocimiento hemos incluido las dos casas adyacentes.

—¡Las dos casas adyacentes! —exclamé—. ¡Buen trabajo!

—¡Ya lo creo! Pero la recompensa es buena también.

—¿Registraron también el suelo de la casa?

—Como los suelos son generalmente de ladrillo, relativamente no nos proporciona gran trabajo el reconocerlo; hemos examinado las juntas y estaban intactas.

—¿Y los papeles? ¿Y en los libros de la biblioteca de D...?

—También; hemos registrado cada paquete, y no solamente hemos abierto libros, sino que los hemos recorrido hoja por hoja, no contentándonos con sacudirlos sencillamente como hacen algunos inspectores de policía. Hemos medido también el espesor de cada encuadernación y le hemos aplicado el implacable microscopio. Si se hubiese introducido algo, recientemente, entre las tapas, hubiera sido absolutamente imposible que el hecho escapase a nuestra inspección. Cinco o seis volúmenes que acababan de salir de manos del encuadernador han sido cuidadosamente sondeados longitudinalmente con las agujas.

—¿Han registrado el entarimado, bajo las alfombras?

—Claro está. Las hemos quitado una por una, examinando los tableros con el microscopio.

—¿Y el papel de las paredes?

—También.

—¿Y de los sótanos?

—También.

—De modo —dije yo— que han seguido una pista falsa y la carta *no está* en la casa, como habían supuesto.

—Me parece que tiene razón —dijo el prefecto—. Y usted, Dupin, ¿qué me aconseja?

—Que revise nuevamente la casa.

—Es inútil en absoluto —replicó G...—. Estoy seguro de que la carta no está en la mansión.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. ¿Supongo que tendrá las señas exactas de la carta?

—¡Ah! Sí.

Y el prefecto, sacando su agenda, empezó a leer en alta voz una descripción minuciosa del documento perdido, de su aspecto interior y especialmente del exterior.

Un momento después de esto se despidió de nosotros, más desanimado y abatido de lo que había llegado.

Un mes después, poco más o menos, nos hizo una segunda visita y nos encontró ocupados del mismo modo que la vez anterior. Tomó una pipa, y sentándose, empezó a charlar de cosas indiferentes. Al cabo de un buen rato le dije:

—¡A propósito! ¿Y la carta robada? Supongo que se habrá convencido de que no es sencillo hundir un ministerio...

—¡Que se vaya al demonio! No obstante, volví a empezar mis pesquisas como Dupin me lo había aconsejado; pero, como suponía, ha sido trabajo perdido.

—¿A cuánto asciende la recompensa ofrecida? —preguntó Dupin—. No nos lo ha dicho...

—Pues... muy grande... muy grande... verdaderamente magnífica; no quiero decirles la suma precisa, pero que les baste saber que yo adelantaría de mi bolsillo cincuenta mil francos al que encontrara la carta. El caso es que el asunto urge más cada día y la recompensa ha sido doblada recientemente. Pero, en realidad, aunque la triplicaran no podría cumplir mi deber mejor.

—No obstante... sí... —dijo Dupin, deteniéndose entre bocanada y bocanada de su pipa—, yo creo... firmemente que usted, G..., no ha hecho... cuanto era posible... que no ha ido al fondo de la cuestión. Podría hacer... un poco más. Es decir, así me lo figuro. ¿Verdad?

—Pues ¿cómo? ¿En qué sentido?

—Pues... —una bocanada de humo— podría... —otra y otra— tomar consejo de alguien. ¿Se acuerda de la historia de Abernethy<sup>43</sup>?

—No: ¡váyase al diablo el tal Abernethy!

—Como quiera; ¡al diablo si eso lo divierte! Pues bien; una vez, cierto rico avaro concibió el proyecto de obtener una consulta gratis de Abernethy. Con este objeto una noche, en cierta reunión, entabló una conversación sin importancia, y durante el curso de ella insinuó al médico su propio caso atribuyéndolo a un individuo imaginario. «Supongamos —dijo el avaro— que los síntomas son tales y cuales;

---

<sup>43</sup> John Abernethy (1763-1831). Prestigioso médico inglés, famoso en su época por sus excentricidades (N. de esta E.).

ahora bien, doctor, ¿qué le aconsejaría tomar?». «¿Tomar? –contestó Abernethy–. Tomar consejo de un médico».

–Bueno –dijo el prefecto un poco desconcertado–. Yo estoy dispuesto a tomar consejo y... a pagarlo. Doy, *efectivamente*, cincuenta mil francos al que me saque del apuro.

–En ese caso –replicó Dupin abriendo un cajón y sacando un talonario–, hágame un bono por esa suma. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. En cuanto al prefecto, parecía totalmente fulminado. Permaneció inmóvil y mudo durante algunos minutos y mirando a mi amigo con la boca abierta y con ojos incrédulos; por fin pareció volver en sí, y, cogiendo una pluma después de un momento de vacilación y con la mirada extraviada, llenó y firmó el cheque, alargándolo luego por encima de la mesa a Dupin. Este lo examinó detenidamente, lo guardó en su bolsillo, y, abriendo después un pupitre, sacó una carta, que entregó al prefecto. Nuestro hombre la agarró ansiosamente, la

abrió con mano temblorosa, dirigió una ojeada a su contenido y se lanzó precipitadamente hacia la puerta, escapó sin más ceremonias de la casa, sin haber pronunciado una palabra desde el momento que Dupin le había pedido el bono.

Cuando hubo salido, mi amigo entró en el terreno de las explicaciones.

—La policía parisina —me dijo— es excesivamente hábil en su oficio. Sus agentes son perseverantes, ingeniosos, astutos, y poseen a fondo todos los conocimientos que requieren sus especiales funciones. Así, cuando G... nos detallaba sus pesquisas en la mansión D..., yo estaba seguro de su talento y de que en el círculo de su especialidad había hecho una investigación completa.

—¿En el círculo de su especialidad? —dije yo.

—Sí—contestó Dupin—. Las medidas adoptadas, a pesar de no ser las mejores en su especie, fueron llevadas a cabo con absoluta perfección. Si la carta hubiera estado oculta dentro del radio de su investigación, la habría encontrado; no lo dudo ni un momento.

Me contenté con sonreír, pero Dupin parecía decir esto muy en serio.

—Así, pues —continuó—, las medidas tomadas eran buenas en su especie y admirablemente ejecutadas; solo que tenían el defecto de no ser aplicables al caso y al individuo en cuestión. Hay todo un sistema de medios, singularmente ingeniosos, que son para nuestro prefecto una especie de lecho de Procusto<sup>44</sup>, sobre el cual adapta y agarrota todos sus planes. Pero se equivoca continuamente por demasiada profundidad o por exceso de superficialidad en casos como este, en que un niño de la escuela razonaría mejor que él.

»He conocido un chiquillo de ocho años cuya infalibilidad en el juego de “par e impar” causaba la admiración general. Este juego es sencillísimo y se juega con bolitas. Uno de los contendores oculta en la mano cierta cantidad de bolitas y

---

<sup>44</sup> Procusto, posadero del Ática, invitaba a los viajeros a acostarse en una cama de hierro donde, mientras dormían, los amordazaba y ataba a las cuatro esquinas del lecho. Si el cuerpo del viajero era más largo que la cama, serraba las partes que sobresalían. Si era de menor longitud que el lecho, le descoyuntaba las piernas para estirárselas (N. de esta E.).

pregunta al otro: “¿Par o impar?”. Si el contrario adivina, gana una bolita; si se equivoca, pierde una. El muchacho de quien hablo ganaba siempre. Evidentemente, hacía uso de un método de adivinación fundado en la simple observación y en el cálculo de la agudeza de sus adversarios. Supongamos que su adversario sea un tonto y, levantando su mano cerrada, le pregunte: “¿Par o impar?”. Nuestro estudiante responderá: “Impar”, y habrá perdido, por ejemplo. Pero la segunda vez se hará esta reflexión: “El tonto tenía pares la primera vez y toda su astucia no alcanza a otra cosa que poner impares a la segunda; diré, pues, *impares*, y ganaré”.

»Ahora bien: con un adversario un poco más listo, hubiera razonado de este otro modo: “Este se ha fijado en que la primera vez he dicho *impar*, y la primera idea que pasará por su imaginación será proponerse una sencilla variación de par a impar, como ha hecho el otro majadero, pero una segunda reflexión le hará ver que este razonamiento es demasiado sencillo y, finalmente, se decidirá a poner

pares como la primera vez. Yo diré, pues, *pares*". En efecto, dice *pares*, y gana. Pues bien: esta manera de razonar de nuestro estudiante, que sus camaradas llaman *suerte*, ¿qué es en análisis?

—Sencillamente —dije yo—, una identificación del intelecto de nuestro razonador con el de su adversario.

—Eso mismo —dijo Dupin—. Cuando yo preguntaba a este muchacho por qué medio efectuaba esta perfecta identificación, base de todos sus éxitos, me dio la siguiente respuesta: "Cuando quiero saber hasta qué punto un individuo es prudente o estúpido, bueno o malo, o cuáles son sus pensamientos en un momento dado, procuro imitar su cara en lo posible y espero entonces el resultado de mi ensayo para saber qué pensamientos o qué sentimientos nacen en mi cerebro o en mi corazón como consecuencia de un cambio de fisonomía que debe estar en inmediata relación y semejanza con ellos". Esta respuesta del muchacho rebasa con mucho la profundidad

sofística atribuida a La Rochefoucauld, a La Bruyère, a Maquiavelo y a Campanella.

—Y la identificación del intelecto del razonador con el de su adversario depende, si no lo he comprendido mal, de la exactitud con que es apreciado el intelecto de este último.

—Para el valor práctico, esa es, en efecto, la condición —replicó Dupin—; y si el prefecto y todos los suyos se han engañado con tanta facilidad es, primero, por falta de dicha identificación y, además, por una apreciación inexacta, o mejor dicho, por la no apreciación de la inteligencia con la que se miden. No veían, por decirlo así, más que sus *propias* ideas, más o menos ingeniosas, y cuando esta gente busca un objeto escondido, no piensan más que en los medios de que *ellos* se hubieran valido para esconderlo. Tienen mucha razón para ello cuando se trata de la multitud, y generalmente aciertan, porque entonces su propio ingenio es representación idéntica del de esa *multitud*; pero cuando tropiezan con un delincuente *especial*, cuya agudeza es de

distinta especie que la suya, este delincuente les *engaña*, digámoslo así. Esto sucede siempre que la astucia de este último supera a la suya, y sucede con frecuencia también aun cuando está por debajo. Jamás varían su sistema de investigación; por el contrario, exageran y extreman sus viejas rutinas en algún caso excepcional cuando son estimulados por una recompensa extraordinaria; pero aun así, no cambian nunca sus procedimientos.

»¿Qué se ha hecho en el caso de D..., por ejemplo, para cambiar el sistema de llevar a cabo su cometido? ¿Qué significan todas esas perforaciones, esos sondeos, esos registros, ese examen por el microscopio y esa división de superficies en pulgadas cuadradas numeradas? ¿Qué significa todo eso, sino la exageración, en el modo de aplicarse, de uno o varios principios de investigación basados en un orden de ideas relativo al ingenio humano y al cual se ha acostumbrado el prefecto en su larga práctica de sus rutinarias funciones? ¿No ha visto que él considera como cosa demostrada que *todo*

el que quiere ocultar una carta utiliza, si no precisamente un agujero hecho a taladro en la pata de una silla, al menos cualquier escondrijo singular por el estilo, de acuerdo con su inventiva? Fíjese también en que esos escondrijos tan *originales* no son empleados más que en ocasiones ordinarias y por inteligencias ordinarias. Ahora bien: en todos los casos de ocultación de objetos, esta manera de verificarlo es en principio presumible y presumida; así, pues, su descubrimiento no depende en ningún modo de la perspicacia, sino sencillamente del cuidado, de la paciencia y de la resolución de los investigadores. Pero cuando el caso es importante, o lo que es lo mismo, cuando la recompensa es grande, todas estas cualidades inapreciables fracasan infaliblemente.

»Ahora comprenderá por qué decía y afirmaba yo que si la carta robada estaba oculta dentro del radio de acción de la requisitoria de nuestro amigo G..., o en otros términos, si el principio inspirador del escondrijo estaba incluido en los principios del prefecto, la

hubiese encontrado infaliblemente. Además, G... se ha desorientado completamente; la causa primera, original de su fracaso, se funda en la suposición de que el ministro es un loco, deducida de su reputación de poeta. Todos los locos son poetas (este es su modo de razonar), y esta es una falsa inversión del término medio, inversión que le hace deducir falsamente que todos los poetas son locos.

—Pero ¿es él el poeta? —pregunté—; yo sé que son dos hermanos y que ambos han logrado reputación en la república de las letras. Creo que el ministro ha escrito un libro notabilísimo sobre cálculo diferencial e integral. Él es el matemático y no el poeta.

—Usted se engaña, lo conozco muy bien: es poeta y matemático. Como poeta y matemático ha debido razonar con precisión; como simple matemático no habría razonado del todo bien y habría quedado a merced del prefecto.

—Me admira semejante opinión —dije yo—, opinión contraria a la del mundo entero. Supongo que no tratará de ir contra la idea fundamental

de que la razón matemática es desde hace siglos considerada como la razón por *excelencia*.

–*Se puede afirmar* –contestó Dupin citando a Chamfort<sup>45</sup>– *que toda idea pública, todo convenio recibido, es una necedad por el mero hecho de haber convenido a la mayoría.* Le concedo que los matemáticos han hecho lo posible por difundir el error popular que usted ha citado, error que a pesar de haber sido propuesto como verdad no por eso deja de ser mayor. Por ejemplo: también nos han acostumbrado, con un arte digno de mejor causa, a aplicar el término *análisis* a las operaciones algebraicas. Los franceses son los primeros culpables de esta sofisticación científica, pero si se reconoce que las palabras de un idioma tienen una importancia real y efectiva, si estas palabras adquieren su valor con relación a su aplicación, entonces yo concedo que *análisis* signifique *álgebra*, casi casi como en latín *ambitus* significa *ambición, religio, religión, y*

---

<sup>45</sup> Nicolas Chamfort (1741-1794). Moralista y escritor francés. Entre sus obras destaca *Pensées, maximes et anecdotes* (N. de esta E.).

*homines honesti* la clase social formada por las *gentes honorables*.

—Creo —dije yo— que va a tener una discusión con una porción de matemáticos franceses, pero continúe.

—Hago constar la validez, y en su consecuencia los resultados de una razón cultivada por procedimientos especiales distintos de los que emplea la lógica abstracta. Demuestro particularmente el razonamiento deducido del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de las formas y de la cantidad. El gran error es suponer que las verdades que se llaman *puramente* algebraicas son verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme, que me admira la unanimidad con que es acogido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de una verdad general. Lo que es cierto con relación a la forma o la cantidad es con frecuencia un grosero error con respecto a la moral, por ejemplo. En esta última ciencia es generalmente falso que la suma de las partes sea igual al todo. Del mismo modo en química cada

axioma no es cierto. También en la apreciación de una fuerza motriz no es aplicable este principio, puesto que dos motores de una potencia dada no dan necesariamente al asociarse una potencia igual a la suma de las dos tomadas separadamente. Hay una porción de verdades matemáticas que no son verdades sino en los límites de *relación*. Pero el matemático argumenta de acuerdo con sus *verdades demostradas*, como si fueran de una aplicación general y absoluta, valor que por otra parte todo el mundo les atribuye. Bryant<sup>46</sup>, en su notabilísima *Mitología*, menciona una fuente similar de error, cuando dice que aunque nadie cree en las fábulas del paganismo, de tal modo lo olvidamos que sin cesar hacemos deducciones de ellas, como si se tratase de realidades vivientes. Entre nuestros matemáticos, paganos algunos de ellos, se da crédito a ciertas fábulas paganas y hasta se sacan consecuencias de ellas, no tanto por la

---

<sup>46</sup> Jacob Bryant (1715-1804). Erudito y mitólogo británico. En su obra *Disertación sobre las guerras de Troya* (1795), se esforzó por probar que tanto la existencia de esta ciudad como la expedición griega que partió hacia ella eran puramente mitológicas y no tenían sustento histórico (N. de esta E.).

ausencia de memoria cuanto por un incomprendible desequilibrio cerebral. En resumen: no he encontrado un solo matemático puro en quien pueda tenerse confianza fuera de sus raíces y ecuaciones; no he conocido uno solo que no tenga por artículo de fe que  $x^2 + px$  es absoluta e incondicionalmente igual a  $q$ . Dígame a uno de esos señores, por vía de ensayo, si quiere divertirse, que usted cree en la posibilidad del caso en que  $x^2 + px$  no es igual a  $q$ , y cuando usted le haya hecho comprender lo que quiere decir, póngase fuera de su alcance lo más pronto posible, porque sin duda alguna tratará de aniquilarlo.

»Quiero decir –continuó Dupin, mientras yo me reía de sus últimas observaciones– que si el ministro no hubiera sido más que un matemático, el prefecto no hubiera tenido necesidad de firmarme este cheque. Yo le conozco como matemático y poeta y había tomado mis medidas en razón de su capacidad y teniendo en cuenta las circunstancias en que se encontraba. Sabía que era hombre de corazón e

intrigante decidido, y pensé que semejante hombre debía estar al corriente de todas las prácticas policíacas. Evidentemente debió haber previsto (y los sucesos posteriores lo han demostrado) las emboscadas que le han sido preparadas. También es seguro que había previsto igualmente las pesquisas secretas en su casa. Esas ausencias nocturnas, frecuentes, que nuestro buen amigo había tomado como positivos auxiliares de su éxito, me parecen sencillamente una astucia para facilitar las libres requisiciones de la policía y persuadirles más fácilmente de que la carta no estaba en su casa. Así, pues, yo estaba convencido de que toda la serie de ideas relativas a los invariables principios de la acción policíaca en caso de una investigación (ideas que no sin gran trabajo le he explicado hace un momento), estaba convencido, repito, de que toda esa serie de ideas debía necesariamente desarrollarse en la imaginación del ministro. Esto debió conducirle a despreciar todos los escondrijos vulgares. Tal hombre no podía dejar de comprender que el rincón más oculto y más complicado de su

casa sería tan poco secreto como cualquier gabinete o armario para sustraerse a los ojos, a las sondas, a los taladros y a los microscopios del prefecto. Finalmente, yo deduje que el ministro debía haber decidido por la sencillez en el procedimiento. Acuérdesese de las carcajadas con que el prefecto acogió la idea que expuse en mi primera entrevista de que si el misterio le parecía tan difícil de desentrañar era, quizás, en razón a su absoluta sencillez.

—Sí —dije yo—, me acuerdo perfectamente de la risa que le produjo. Creí que iba a darle un ataque de nervios.

—El mundo material —continuó Dupin— está lleno de analogías exactas con el inmaterial, y esto da un color de verdad al dogma retórico que dice que una metáfora o una comparación puede fortificar un argumento del mismo modo que puede embellecer una descripción. El principio de la fuerza de inercia, por ejemplo, parece idéntico en sus dos naturalezas, física y metafísica; un cuerpo grande es más difícil de mover que uno pequeño y la cantidad de

movimiento está en proporción con esta dificultad, lo que es tan positivo como esta proporción análoga; los átomos inteligentes de una vasta capacidad, que son también más impetuosos, más accidentados en su movimiento y más constantes que los de un grado inferior, son asimismo los que se mueven menos fácilmente y los más torpes cuando se ponen en movimiento. Otro ejemplo: ¿se ha fijado usted alguna vez cuáles son las muestras de comercio que más llaman la atención?

—Jamás he pensado en tal cosa —contesté.

—Existe un juego de adivinación —continuó Dupin— que se hace con un mapa. Uno de los jugadores propone a los demás que busquen un nombre cualquiera, de estado, de imperio, de ciudad, de río, en fin, una palabra cualquiera comprendida en la extensión confusa del mapa. Un principiante en el juego busca el modo de confundir a sus adversarios, proponiéndoles nombres escritos en caracteres imperceptibles, pero los experimentados en esta clase de juegos escogen palabras escritas

en gruesos caracteres que se extienden de un extremo a otro del mapa. Estas palabras, como las muestras y los anuncios de letras grandes, escapan al observador por el simple hecho de su excesiva evidencia, y así el olvido material es precisamente igual a la falta de atención moral de una imaginación que deja escapar las consideraciones demasiado palpables, evidentes hasta la saciedad por su vulgaridad. Pero este es un caso, al parecer, fuera del alcance, sea por exceso o por defecto, de la inteligencia del prefecto. Él no ha creído nunca probable o posible que el ministro hubiera colocado su carta frente a las narices de todo el mundo, como para impedir mejor a cualquiera su busca y posesión. Pero yo, reflexionando en la atrevida y nada vulgar imaginación de D..., y teniendo en cuenta que él debía tener siempre a mano el documento para hacer uso inmediato de él, si fuera preciso, y, además, después de la decisiva demostración hecha por el prefecto de que el documento no estaba oculto dentro de los límites de una investigación ordinaria hecha en regla, me afirmé

más y más en la convicción de que el ministro había recurrido para poner en seguro la carta al más ingenioso expediente, el más sencillo: el no tratar siquiera de ocultarla.

»Firme en mi idea, me puse un par de anteojos verdes y me presenté una mañana, como por casualidad, en casa del ministro. Encontré en ella a D... bostezando, perezoso y pretendiendo estar abrumado por un gran fastidio. D... es el hombre más enérgico que conozco, pero es únicamente cuando está seguro de no ser visto por nadie.

»Por no despertar sus sospechas, empecé quejándome de la debilidad de mi vista y de la necesidad de llevar anteojos, pero gracias a ellos inspeccionaba cuidadosa y minuciosamente la habitación, aparentando no perder una palabra de su conversación. Desde el primer momento dediqué una especial atención a una gran mesa-escritorio, cerca de la cual estaba sentado, y sobre la que yacían, en revuelta confusión, cartas y papeles, con uno o dos instrumentos de música y algunos libros. Después

de un largo examen hecho a placer, nada vi que pudiera excitar de algún modo mis sospechas.

»Al cabo de un instante, mis miradas, que recorrían la habitación, cayeron sobre un miserable tarjetero adornado con una cenefa de oropel y suspendido por una cinta azul, grisenta, a un botón de cobre colocado sobre la campana de la chimenea. Este tarjetero, que tenía tres o cuatro compartimentos, contenía cinco o seis tarjetas de visita y una sola carta, sucia, muy sucia y desgarrada, casi partida en dos pedazos, como si se hubiera tenido la intención de hacerlo completamente, tal y como se practica con una cosa sin importancia y sin valor: indudablemente habían cambiado de idea. Tenía un gran sello negro con la cifra D... muy clara, y estaba dirigida al mismo ministro. La dirección era de una letra muy fina, de mujer. La habían echado allí negligentemente, con descuido al parecer, en uno de los compartimentos superiores del tarjetero.

»Apenas fijé mi vista en tal carta, deduje que era la misma que se buscaba. Sin duda

alguna, era por su aspecto completamente distinta a aquella de la que el prefecto nos había hecho una descripción tan minuciosa. En esta el sello era ancho y negro con la cifra D..., en la otra era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S... Aquí la letra era de mano femenina y muy menuda; en la otra, dirigida a una persona de la familia real, era atrevida, decidida, característica. Las dos cartas no se parecían más que en una cosa: el tamaño. Pero el carácter excesivo de estas diferencias fundamentales, en suma, la suciedad, el estado deplorable del papel arrugado y desgarrado, que estaba en desacuerdo con las verdaderas costumbres de D..., tan metódicas, y que denunciaba la intención de documento sin valor; todo esto, unido a su situación imprudente, a la vista de todos, concordando así con mis anteriores suposiciones, vino a afirmar las sospechas que ya tenía.

»Prolongué mi visita todo el tiempo que me fue posible, y, sosteniendo una viva discusión con el ministro sobre un punto que es para él siempre

de gran interés, no separaba mi atención de la carta. Haciendo este examen, reflexionaba sobre su aspecto exterior y sobre la manera como estaba colocada en el tarjetero, cuando de pronto hice un descubrimiento que desvaneció la ligera duda que sobre el particular pudiera abrigar. Analizando los bordes del papel, noté que estaban más irregulares de lo que suele ser natural. Tenían el aspecto de un papel duro, roto, que había sido plegado y prensado por la plegadera y replegado después en sentido inverso, pero por los mismos dobleces que constituían su forma primera. Este descubrimiento me bastó. Era evidente para mí que la carta había sido volteada al revés, replegada y sellada otra vez. Me despedí del ministro teniendo cuidado de dejar olvidada sobre su mesa mi tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente volví a buscarla y reanudamos la conversación de la víspera. Cuando la discusión se hizo más viva, se oyó una detonación muy fuerte como un tiro de pistola, seguido de los gritos y vociferaciones

de una multitud espantada. D... se precipitó hacia la ventana, la abrió y miró a la calle. Al mismo tiempo me fui derecho al tarjetero, cogí la carta, la metí en mi bolsillo y la sustituí por otra, una especie de imitación (exteriormente) que había cuidadosamente preparado en casa, imitando la inicial D... por medio de un sello de miga de pan.

»El tumulto de la calle había sido producido por el incomprensible capricho de un hombre que, disparando su fusil ante una porción de niños y mujeres, había producido un tremendo pánico. Pero como el arma no estaba cargada con bala, se tomó al gracioso por un lunático y un borracho, y le dejaron seguir su camino. Al verlo marchar, D... se retiró de la ventana, a donde yo le había seguido al instante de haberme apoderado de la preciosa carta. Unos minutos después me despedí de él. El supuesto loco era un hombre pagado por mí.

—Pero ¿cuál era su objeto al reemplazar la carta por otra? —pregunté a mi amigo—. ¿No

hubiera sido más sencillo apoderarse de ella en su primera visita y marcharse tranquilamente?

—D... es capaz de todo —replicó Dupin—, y además es hombre de fuerza. Tiene, por otra parte, criados fidelísimos. Si yo hubiese tenido la extraña ocurrencia que usted me ha indicado, no habría salido vivo de su casa. En París no se habría vuelto a hablar de mí. Pero aparte de estas consideraciones tenía un objetivo particular. Ya conoce usted mis simpatías políticas. En este asunto obro como partidario de la dama en cuestión. Hace dieciocho meses que el ministro la tiene en su poder. Ahora es ella quien puede dominarlo, puesto que D... ignora que la carta no está en su casa y se dedicará a su chantaje habitual. Él mismo, sin saberlo, va a llevar a cabo de un solo golpe su ruina política. Su caída será rápida y no menos ridícula. Se habla con frecuencia del *facilis descensus Averní*<sup>47</sup>, pero en materia de asaltos se puede decir lo que Catalini decía

---

<sup>47</sup> «Es fácil descender al infierno» (N. de esta E.).

del canto: «Es más fácil subir que bajar». En el caso presente no he experimentado simpatía alguna, ni aun piedad, por el caído; D... es el verdadero *monstrum horrendum*; un hombre de genio sin principios. Le confieso, no obstante, que no me disgustaría penetrar en su pensamiento en el momento que, desafiado por esa que el prefecto llama *cierta persona*, se vea obligado a abrir la carta que he dejado para él en el tarjetero.

—¡Cómo! ¿Es que ha escrito usted en ella algo de particular?

—¡Claro está! No me ha parecido muy correcto dejar un pliego en blanco. Habría parecido un insulto. En cierta ocasión D... me jugó en Viena una mala pasada y le prometí en tono festivo que no la olvidaría. Pues bien; como estoy seguro de que él experimentará gran curiosidad por saber quién fue la persona que le ha burlado, he creído que sería una gran contrariedad para él no tener un indicio siquiera. Conoce muy bien mi letra y

le he copiado en medio del blanco pliego estas palabras:

*...un dessein si funeste,  
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.*<sup>48</sup>

Las encontrará usted en el Atreo de Crébillon.

---

<sup>48</sup> «...tan funesto designio, si no es digno de Atreo, digno, en cambio, de Tistes» (N. de esta E.).

**La carta robada**

fue editado bajo el número 14 en la

**COLECCIÓN**

Literatura  Justicia

por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente

Gustavo Jalkh Röben

en febrero de 2015

con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en  
forma gratuita en todo el país por el diario *El Telégrafo*.

Para este libro se han utilizado los caracteres

Fairfield LT Ligh 12 puntos.